

01085



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

5
20j

**La Resistencia de Baja California
a la
Invasión Norteamericana
(1846 - 1848)**

T E S I S

**Que para obtener el Grado de
Doctora en Historia de México
presenta:**

ANGELA MOYANO PAHISSA

México, D. F.

1990

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Introducción

Capítulo I. Antecedentes

Capítulo II. Alta California a principios del siglo XIX

1. Los norteamericanos en California.
2. Los rusos en California.
3. Alta California después de la independencia de México.
4. Extranjeros en California a finales de la década de los veinte.
5. California de 1830 a la ocupación de Monterrey.
6. Oregón, el ansiado territorio.
7. Ocupación del puerto de Monterrey.
8. Situación interna durante el gobierno de Micheltorena.
9. Anexión de Texas.
10. Desenlace en Alta California.

Capítulo III. La situación de la península antes de la invasión norteamericana

Capítulo IV. La invasión de Baja California

1. Antecedentes
2. Rebelión en Alta California
3. Baja California
4. Principios de la invasión
5. Comienza la resistencia
6. Llegada del jefe militar
7. Organización en Comondú
8. Encuentro de Mulegé
9. Brotes de resistencia
10. Encuentro en San José
11. Sitio de La Paz
12. Sitio de San José
13. Encuentros finales
14. Tratados de paz. Sus consecuencias

Conclusiones

INTRODUCCION

El estudio que aquí se presenta tiene un doble objetivo, presentar los documentos de la resistencia de Baja California a la invasión norteamericana de 1846 como un ejemplo de los brotes más patriotas o nacionalistas que ésta suscitó. El segundo propósito consiste en analizar el caso de la Alta California para obtener un punto de comparación bajo el cual valorar la respuesta peninsular. No es el propósito de esta tesis el rastrear el significado de identidad o de nacionalismo. Mi intención primordial fue el rescatar los documentos de la resistencia a la invasión de Baja California (1846-1848). Fue para poder comparar la intensidad de su resistencia que me aboqué al estudio de la invasión norteamericana de Alta California y la resistencia de sus habitantes.

Sabemos que varios observadores predijeron el expansionismo territorial estadounidense pero lo que no pudieron anticipar fue cuáles serían las regiones que mayor resistencia opondrían. Tanto la Baja como la Alta California eran provincias lejanas y escasamente pobladas en tanto que la primera carecía además de recursos económicos. ¿Cómo fue la reacción de ambas a la invasión norteamericana durante la guerra entre México y los Estados Unidos? ¿cómo puede explicarse la mayor resistencia de Baja California y su sentido de identidad o nacionalidad? Para poder clarificarlo había que efectuar una investigación del desarrollo histórico de ambas regiones desde la independencia de México hasta la invasión norteamericana.

Con el fin de desarrollar el tema principal, el de la resistencia bajacaliforniana, creí pertinente empezar por considerar las situaciones históricas de los países contendientes. Considero que el segundo capítulo es sólo el prelude para entender la magnitud de la resistencia bajacaliforniana. Dado que Hubert Howe Bancroft en siete volúmenes de la historia de California hizo la investigación documental más exhaustiva que se ha hecho sobre el período de 1821 a 1846, decidí utilizarlo como fuente de suma importancia, ya que basa todas sus aseveraciones en documentos de los viejos californios,* inéditos en su mayoría. Algunas obras contemporáneas añadieron unos detalles más que en su mayoría vienen a ser interpretaciones modernas de lo dicho por Bancroft. Como ya se dijo, la intención del segundo capítulo, es de analizar las causas de la nula resistencia del norte de California a la invasión norteamericana de 1846.

* *Ulises Urbano Lasepas, Historia de la colonización de la Baja California, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1859.*

Para la redacción del tercer capítulo, el que pretende armar la situación en el sur de la península, antes de la invasión, se recurrió a las pocas fuentes que existen de la época. El documento primario y primordial es el de Urbano Lassepas, *Historia de la colonización de la Baja California*, publicada en 1859. Sin duda el equipo de Bancroft la conoció y utilizó pues es la fuente primaria más importante para esa época. Amado Aguirre quien fue gobernador del territorio Sur de 1928 a 1929 ordenó la recopilación y publicación de algunos documentos de la época que mucho me han servido.

En cuanto al acervo documental, lo que existe en el Archivo General de la Nación está en proceso de catalogación por el equipo del Centro de Investigaciones Históricas UNAM/UABC. Según parece proporcionarán nuevos documentos ya que en el Archivo "Pablo Martínez" de La Paz existe un buen acervo documental del siglo XVIII y de finales de XIX en adelante, pero que no ofrece gran ayuda en cuanto a la primera parte del siglo XIX. Dado que mi tesis cubre esa época lo mejor fue trabajar con lo catalogado por la Biblioteca Bancroft de la Universidad de California en Berkeley.

En *Testimonios sobre la invasión norteamericana a Baja California** publiqué algunos de los documentos que transcribí del microfilm del Archivo de la Biblioteca Bancroft. Escribí un pequeño resumen de esos documentos para *Panorama Histórico de Baja California*** lo mismo que para mi libro *México y Estados Unidos: orígenes de una relación****. Fue ese artículo el que motivó mi interés por investigar las diferencias o similitudes de la resistencia al invasor por parte de las dos Californias.

Para el capítulo central de la tesis, el de la invasión norteamericana a Baja California, tomé como he dicho, los documentos localizados en la Bancroft. Cabe decir que el rollo No. 13 dice haber sido copiado de los legajos 12-17, 21-22, 24-53 serie primera, asuntos internacionales, caja 1843-1847 del Archivo de Relaciones Exteriores.

* *Testimonios sobre la invasión norteamericana a Baja California. Angela Moyano (Selección y notas), Tijuana, Centro de Investigaciones Históricas, UNAM-UABC., 1984.*

** *Panorama Histórico de Baja California, Tijuana, Universidad Autónoma de Baja California, 1982.*

*** *Angela Moyano Pahissa, México y Estados Unidos: origen de una relación, 1819-1861, México, SEP, Colección Frontera, 1987.*

Debo anotar que el buscarlos en dicho archivo no se pudieron localiozar. El rollo No. 12 de la Bancroft intitulado "documentos de la colección Cowan" consiste indudablemente en los papeles del Archivo de La Paz que en 1847, nos cuenta Doyce Nunis en su libro *The Mexican war in Baja California, the memorandum of captain Henry W. Halleck**, "fueron llevados por las tropas norteamericanas a California.

De la lectura del microfilm mencionado formulé la tesis acerca de la impresionante resistencia de Baja California a la invasión. Del archivo histórico de La Paz recibí algunos documentos pertinentes, que en su mayoría han sido copiados de la colección de la Biblioteca Bancroft ya que como dije, su archivo de la época se llevó a California. El libro editado por Doyce Nunis me dio a conocer los documentos norteamericanos acerca de la invasión. Para poder explicar el diario de Halleck, Nunis utilizó no sólo los diarios de sus contemporáneos sino los documentos enviados al departamento de la Marina y de Estado norteamericanos. corroboré estos documentos en la Biblioteca de la Universidad Estatal de San Diego utilizando muchos de ellos.

La tesis doctoral de Robert Long me fue muy útil, pues suyas son las cartas y documentos de José Matías Moreno que fue secretario de gobierno en la última administración mexicana de California y uno de los jefes de la resistencia de Baja California. Long se basó también en documentos primarios de gobierno tales como las cartas recibidas en el departamento de Marina por oficiales a cargo de los escuadrones del Pacífico asignados a Baja California, la correspondencia entre oficiales invasores, los diarios guardados por los barcos de guerra, y los diarios contemporáneos a los sucesos. Hasta la fecha su tesis y la introducción al diario publicado por Nunis son los únicos escritos que tratan de examinar a fondo los sucesos.

En cuanto a historias de Baja California utilicé la única completa, antes de *Panorama Histórico*, o sea la *Historia de Baja California*** por Pablo Martínez. Por ser una obra general sólo da un esquema de lo sucedido en 1847-1848. Reproduce cuatro documentos que también se encuentran en el microfilm de la Bancroft. Dado que Martínez no da sus fuentes no sabemos si los copió de ahí o consultó los originales.

* Doyce Nunis, ed., *The Mexican war in Baja California, The memorandum of captain Henry W. Halleck, Los Angeles Dawson bodeshop, 1977.*

** Pablo L. Martínez, *Historia de Baja California, México, Libros Mexicanos, 1956.*

Jorge Flores D. director de la "Colección de papeles históricos mexicanos" de la Secretaría de Relaciones Exteriores publicó diez documentos acerca de la invasión*. Dejó escrito: "muy escasas son las fuentes de que dispone el investigador mexicano para escribir la historia de la defensa militar de la Baja California durante la guerra con los Estados Unidos de América". Flores escribió en 1940, Martínez en los cincuenta, corresponde a los ochenta el recopilar sus documentos en un intento de dar una versión más completa de esos hechos históricos.

* Jorge Flores D., *Documentos para la historia de la Baja California*, 3 tomos, México, Editorial Intercontinental, tomo 2, 1946, p. 89.

ANTECEDENTES

Una de las causas de la independencia de las trece colonias inglesas en Norteamérica fue la prohibición del gobierno inglés para que se expandieran más allá de las montañas Apalaches. El sentir de los colonos era que ellos habían ayudado a ganar esos territorios y por consiguiente tenían el derecho a ocuparlos y a añadirlos a sus colonias. Su desarrollo económico y social había llegado al punto que consideraban vital el avance a nuevas tierras. Dentro del pensamiento de los colonos estaba el sentirse, el creerse, con derecho a tomar las tierras desocupadas o no cultivadas por los demás. Era una vieja herencia puritano-calvinista pensar que su redención consistía en el desarrollo de todos los recursos naturales a su alrededor; para ellos las tierras baldías eran una ofensa a Dios. Esa fue la razón que esgrimieron en los conflictos con los indios, la justificación, consciente o no, de su afán expansionista. Desde los escritos de John Winthrop, primer gobernador de la Nueva Inglaterra, se verifican las aseveraciones anteriores, en su folleto *Conclusions for the Plantation in New England* fue el primero en exponer que toda tierra baldía estaba al alcance de quien la pudiera mejorar, y puesto que los nativos no habían cercado sus tierras ni poseían casas, su derecho natural a la tierra era limitado, "de modo que si les dejamos los suficiente para su uso, podemos tomar legalmente el resto, así habrá más que suficiente para ellos y para nosotros".¹

La declaración de Winthrop fue el primer eslabón en la cadena de autojustificaciones elaboradas por el pensamiento engloamericano de 1632 en adelante para extender sus dominios. Tres años después de la llegada de los puritanos a Massachussetts, su tribunal general decidió que los indios sólo poseían derecho natural a la tierra que habían mejorado o que pudieran mejorar, pero que el resto del país estaba a disposición de quién quisiera trabajarlo.² Esa línea de pensamiento fue el comienzo de un juego socioeconómico para empujar a los indios hacia la tierra que ellos, los angloamericanos, no necesitaban por el momento. Así colonizaron tierra adentro de sus ciudades de la costa del Atlántico redondeando lo que fueron los trece estados originales. Esa lucha con los hinóspito, con lo agreste, fue la que forjó el carácter norteamericano; su rasgo principal fue la ambición de tierras y su perseverancia y empuje para obtenerlas. Era tanta la tierra a su alrededor que no se preocupaban por cuidarlas; en la camino hacia el oeste encontrarían más y quizá mejor. De ahí surgió su espíritu nómada en eterna búsqueda de la mejor tierra.

Al independizarse de Inglaterra numerosos pioneros se desplazaron al hasta entonces prohibido valle de Ohio. España estaba en ese momento en la región colindante, la Luisiana, por tal razón ahí comenzaron las dificultades con los angloamericanos; al colonizar el valle de Ohio, empezaron a utilizar el río Mississippi como medio de comercio con el este de su país y por supuesto con el puerto de Nueva Orleans, ambos en territorio español. Desde el comienzo de la expansión norteamericana hacia nuevas tierras, el gobierno y sus colonos estrecharon sus lazos. Los colonos se movían por cuenta propia pero sabían que los representantes de sus estados respectivos los respaldaban ante el Congreso, tanto estatal como federal. De ahí que cuando surgió dificultad con España acerca de la navegación en el Mississippi la Convención de Kentucky declarara que los pioneros tenían derecho natural a la navegación por el río. Basado en tal antecedente y sin tener en cuenta su legalidad, el Congreso federal empezó a buscar las justificaciones necesarias para apoderarse del Mississippi.³ Intervino entonces un tercer factor inherente al proceso de expansión, que terminaría hasta finales del siglo; ese tercer factor fue la opinión pública expresada por la prensa que hacía eco al pensamiento de sus dirigentes políticos.

La idea del Destino Manifiesto, o sea que los angloamericanos estuvieran predestinados a ocupar cada vez más tierras, era, como hemos dicho, una vieja herencia. Todo el siglo XVII se habían movido, por medio de tratados y amenazas a través de las tierras indígenas; de ahí su indignación cuando el rey inglés Jorge III, les prohibió ocupar el valle del Ohio en 1763, al finalizar la guerra con los franceses; de ahí también que al terminar su guerra de independencia, en lugar de esperarse a consolidar las trece colonias, gran número de colonos se lanzara a poblar nuevos territorios. Como se ha dicho, su característica primordial era la ambición de tierra; contaban con la bendición y el estímulo de sus dirigentes, quienes creían firmemente en que su destino era extenderse por todo el continente. Colonos, gobierno y prensa formaron un todo coherente que llevó a cabo la expansión de la nación. No hubo voces disidentes porque los dos partidos políticos existentes —herencia inglesa— tenían la misma ambición de tierra. Como prueba está el dato de la posición del partido antifederalista de Jefferson ante la Constitución recién establecida; se declararon partidarios de su interpretación literal: lo que la Constitución no especificaba, los antifederalistas no podrían aceptarlo. En cambio, los federalistas de Hamilton aseveraban todo lo contrario: la Constitución conllevaba una serie de poderes implícitos. Pues bien, Jefferson, siendo presidente, tuvo la oportunidad de comprar el enorme territorio de Luisiana y no vaciló en hacerlo. En la Constitución no se especificaba que el

gobierno federal tuviera el poder para comprar tierra, y Jefferson, el de la interpretación literal, compró la Luisiana e inició la conquista de lo que llamaba "su continente". Mandó a Lewis y Clark en una expedición patrocinada por el gobierno a explorar el norte del país, de lo que surgió una reclamación sobre el territorio de Oregón, región discutida por Estados Unidos e Inglaterra hasta mediados de siglo.

En 1806 envió una segunda expedición a explorar el noroeste de la Nueva España, cuyas fronteras con los Estados Unidos aún no habían sido delimitadas. Ese era el momento en que los Estados Unidos discutía con España la extensión del territorio de la Luisiana y el presidente Jefferson quería que se incluyera Florida dentro de la compra; ordenó a su ministro en España que amenazara con una guerra si el gobierno español no cedía. Sin embargo su propio gabinete rechazó la idea porque había empezado el problema de embargos con Inglaterra y por lo tanto los Estados Unidos no tendrían con quien aliarse en caso de una guerra con España. Jefferson fingió que preparaba la guerra mientras secretamente planeaba con Talleyrand la compra de la Florida; la invasión napoleónica a España frustró sus planes.⁴

En ese marco histórico se desarrolló la expedición del teniente Zabolón Pike; una expedición de espionaje que pretendía una invasión al norte de la Nueva España. Por lo tanto el primer contacto norteamericano con el norte de México se dio en un contexto de agresión; la construcción de un fuerte en el río Bravo al norte de Taos, Nuevo México, se interpreta como la creación de una excusa para poder reclamar ese territorio en caso de una guerra con España. Hecho prisionero, Pike fue enviado a Chihuahua, cabecera de las Provincias Internas del Norte. En su diario, el teniente Pike hizo la primera relación norteamericana de lo que era el norte de la Nueva España y lo que podría significar para sus compatriotas en el momento en que se les abrieran las puertas del país. Como resultado de la expedición, los comerciantes del Missouri se enteraron de la existencia de un nuevo territorio hacia el cual podrían extender su comercio y después establecer sus colonos. El diario del teniente Pike fue publicado en 1810 y se convirtió en el libro de cabecera de numerosos comerciantes angloamericanos que impacientemente aguardaban la apertura de la frontera.⁵

Gracias a numerosos grupos de pioneros el territorio de la Luisiana se empezó a colonizar; uno de ellos había llegado a las fértiles tierras de la región que rodea Baton Rouge, en el lado español del Mississippi, lugar conocido como Florida Occi-

dental. En esos momentos, España estaba invadida por Napoleón, y aprovechando el caos provocado por la guerra española en contra de Francia, los Estados Unidos dieron el siguiente paso: sus colonos de la Florida occidental se quejaban de problemas con España. La lista era larga y no hacía más que repetir los viejos prejuicios heredados de Inglaterra. Acusaban a las autoridades españolas de arbitrarias, negligentes, crueles, antidemocráticas, venales y otras cosas ya conocidas. En julio de 1810 los colonos se rebelaron y proclamaron la independencia de la República de Florida Occidental. Acto seguido pidieron su anexión a los Estados Unidos. El 27 de octubre de 1810, el presidente Madison declaró arbitrariamente que la región se convertía en parte del territorio de Orleans.⁶ Esa fue la primera invasión de tierra perteneciente a un vecino, no ya a una tribu india, y fijó el patrón para las futuras invasiones; los pioneros descubrían la potencialidad de una región sin perder contacto con sus representantes ante el Congreso. Seguían años de quejas hechas por los colonos ante las supuestas arbitrariedades de los dueños del lugar y por último pedían la intervención de su gobierno. Donde otros países mandaron a sus ejércitos, los Estados Unidos crecieron gracias a sus colonos. La prensa, como ya hemos dicho, era el tercer elemento necesario para la expansión, encargada de hacer propaganda a las potencialidades de la región y de los sufrimientos de sus conciudadanos ante 'arbitrariedades' de los españoles, preparando así a la opinión pública para pedir la intervención gubernamental. El mismo patrón se repitió en Texas, Nuevo México, y después en California.

Una vez obtenida la Florida occidental, el Congreso norteamericano inició las negociaciones con España para la compra de la Florida peninsular. Por medio de su representante, Luis de Onís, España cayó en la cuenta: si no la vendía se la quitarían, como había sido el caso de la otra Florida; Onís estaba en Filadelfia desde 1809 encargado de establecer los límites entre los Estados Unidos y la Nueva España. Debido a que España estaba invadida por Napoleón, Onís no obtuvo reconocimiento diplomático sino hasta 1815. Con gran visión aseguró que la nueva nación angloamericana deseaba llegar hasta el Río Bravo y luchó tenazmente por impedirlo. Fue poco lo que logró; Texas quedó como parte de la Nueva España pero los Estados Unidos obtuvieron la posibilidad de extenderse hasta el Pacífico. España perdió los derechos que esgrimía sobre el territorio de Oregón.⁷ Con razón el tratado Adams-Onís es conocido en la historia norteamericana como el tratado de la transcontinentalidad. El desarrollo de Hispanoamérica, sin embargo, agradece a don Luis de Onís su tenacidad en la defensa del territorio español ya colonizado. El tratado, quizá

sin quererlo el ministro español, puso freno al Destino Manifiesto al permitir la expansión norteamericana hacia el Pacífico en lugar de empujarla hacia el sur. Preocupados por defender el Oregón de Rusia y de Inglaterra, los Estados Unidos no encontraron la fuerza adicional para apoderarse de Sonora, Chihuahua y Baja California, como ambicionaban.

Por medio del tratado Adams-Onís los Estados Unidos adquirieron el derecho a expandirse hacia el Pacífico; además adquirieron la Florida peninsular. Como ya hemos dicho, los diplomáticos españoles estaban conscientes de que si no la vendían se la arrebatarían. El trayecto histórico norteamericano así lo demostraba. Apenas independizadas las trece colonias, habían surgido predicciones españolas y francesas acerca de su expansión y todas habían resultado verdaderas. Parece ser que la primera predicción tuvo lugar al firmarse el tratado de paz que puso fin a la guerra de independencia norteamericana. Fué el conde de Aranda ministro de Carlos III quien recomendó un sistema de defensa común para las colonias españolas ante el expansionismo de los Estados Unidos, a quienes definió como el coloso del futuro que se lanzaría sobre Hispanoamérica en los años por venir. Una década después, Manuel Godoy, ministro de Carlos IV presentó un plan para detener la influencia de los Estados Unidos sobre las colonias españolas. Los primeros agentes consulares españoles en los Estados Unidos también escribieron acerca de la fantástica ambición de los norteamericanos.⁸ Por esos años el único gobernador de la Nueva España que, por razones geográficas tuvo relación con ellos, escribió apresurado al virrey sus temores de que lo que los norteamericanos deseaban era la región que él a la sazón gobernaba ¡y ésta era la California! Unos años después, en 1806, externó su temor de que por medio de expediciones seudocientíficas lo que los Estados Unidos buscaba era extenderse hasta el río Bravo. Seis años más tarde, Luis de Onís le hizo eco; como embajador de España en Washington escribió al virrey de la Nueva España que el gobierno norteamericano se había propuesto fijar sus límites en el río Bravo. Según sus escritos querían la línea divisoria al este del río para incluir Texas, Nuevo México, Chihuahua, Sonora, las dos Californias y otras regiones.⁹ Tiempo más tarde y justo un año antes de la rebelión texana, Alexis de Tocqueville de visita en los Estados Unidos escribió que los angloamericanos cubrirían el espacio entre las regiones polares y tropicales desde el Atlántico hasta el Pacífico. Todavía en 1848 otro autor francés, Guillaume Tell Poussin, escribió augurando que llegarían hasta los mares del sur.¹⁰

Como ya dijimos, por medio del tratado Adams-Onís firmado en 1819 se trató no sólo de delimitar fronteras sino de establecer una barrera a la expansión norteamericana; además se salvó Texas para la Nueva España. Sin embargo a don Luis de Onís le pasó inadvertido que los norteamericanos deseaban no sólo tierra, sino tierra fértil y de buen clima. A la hora de ratificarse el tratado ya había un grupo de congresistas que, conociendo la potencialidad de la tierra texana, acusaron a John Quincy Adams de inepto por haberla dejado en territorio español. Una de las características americanas y base de su triunfo era y es su ambición colectiva. No deseaban una tierra para los congresistas sino para los colonos, entre los cuales, por supuesto, se podrían encontrar algunos de ellos. La ambición individual se encaja, se inserta, en la colectiva y no al contrario, como entre nosotros. Todo el pueblo quería la expansión, no sólo el gobierno; sin embargo, eso no debe hacernos creer que la iniciativa partía siempre del pueblo; era un vínculo perfecto, a veces los colonos presionaban a su gobierno para conseguir ayuda en la ocupación de un territorio, a veces era el gobierno quien, siempre consciente de las ambiciones de su gente, creaba el ambiente propicio para la expansión hacia un territorio determinado. Prueba de ello fue la subvención de folletos y libros alabando la potencialidad de una u otra nueva región para lograr así que se llenara de colonos. Esa manera de proceder fue un buen ejemplo de cómo la alianza entre la literatura y la geopolítica pueden cambiar la historia de un país; la literatura justifica y a veces hasta despierta las ambiciones económicas. El gran número de diarios de pioneros y colonos despertaron y desarrollaron el anhelo por las tierras texanas y californianas; por supuesto que los que recibían esa propaganda era parte de un pueblo aventurero y arriesgado, ansioso de probar cosas y tierras nuevas. La tradición-nunca les impuso barreras y como consecuencia su poco arraigo los constituyó en un pueblo caminante. Como buenos descendientes de los ingleses, amaban la naturaleza, creían en las virtudes del pionero y estaban seguros de poder dominar al nuevo ambiente.

México, por el contrario, contaba con gente de herencia diferente. Donde el angloamericano buscaba el riesgo, pensaba que el cambio traía lo nuevo y lo nuevo era siempre mejor, el novohispano buscaba la seguridad, el establecer raíces y sospechaba de lo nuevo; para él la tradición nacional y familiar era primordial, y su ambición de tierras llegaba hasta las regiones consideradas fértiles y seguras. El norte del país atemorizaba a la gran mayoría por los continuos ataques indios y por su aridez; las leyes novohispanas favorecían y promovían el arraigo ya que para tener derechos en una comunidad se debía haber vivido en ellas por un mínimo de cinco años. Los

gobernadores de las entidades fronterizas se quejaban del abandono en que los tenía el gobierno central;¹¹ pensamos que tenía mucho que ver el escaso número de sus habitantes. Cuando los colonos de Esteban Austin llegaron a Texas, ese inmenso territorio sólo contaba con tres mil mexicanos diseminados en pequeños grupos en la región; en California no llegaban a ocho mil; la única región poblada era la de Nuevo México. Otra causa del despoblamiento del norte del país se debió al sistema de gobierno; el centralismo novohispano y después mexicano impedía el que las instituciones caminaran con los colonos. Por ejemplo, en Texas los colonos tenían que acudir hasta Saltillo, a mil kilómetros de distancia, para que se les hiciera justicia y a Guadalajara para los tribunales mayores. La población estaba, como sabemos, agrupada alrededor de los centros urbanos del país; ni la tradición ni la economía los empujaban hacia el norte. Era en verdad un enorme territorio casi desocupado que luchaba por conservar sus vínculos con el centro del país.

Al mismo tiempo, durante la expansión angloamericana hacia tierras mexicanas, México se debatía entre la bancarrota y la guerra civil. De ahí la desilusión de los colonos norteamericanos llegados a vivir a los terrenos fronterizos; de ahí también la creciente convicción, a través de los años, de que los recursos se desperdiciaban o no se apreciaban por el desorden que imperaba en el país. Muchos de los que pasaron varios años en las provincias del norte llegaron a ser los que pidieron la anexión a su país de origen como única medida para poner orden en el caos. No pasamos por alto aquellos que también la pidieron simplemente por engrandecer a su país. El gobierno norteamericano quería la expansión por motivos económicos y de seguridad; le asustaba mucho pensar que Inglaterra podría sentar sus reales en Texas o las Californias; se autojustificó invocando el desorden, el abandono y la injusticia.

Una vez obtenida Texas, sus ojos se volvieron a California, cuánto más necesaria para su comercio con el Oriente. Como paso entre ambos territorios Nuevo México les era absolutamente necesario. Además, la península de Baja California sería la mejor manera de dominar la situación mexicana dentro de la república. Ambas eran posiciones estratégicas; de ahí el deseo norteamericano de apoderarse de ellas ya que las consideraban dentro del ámbito del Destino Manifiesto.

Mientras el México de los treinta se debatía entre el federalismo y el centralismo, los colonos texanos dieron el primer golpe. Justamente era la época de Jackson,

el presidente expansionista por excelencia. Si no se anexó Texas en ese momento fue porque la querrela esclavista se lo impidió. Con la región prácticamente en sus manos, volvió los ojos a California y el Oregón; él mismo patrocinó la publicación de folletos alabando las tierras de estas regiones. Para ese momento el comercio con el Oriente era importante y había que extenderse hasta el Pacífico para poder controlarlo. Como atestiguan los documentos, los diez años entre la independencia de Texas y la guerra con México, fueron de intentos por comprar las regiones deseadas y de penetración pacífica en ambas.

En México, esos mismos diez años entre la pérdida de Texas y la guerra fueron los de la contienda federalista-centralista. La situación texana se convirtió en un problema político. De acuerdo con la opinión federalista su sistema era la única solución para poder negociar con los texanos, que por su ideología nunca podrían pactar con los centralistas, estos últimos no querían dejar el poder y fundamentaban su actitud declarando que era el peor momento para cambiar de gobierno. Se defendían de las acusaciones federalistas argumentando que la rebelión texana había empezado antes de la promulgación de la Constitución centralista de 1836. La polémica prosiguió pero en la base del conflicto estaba la ambición de poder de ambos bandos, la penuria económica y el individualismo político. La mejor manera de apreciar la confusión de la época es la lectura de los periódicos. Mediante ellos los grupos políticos se dedicaron a culparse mutuamente de los sucesos en Texas. Debido al caos político la confusión económica estaba a la orden del día.

Mientras tanto, y a pesar de las querrelas esclavistas, el gobierno norteamericano cerraba filas en cuanto a su expansión territorial. Lo respaldaba su ciudadanía, preparada por años de propaganda periodística y la creciente noción de que un "destino superior" impulsaba a su nación hacia el oeste. Para las elecciones presidenciales de 1844, el deseo de expansión había madurado de tal manera que James Polk basó en él su plataforma política. El público norteamericano estaba ya convencido de que México debía vender esos territorios incultivados, que además no tenía capacidad para desarrollar. De ahí a la guerra hubo sólo un paso y éste se dió cuando México se negó a negociar la venta de California y Nuevo México. Como veremos en el capítulo siguiente la obra de infiltración norteamericana en California estaba suficientemente madura para que no se temiera una fuerte oposición.

Analizando la expansión territorial norteamericana, desde la compra de la Luisiana

hasta la invasión de California y de Nuevo México, se pueden observar varias tácticas y argumentos para obtener más territorio. Sabido es que el método empleado para conseguir la venta de la Luisiana fue hacer ver al gobierno francés la casi imposibilidad, por razones geográficas, de protegerlo; estaban dispuestos a aliarse con Inglaterra en su guerra con Francia si no se la vendían. El segundo avance territorial fue el de la Florida Occidental, para su anexión se empleó el argumento de retrocesión, o sea que en el pasado esa región había formado parte del territorio de la Luisiana y que los límites no habían quedado claros. El método consistió en alentar el descontento de los colonos norteamericanos en esa comarca y al momento de su insurrección anexaron la región para protegerlos. Ante la duda, mejor era tomar posesión y dar procedimientos dilatorios a la solución.

A continuación siguió la marcha hacia la Florida peninsular. Allí el argumento fue el deseo de verificar sus fronteras con la Nueva España; el método consistió en hacer ver a España que la perdería de no venderla. Una serie de revueltas propiciadas por los colonos norteamericanos en esa región convenció a España, sobre todo después de la invasión del general Jackson en 1818. Un año más tarde se firmó el tratado Adams-Onís, que establecía la frontera de los Estados Unidos desde el Golfo de México hasta el Pacífico.

Al ver frustrada su ambición sobre Texas, por la negativa española a incluirla en el tratado de Onís, iniciaron conversaciones diplomáticas a partir de 1825 con México. Se argumentaba que el objetivo era rectificar la frontera entre los dos países y propusieron la compra de Texas. Diez años después, una vez poblada por colonos norteamericanos, repitieron la táctica utilizada en la Florida occidental; los apoyaron en sus quejas contras las supuestas arbitrariedades mexicanas mientras argumentaban su derecho a la retrocesión de Texas, ya que según ellos habían sido parte del territorio de Luisiana. Después de la anexión de Texas en 1845 el gobierno norteamericano argumentó que había confusión de límites y ordenó que el ejército comandado por el general Gaines ocupara la zona del río Nueces, área disputada por ambos países.

Ante la negativa mexicana de vender Nuevo-México o California, arguyeron que ambas regiones habían estado abandonadas por el gobierno mexicano, que no las había desarrollado y que México les debía tanto dinero que la única manera era pagarlo con la cesión de esas dos Provincias. Para redondear el dominio del Pacífico

el presidente Polk ordenó la toma, la conquista de "Las Californias". Le resultaba obvio que desde la península dominaría también la situación mexicana. Aun cuando en el Norte de California no hubo resistencia a la invasión norteamericana, en el sur de Baja California —en ese momento la única región habitada— el rechazo fue casi general. En los capítulos siguientes proponemos intentar una explicación.

NOTAS

1. John Winthrop, *Conclusions for the plantation in New England*, Boston, Old South Leaflets, 1895, p. 5-7.
2. Albert Weimberg, *Destino Manifiesto*, Buenos Aires, Ed. Paidós, 1968, p. 81.
3. *Ibidem*, p. 33-36.
4. Samuel Bemis, *A diplomatic history of the U.S.*, New York, Henry Holt and Co., 1942, p. 182-184.
5. Zebulon Montgomery Pike, *An account of expeditions to the sources of the Mississippi and through the western part of Louisiana*, Philadelphia, Conrad and Co., 1810, p. 194-195.
6. Decker MacDonald, *The Last Best Hope*, Reading (Massachusetts), Addison Wesley and Goon, 1972, p. 308.
7. Bemis, *op. cit.*, p. 188-190.
8. Mario Rodríguez, *La revolución americana de 1776 y el mundo hispánico*, Madrid, Edotproal, Tecno, 1976, pp. 153.
9. Toribio Esquivel Obregón, *Apuntes para la historia del derecho en México*, vol. IV: *Relaciones Internacionales*, México, Antigua Librería de Robredo, 1948, p. 93.
10. Guillaume Tell Poussin, *De la Puissance Americaine*, Paris, Guillaumen et Cie., 1848, p. 439-440.
11. ASREM (Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México), exp. 17-11-8 f. 2.

CAPITULO II

ALTA CALIFORNIA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX

Aun cuando la región llamada Alta o Nueva California había sido descubierta a mediados del siglo XVI no fue hasta 1769 que se llevó a cabo la primera fundación. El fraile franciscano Junípero Serra y el capitán Gaspar de Portolá establecieron la misión y el presidio de San Diego el primero de julio de 1769. Un año después erigieron los segundos establecimientos en la bahía llamada de Monterrey los que se convirtieron en el centro de la cadena misional y presidencial.

La docilidad de los indios y la fertilidad de la comarca permitieron la continua fundación de misiones y presidios. En 1776 el capitán Juan Bautista de Anza logró abrir un camino terrestre entre Sonora y California además de fundar el presidio de Yerba Buena en la bahía de San Francisco. Como en otras colonias de la frontera los españoles basaron la colonización de California en sus tres enclaves de rigor: presidio, pueblo y misión. Los presidios se organizaron en San Diego, Santa Bárbara, Monterrey y San Francisco. Los pueblos o comunidades destinadas a civilizar la región fueron los de San José, Los Angeles, y Santa Cruz. Se fundaron veintiún misiones de San Diego a Sonora que cubrieron la costa del Pacífico de sur a norte.

Desafortunadamente la ruta abierta por De Anza entre Sonora y California tuvo que ser abandonada en 1781 porque los indios yuma asesinaron a un grupo de colonos provenientes del centro del país. La ruptura de la única línea de comunicación terrestre con México tuvo profundo efecto sobre la colonización de la Alta California y el norte de la península de Baja California. Las dos regiones quedaron aisladas económica y culturalmente.

La época colonial californiana fue corta y relativamente tranquila. En 1781 había aproximadamente, además de treinta mil indios, seiscientos españoles; en 1821, el año en que dejó de ser española, había sólo tres mil habitantes y casi todos descendientes de los primeros colonos. El ganado y los caballos se multiplicaron dando principio al cuarto enclave de la provincia: el rancho privado. El gobernador Pedro Fages fue quien en 1784 inició las donaciones de tierra. Los que las recibían tenían la obligación de construir una casa de piedra y de mantener un número adecuado de vaqueros y pastores.

En 1796 José Joaquín Arriaga fue nombrado gobernador. Durante su administración

tuvieron lugar tres acontecimientos importantes en la vida de la región: la división política de Baja y Alta California, la llegada de los norteamericanos y el avance ruso hacia el norte de Alta California.

1. LOS NORTEAMERICANOS EN ALTA CALIFORNIA

Los primeros norteamericanos en arribar a las costas de las Californias españolas, a finales del siglo XVIII, fueron comerciantes de la Nueva Inglaterra que llegaban en busca de pieles de nutria marina. Sabían que los españoles habían desarrollado ese comercio y tenían conciencia de su importancia. La nutria marina habitaba las costas del Pacífico, desde las Aleutianas hasta la bahía Vizcaino en Baja California; sin embargo, la zona de mayor abundancia se encontraba al norte, a partir del litoral de San Diego, lo que motivó a los norteamericanos a dar atención primordial a la Alta California. Un segundo motivo era que para sus viajes a China era mucho más directo navegar desde esa región. Tales razones económico-geográficas acabaron con sus viajes a la Baja California relegándola a un segundo plano. Esta fue una de las razones primordiales para que no existiera un núcleo de angloamericanos radicados en la península.

Sabemos del comercio de pieles de nutria por los anales de las misiones; los frailes cambiaban las pieles por productos manufacturados. Se sabe de un tal capitán O'Cañ que viajó de San Quintín a la colonia rusa de Kodiak con 1,100 pieles de nutria marina que obtuvo en las misiones dominicas de la península.¹ El capitán Goicochea, gobernador de las Californias a finales del siglo XVIII, informó al virrey:

"Hace algunos años que los angloamericanos no sólo empezaron a frecuentar las aguas que circundan nuestras posesiones en busca de pescado, pieles y perlas, sino que, con la seguridad de que nadie lo puede impedir, anclan sus naves con audacia arrogante en nuestros puertos y actúan con la misma libertad que si fueran españoles. Estos arribos que son cada día mas frecuentes y sobre los cuales debe informarse a su excelencia, habrán de convencerlo de que es muy probable que esa nación se enfrente algún día con España, y al conocer nuestros mares y costas y lo que ellas contienen, hará de las Californias el objeto de su ataque."²

Apenas independizados, los norteamericanos deseaban entrar al lucrativo comercio

de la piel de nutria marina y de esa manera iniciar relaciones comerciales que les permitieran entrar al mercado de China, el más rico de su tiempo. Los abrigos de piel de nutria eran considerados por los chinos como vestimentas reales y pagaban enormes sumas por conseguirlos. Adele Ogden, en su estudio sobre el comercio de la nutria marina, nos dice que para 1790 la piel de nutria marina se vendía en China de 80 a 120 dólares la pieza.³ De ahí que las primeras relaciones comerciales entre Estados Unidos y las Californias tuvieran su origen en el deseo de obtener pieles de nutria. Para 1787, cinco barcos norteamericanos habían llegado a Cantón. Por sus diarios de navegación sabemos que todos pararon en las costas de California para abastecerse, de manera clandestina por supuesto, ya que España prohibía el comercio con el extranjero. El primer informe del comercio Bostón-California-Cantón se escribió en 1804, y fue el capitán William Shaler, quien desde su barco el *Leila Bird*, informó de los primeros intentos comerciales con California. En su libro *Diario de un viaje entre China y la costa noroeste, hecho en 1804*, fue el primero en dar a conocer a sus compatriotas la región de California. Shaler había estado en el territorio en donde obtuvo pieles de las misiones y estimó que en la última década del siglo, sus compatriotas habían dejado en la región cerca de 25,000 dólares anuales en mercancías a cambio de pieles.⁴ Su descripción de la riqueza de la comarca aunada al informe de la debilidad militar despertaría la ambición de los comerciales de Bostón. Shaler fue el primer norteamericano en escribir sobre las Californias y también el primero en sugerir su anexión a los Estados Unidos. Además, el diario es interesante por la honradez de sus observaciones; a pesar del prejuicio anglosajón en contra de España, Shaler escribió:

“Los españoles, con mucho gasto y mucha industriiosidad, han quitado los obstáculos a los invasores: han llenado la región con tal cantidad de caballos, ganado y otros animales útiles que ese beneficio no puede ya destruirse: han enseñado a los indios muchas artes y los han acostumbrado a la agricultura y a la civilización... en una palabras han hecho de California una región digna de atención.”⁵

El comercio establecido por los barcos balleneros de Nueva Inglaterra con California, fue de menor importancia. Cambiaban productos manufacturados por toda clase de alimentos con que avituallarse para el viaje de regreso a sus hogares.⁶

2. LOS RUSOS EN CALIFORNIA

Mientras tanto los rusos, también deseosos de entrar al contrabando de pieles, bajaban de Alaska hacia California. Antes de finalizar la primera década del siglo XIX, lograron apoderarse de las tierras al norte de bahía Bodega. Ahí construyeron el fuerte Ross, al que llevaron 100 colonos rusos y 80 cazadores aleutianos. Los españoles, que por años habían temido su entrada a la región, eran ya tan débiles militarmente que no intentaron expulsarlos. Como barrera a su expansión, ya en tiempos mexicanos (1823), se erigió la misión de San Francisco Solano de Sonoma. La fundación del fuerte Ross y la evidente intención rusa de extenderse en California, despertaron el temor de los Estados Unidos. En el Congreso se habló con alarma de la amenaza del fuerte ruso, pues estaba situado cerca de la bahía de San Francisco, considerada entre las mejores del mundo.⁷ John Quincy Adams, quien fuera presidente de los Estados Unidos dijo al respecto: "El mundo debe familiarizarse con la idea de considerar de nuestro dominio propio el continente de América del Norte."⁸ Para 1818 varios norteamericanos conocedores de la situación empezaron a publicar su opinión sobre el peligro que representaba el fuerte ruso en California. El gobierno de los Estados Unidos mandó como comisionado a J.B. Prevost a la zona, y éste informó a su gobierno sobre la posición dominante de Rusia en el territorio español de California. Por medio del tratado Adams-Onís los Estados Unidos, habían adquirido, entre otras cosas, el derecho a ocupar el territorio al norte del paralelo 42.

En 1821, mediante un decreto imperial, el zar prohibió a los extranjeros comerciar o pescar en la costa americana del Pacífico hasta el paralelo 51, John Quincy Adams, entonces secretario de Estado, dijo al ministro ruso en Washington que los Estados Unidos disputaría el derecho de Rusia, no sólo al territorio que cubría el decreto, sino a todos sus establecimientos en el nuevo mundo y que asumirían el principio de que el continente americano no estaba abierto a ningún asentamiento colonial europeo.⁹ Esa fue precisamente la razón por la que la declaración de Monroe, después conocida como doctrina, fue dirigida explícitamente al zar de todas las Rusias; por medio de ese documentos se hizo saber que los Estados Unidos no permitiría su expansión en la California española.

Los rusos, sin embargo, continuaron en el fuerte Ross hasta 1841, cuando vendieron lo que quedaba de su propiedad a John A. Sutter, un suizo llegado a California en la década de los años treinta.

3. ALTA CALIFORNIA DESPUES DE LA INDEPENDENCIA DE MEXICO

Para este período acerca del que existen pocos documentos, la recopilación de historias orales hecha por Hubert Howe Bancroft y sus ayudantes es fuente primordial para la historia de las Californias. En su colección existen más de cien recuerdos históricos, apuntes, historias, reminiscencias, memorias de cosas pasadas, etc. La laboriosidad con que más de una docena de californios trabajaron para dejarnos memorias nos muestra, quizá de manera primordial, su miedo a que la historia de su terruño fuera a ser distorsionada por la conquista norteamericana. El general Mariano Vallejo declaró que si los californios, como se autodenominaban, no escribían, de ellos mismos, desaparecerían ignorados del mundo. Es verdad que Bancroft escogió y tomó para su historia lo que quiso, pero también es cierto que fue cuidadoso y profesional con lo que incluyó. De ahí que a través de los documentos citados se tejiera la historia de la California española y mexicana de tal manera que a través de los años no se le ha refutado seriamente y continua siendo el repositorio de las fuentes primarias más importantes.

Fue hasta marzo de 1822 que los californios se enteraron de la independencia de México y de la instauración del Imperio. Varios historiadores han escrito que tuvo lugar una Junta compuesta del Gobernador Joaquín de Solá y los comandantes de los cuatro presidios además del representante del Padre presidente de las misiones. Lo que ninguno ha escrito es que el Intendente de California no juró la independencia durante esa junta. El diputado José San Martín escribió una *Memoria* sobre las Californias para las Comisiones Eclesiásticas y Colonización Unidas el 23 de marzo de 1822. El documento, dirigido al Diputado Secretario Licenciado Bustamante dice lo siguiente: "El día de ayer se hizo presente a vuestra merced que el Intendente de California, no había jurado la Independencia por temor de la preponderancia que tienen en aquellas provincias los religiosos de sus misiones." El citado documento tenía como finalidad el acusar a los misioneros franciscanos de haber coartado, por sus malos manejos, el progreso de la Alta California. Es un escrito de importancia no sólo por la acusación anterior sino porque demuestra que los misioneros no quisieron aceptar la independencia, dato no registrado en las historias de California por no haber sabido sus autores de la existencia del anterior documento fotocopiado del archivo de la Biblioteca de Austin, en Texas.¹⁰

Se ignora de que manera se obtuvo la jura de la independencia. Lo que está registrado

es que el gobernador Joaquín de Solá ordenó la elección de cinco electores provinciales quienes a su vez debían elegir un diputado a las nuevas cortes, saliendo electo el propio Solá. En septiembre de 1823 llegó a Monterrey el Canónigo Vicente Fernández comisionado por el Imperio como inspector de la región; bajo su dirección debía empezar la reorganización del gobierno de California. Ordenó a los cinco electores constituirse en una diputación provincial, la primera legislatura de California. Dado que según la estructura política colonial tocaba al capitán José de la Guerra asumir el puesto de gobernador hasta la llegada de su sucesor; Fernández dispuso que la diputación provincial eligiera a su gobernador. Bancroft escribe que eso decidió por no querer arriesgar su reputación dejando a un español como gobernador de California.¹¹ No se apoya en ningún documento por lo que se concluye que fue una deducción personal; lo que sí se sabe es que la diputación votó a favor de Luis Antonio Argüello, nativo de California, como jefe político o gobernador. La votación sentó un precedente que sin duda les dio esperanzas de una mayor autonomía, frustrada en 1824, cuando se regresó a la costumbre colonial de enviar a los gobernadores desde el centro. Haberles quitado el privilegio de elegir el suyo y enviarles a "fuereños" fue lo que constituyó la mayor queja política, puesto que los californios siempre consideraron que estos no entendían sus problemas y costumbres.

En cuanto a los extranjeros en California, después de la independencia William Gale consiguió que la compañía mercantil de Bryant and Sturgis de Boston empezara a intercambiar productos manufacturados por las pieles y el sebo del ganado californio. A partir de ese momento los barcos de Boston visitaron con regularidad los puertos, desde San Francisco hasta San Diego. La compañía de McCulloch and Hartnell, inglesa, fue la primera en firmar un contrato que la obligaba a mandar un barco al año para comprar cueros y trescientas toneladas de sebo a las regiones que ratificaran el contrato. Un buen número de comerciantes ingleses y norteamericanos llegaron a residir en California; muchos de ellos se nacionalizaron mexicanos, se casaron con mujeres del lugar y llegaron a tener grandes propiedades. Hacia 1827 varios prestaban dinero al gobierno de California, entre los cuales estaba Hartnell, quien prestó \$7,100.¹²

En México, Iturbide había hecho público su temor de que los rusos se apoderaran de California; mientras tanto, los ingleses se oponían al plan español-francés para reconquistar la parte ocupada por Rusia. Lucas Alamán, en su informe al Congreso en 1823, propuso mandar a los presos y a todos los colonos que se pudiera a Califor-

nia para impulsar su desarrollo. La ley de colonización de 1824, fue intento para aumentar la colonización de las regiones fronterizas. Pese a que el número de norteamericanos que vivían en la Alta California en 1825 era pequeño, los informes sobre su riqueza despertaron el interés de su gobierno. Joel R. Poinsett, primer enviado norteamericano a México, propuso en 1825 la compra de las provincias de Texas, Nuevo México y Alta California.

Ese mismo año, el gobierno federal mandó al coronel José María Echeandía de gobernador y al capitán Herrera como encargado de las finanzas territoriales. Ambos fueron mal recibidos por los californios, como escribe Bancroft, "más que nada por ser mexicanos y no apreciar las costumbres californias".¹³ La aseveración anterior es de suma importancia; por medio de una cuidadosa lectura de los acontecimientos de la época se cae en la cuenta que el motivo principal de la confusión en Alta California desde la independencia de México hasta la invasión norteamericana, radicó en la creciente hostilidad de los californios hacia sus compatriotas del interior. Entonces empezó a desarrollarse el mito de ser descendientes de españoles puros, y que nada tenían que ver con México.

Una de las descripciones que explican tal antagonismo es, a mi parecer, la que cita Bancroft relatada por un viejo californio: "Como los californios se han asentado en una región tan remota del centro del gobierno, aislados y casi sin ayuda del resto de los estados mexicanos y con pocas oportunidades de comunicación con el resto del mundo, con el tiempo formaron una sociedad cuyos hábitos, costumbres y maneras diferían en muchas de sus características esenciales de la otra gente de México."¹⁴ Entre ellas estaba la preocupación por la pureza de sangre. La 'gente de razón' se veía a sí misma como descendiente directa de españoles e insistía en una blancura que no existía. De ahí la tendencia, que David Weber comenta, de los fronterizos a "blanquearse" en los censos coloniales; cita a Thomas Jefferson Fomham, quien en el diario de su visita a California escribió: "esa parte de la población que por cortesía se llama blanca... Su tez es bronceada clara, no blanca, como ellos erróneamente suponen";¹⁵ por lo tanto, una de las características de la clase pudiente, tanto en California como en Nuevo México, era negar su ascendencia mestiza y denigrar a los más morenos. Ese es un mito que persiste; hasta ahora hay segmentos de la población más antigua en ambos estados que insisten en su hispanidad.

Richard Dana, en su libro *Two years before the mast*, considerado un clásico de la historia de California, escribió lo siguiente:

“El color de los californios depende de la cantidad de sangre española que tienen... los que son de sangres española pura, que nunca se han casado con aborígenes... son a veces tan rubios como una mujer inglesa. Hay pocas de estas familias en California, la mayoría en puestos oficiales, que al acabar sus mandatos se han quedado aquí en las propiedades que han comprado; y otras a quien se ha exiliado por ofensas en contra del gobierno. Estas forman la aristocracia, se casan unos con otros y mantienen un sistema exclusivo en todos los aspectos. Se reconocen por su color, vestido, maneras y también por su hablar; porque al llamarse castellanos, tienen ambición de hablar la lengua castellana pura, que las clases más bajas hablan en forma algo corrompida... Generalmente, la casta individual se determina por la calidad de su sangre que se muestra a primera vista. La más pequeña gota de sangre española... es suficiente para levantarlos del rango de esclavos y darles derecho a un equipo de ropa, botas, sombrero, capa, y a llamarse españoles y tener propiedad...”¹⁶

El historiador chicano Manuel P. Servín sostiene que la actitud racista de los californios fue tomada de los padres franciscanos “fernandinos”. Cita un documento del segundo presidente de las misiones, el padre Fermín Francisco Lausen: “En las otras misiones no hay falta de laboriosidad porque todos los misioneros son europeos.”¹⁷

Además esta actitud racista en California produjo una característica especial que no se dio en Nuevo México: clasificar a los soldados recién llegados del interior del país como “cholos”, palabra que tenía una connotación peyorativa. ¿Por qué sucedió en California y no en Nuevo México? Una posible explicación podría ser que la sociedad de Nuevo México aún cuando era más antigua (1605), había mantenido una constante comunicación con Chihuahua y por lo tanto se mantenía culturalmente unida al país; otro factor era que el gobierno del centro (tanto centralista como federalista) le prestaba mucha atención, tanta que en sus archivos se encuentran casi cuatro mil documentos para un periodo de sólo 26 años;¹⁸ otro más fue el hecho de que el gobierno del territorio estuviese casi completamente en manos de autoridades nativas; un cuarto factor fue que los soldados de los presidios fueran en su casi totalidad nativos de Nuevo México.

En contraste, sabemos del total aislamiento en que se vio la Alta California desde 1781, cuando los indios yuma cortaron su comunicación con Sonora a los once años de haber empezado la colonización. Desde ese momento sus contactos con el mundo se limitaron a los barcos españoles que llegaban de Perú y Chile. Se comprende que su cultura se desarrollara más dentro de los patrones específicamente españoles que la de los novohispanos; ahí nunca se dio el paso hacia lo que después se llamaría cultura mexicana porque se estuvo totalmente desvinculado de ese movimiento. Por cultura mexicana entiendo, en un afán por simplificar: la aceptación del pasado indígena al escoger el nombre de México y el águila sobre un nopal como escudo nacional, la búsqueda de un estilo propio en las artes y las letras como la cultura del siglo XVIII ejemplifica, y un cierto antagonismo hacia los españoles por discriminarlos en los cargos públicos y militares.

En la Alta California, por influencia de las autoridades y de los padres misioneros, que eran españoles, además de su desvinculación de la cultura novohispana por razones geográficas, los californios despreciaban lo indígena. En lugar del antagonismo novohispano hacia los "gachupines", los californios se identificaban con ellos y hostilizaban a los mexicanos cuando estos llegaron como autoridades. La cultura novohispana y después mexicana tenía una fuerte tradición católica fomentada por numerosos sacerdotes, frailes y monjas. Sin embargo, pocos de ellos aceptaron emigrar al norte con el resultado de que algunos visitantes acusaron a los fronterizos de negligentes e irreligiosos. El que los franciscanos se hayan dedicado casi por completo a los indios motivó el anticlericalismo de los dirigentes californios.

Los estudiosos del desarrollo de la cultura mexicana dan como punto importante su apego al culto de la Virgen de Guadalupe. Según muchos de ellos fue el guadalupanismo lo que unió a las diferentes etnias y castas. Jacques Lafaye cita al doctor Siles teólogo novohispano quien en 1648 observó que mucho antes de tener conciencia de estar formando el "pueblo mexicano", los mexicanos, todos los mexicanos, tuvieron conciencia de ser hijos de Guadalupe."

Es más la conciencia o sentimiento de ser un pueblo *cívico* parece que se derivó de la frase guadalupana "non fecit taliter omni natione" (No se ha hecho tal cosa para todas las naciones) que significaba la singularidad de México. El arzobispo dominico Montufar fue quien dio su aprobación "a una Virgen sincrética que simboliza la aprobación divina de los mexicanos".²⁰ Los españoles de la colonia no eran gua-

dalupanos y entre ellos estaban los franciscanos, por lo tanto la devoción mexicana no llegó a ser parte de la cultura californiana. El pequeño núcleo que formaba la "gente de razón", unos 3,200 de ellos, estaba diseminado en un enorme territorio. Los únicos intrusos eran los soldados y el puñado de autoridades enviadas desde la capital. Con o sin razón, los californios se creían y sentían diferentes. Así lo dejaron consignado en sus documentos. Peggy K. Liss en su estudio sobre los orígenes de la nacionalidad mexicana escribe:

"La aparición en México de una identidad nacional más completa debió esperar hasta fines del siglo XVIII, cuando entre los criollos surgió un sentimiento moderno de nacionalismo, que incluía conceptos de participación popular en el gobierno, ciudadanía, gobierno constitucional, y, lo más importante, el concepto fundamentalmente secular de una nación compuesta por una sociedad unida principalmente por el nacimiento, la geografía y la historia, y por el gobierno, el idioma y un sentimiento de propósito común".²¹

A fines del siglo XVIII el núcleo original de colonos de la Alta California estaba ya aislado del resto de la Nueva España. Bancroft, o más bien sus informantes, explicaron que el sentimiento de hostilidad entre mexicanos y californios se había originado entre los soldados de los presidios quienes llegaron al grado de negarse a obedecer a los jefes del grupo contrario. Aseveraron que el capitán Miguel González, comandante de armas desde 1826, había exacerbado la situación por medio de su arbitrariedad y su favoritismo hacia los soldados del interior, tanto de su destacamento como de otros. Además, se había quejado de la supuesta insubordinación de los soldados californios. Bancroft escribió: "no es muy importante, aunque fuera posible, investigar los detalles de ese pleito. Los oficiales mexicanos y californios tenían la inclinación a despreciarse los unos a los otros".²²

La hostilidad se acrecentó a la llegada de Echeandía porque con él llegó el primer grupo de presidiarios enviados a servir su sentencia en California. La población del territorio, unos tres mil criollos y mestizos, resistieron el envío de convictos provenientes de las clases más bajas del país. Les enfureció la circular de 1829 que instituía a California como colonia penal, porque al no tener prisiones en el territorio, los presidiarios tendrían que vivir entre ellos. Hubo protestas en todos los pueblos y en mayo de 1830, un mítin en Monterrey pidió que los regresaran a México. El resentimiento aumentó cuando Echeandía, tratando de disculpar al gobierno, declaró que

éste... "ignoraba que existiesen familias decentes y de educación en las californias".²³ Precisamente ese año tuvo lugar una pelea entre jóvenes californios y mexicanos; los primeros acusaron a éstos de insultarlos por su falta de educación. A los llegados de México los llamaban "de la otra banda". Las primeras historias de California —Alvarado, Carrillo y Vallejo— informan que José Castro, quien después sería jefe político, había sido arrestado por expresar públicamente su hostilidad a los del interior.²⁴

Otra fuente de discordia introducida por Echeandía fue su intento de secularizar las misiones en 1826; los frailes se resistieron, y debido a los rumores de una probable revuelta indígena que sólo los padres podrían controlar, Echeandía abandonó el proyecto de secularización. Que el gobierno lo hubiera enviado, que haya dividido la población con su intento de hacer de San Diego la capital del territorio, que haya cerrado cuatro puertos al comercio y después aumentado los impuestos, que llegara con los primeros presos, que haya intentado la secularización, todo eso provocó la sospecha y el resentimiento de los californios hacia el gobierno. Se consideró una humillación la política de envío de presos, de ahí que "cholo" pasó a ser sinónimo de mexicano del interior, fuese soldado, preso o autoridad. El estudio de muchas de las narraciones de la época "no deja duda que mucha de la antipatía que tenían los californios por los mexicanos y que causaría problemas al territorio durante la época, tenía a la base la política poco sabia del supremo gobierno."²⁵ A ellos se achacaron todos los males del territorio; por medio de una cuidadosa lectura de los documentos citados por Bancroft se puede elaborar una cronología que demuestra la creciente animosidad contra los llegados del interior de la república. Cita los manuscritos de Vallejo y Alvarado, quienes escribieron que ante la decisión de Echeandía de hacer de San Diego la capital del territorio, la tropa y la gente de Monterrey aconsejaron rebelarse. El problema de la localización de la capital también dividió a los californios en dos facciones: abajeños y arribeños, hasta la conquista norteamericana.

Ríos y Castillo explican que la población "arribeña" por la distancia y porque la mayoría de su gente tenía varias generaciones en el territorio, tenía menos nexos con México y se sentía más lejana de éste. En cambio, los pueblos "abajeños", más cercanos a su país de origen y con influencia mexicana continua, tenía un mayor grado de lealtad hacia la patria.²⁶

En 1826, los arribeños lograron que Echeandía destituyera al capitán González, comandante del territorio, quien se había ganado la enemistad de los californios acusado de favorecer a los soldados del interior y de haber cometido arbitrariedades en contra de los californios.²⁷ Un año después de su llegada, Echeandía ordenó el cierre de los cuatro puertos que comerciaban con el extranjero y dejó abierto sólo el de Monterrey. El gobierno mexicano instruyó a Echeandía subir los impuestos sobre la importación de mercancías en un 42.5%, además de 2 pesos 4 reales por tonelada y 10 pesos de anclaje.²⁸ Ante tal arbitrariedad, los californios y extranjeros se unieron para pedir que se admitieran embarcaciones en todos los puertos y se redujeran los impuestos a un 25 por ciento. A este problema se añadió el revuelo causado por el intento de secularización y, en medio de todo, la indignación originada por la llegada de los presos.

En junio de 1828 se descubrieron planes para un levantamiento. Bancroft cita un documento del comandante de Monterrey a Echeandía; en él le informó que había sido descubierto un complot de la tropa en contra del gobernador y de todos los de "de la otra banda" (mexicanos) para poner californios en todos los puestos de autoridad. Aun cuando habían hecho exámen formal de varios de los acusados, no pudo lograr que ningún oficial quisiera actuar como fiscal y finalmente el incidente se archivó; sin embargo, todavía en julio, el gobierno de Echeandía ordenaba vigilar para prevenir el complot, y en septiembre se pidió al alcalde de Monterrey que vigilara que nadie llevara armas prohibidas.²⁹

La siguiente rebelión ocurrió en noviembre de ese mismo año. Tuvo lugar de nuevo en Monterrey, se arrestó a las autoridades y se pidió a Joaquín Solís que aceptara el puesto de comandante general de la tropa californiana; éste pidió la ayuda de José María Herrera, antiguo comisario subalterno de Hacienda y enemigo de Echeandía, para la redacción de un pronunciamiento. Bancroft opina que el documento redactado correspondía más a una revolución que a una petición; acusaba a Echeandía de ser el causante de todos los males del territorio y pedía su renuncia; la diputación nombraría a la autoridad hasta que llegara su reemplazo. Entre otras cosas el pronunciamiento aseguró la protección de los extranjeros, especialmente de los españoles, que según la ley de 1827 debían ser expulsados del país. Bancroft repite de nuevo que la causa del pronunciamiento fue la pobreza de la tropa, a la que Echeandía no había pagado, sin embargo, diez páginas adelante asevera Bancroft, citando a Echeandía, "que todos los meses los soldados habían recibido dos tercios de su suel-

do". Queda claro entonces que los soldados de Monterrey se levantaron en contra del gobierno de Echeandía y no en demanda de su paga, que además ni siquiera fue mencionada en el pronunciamiento. Esto fue aceptado y proclamado por el ayuntamiento de Monterrey, que dio ayuda financiera a los rebeldes. En su viaje hacia el norte, el general Solís recibió la adhesión de los ayuntamientos de San Francisco, San José, San Juan y Santa Clara,³⁰ quizá porque Solís había proclamado su adhesión a España.

Mientras tanto, Echeandía no hacía más que solicitar ayuda económica del gobierno federal. Santa Bárbara también se había adherido al pronunciamiento pero su revuelta fue sofocada. Echeandía hizo una proclama el 7 de enero de 1830, repitiendo que los soldados sí habían recibido dos tercios de su paga por lo que no había motivo de rebelión; repetidas veces acusó a Herrera de haberla motivado. Durante dos días los grupos, pues no se les puede llamar ejércitos, intercambiaron disparos, pero a tal distancia que nadie resultó lastimado. El grupo de Solís, de como 40 hombres, terminó desbandándose y pidió amnistía. Lo más importante de esa escaramuza parece haber sido que casi todos los habitantes del norte de California habían estado a su favor, y que el "general" Solís haya escrito al padre Arroyo de la Cuesta que su intención era izar la bandera española y pedir regresar a su jurisdicción.³¹ Así fue como lo informó Echeandía al ministro de Guerra, quien contestó pidiendo que se les juzgara como traidores. Como se dijo antes, después de un examen cuidadoso de los acontecimientos y de la manera de comportarse de varios grupos de californios se saca como conclusión, que la región norte de la Alta California era muy afectada a España. Como también ya queda dicho, este parece el resultado lógico de su situación geográfica y por ende de su aislamiento. También en la Alta California los misioneros franciscanos se negaron, casi todos, a prestar el voto de obediencia a la Constitución de 1824. Muchos de ellos, incluyendo el comisario prefecto, continuaron siendo españoles y fueron ellos quienes ayudaron a la rebelión de Solís en Santa Bárbara. El padre Martínez de San Luis Obispo fue acusado de ayudar directamente a los rebeldes y de promover una alianza con España; por tal razón fue exiliado en febrero de 1830.

4. EXTRANJEROS EN CALIFORNIA A FINALES DE LA DÉCADA DE LOS VEINTE

A finales de la década de los años veinte cambió el tipo de inmigración. Empezaron

a llegar a la provincia exploradores y cazadores de pieles, que en su mayoría carecía del pasaporte exigido por México desde 1826. Ese año llegó la primera expedición por tierra bajo la dirección de Jediah Smith, veterano de los viajes a Santa Fe y empleado de la compañía de pieles Rocky Mountain. Smith fue arrestado junto con sus hombres por carecer de pasaportes, hasta que un conocido suyo intercedió en su favor. Le pertenece el mérito de haber abierto la comunicación terrestre entre los Estados Unidos y Alta California.

En 1828 un grupo de cazadores norteamericanos trató de apoderarse del puerto de San Francisco fingiendo creer que estaba en territorio norteamericano. Poco a poco, exploradores, cazadores y comerciantes norteamericanos se fueron quedando en la provincia. Según Bancroft, a finales de los años veinte había 150 extranjeros en una población de 4,250 "gentes de razón", 150 prisioneros y cerca de 18,000 indios.

Dos años después de la expedición de Smith, otro grupo de norteamericanos comandados por los hermanos Pattie llegaron en calidad de prisioneros a Monterrey, California. Los habían encontrado en el norte de la Baja California y como no tenían pasaporte los aprehendieron. Al tratar de obtener una indemnización del gobierno mexicano por los perjuicios sufridos, el departamento de Estado norteamericano entabló una investigación por conducto de su ministro en México; éste informó que todos los prisioneros de la expedición Pattie habían sido liberados y que algunos de ellos se habían quedado en Alta California." En su narración, publicada unos años después, Pattie cuenta que él y 38 estadounidenses tomaron parte en la revuelta de Santa Bárbara al lado del gobernador Echeandía porque se les había informado que los rebeldes, comandados por el general Solís, echarían de la región tanto a los mexicanos como a los norteamericanos e ingleses. Así como los españoles tomaron partido por Solís, los norteamericanos lo hicieron por Echeandía. Según el proceso de los rebeldes, éstos planeaban pedir su reincorporación a España; " por lo tanto, en la primera revolución californiana los norteamericanos e ingleses tomaron partido aunque con el tiempo su participación en el curso de los sucesos fue mayor.

Las expediciones de Smith y Pattie tuvieron como consecuencia el aumento del interés norteamericano en Alta California, sobre todo desde 1808, con la publicación del libro de Shaler. Dentro del sistema capitalista norteamericano de la época, los relatos de viajeros eran recibidos con enorme interés, debido a la necesidad de expandir sus mercados; no obstante, la mayoría del público de ese tiempo dirigía su aten-

ción a Texas. Desde principios de la época, los periódicos de la frontera habían empezado una fuerte propaganda para adquirir esa región; California estaba por el momento en segundo término. Una situación análoga reinaba en México, donde todas las medidas tomadas en contra de la inmigración norteamericana —restricciones comerciales, etc.— se referían explícitamente al caso texano, sin embargo, en 1827 el gobernador Echeandía, recibió órdenes de insistir en pasaportes, mandar informes mensuales acerca de la conducta de los extranjeros, no concederles tierras y de ninguna manera aceptara que habitaran en costas e islas.³⁴

El grupo de españoles en California comandados por los padres misioneros, continuaron su labor de zapa a través de los años. La mayoría, como ya se ha dicho, se negó a tomar el juramento de obediencia a la Constitución de 1824 y al gobierno republicano; sin embargo, ni ellos querían regresar a España por ser demasiado viejos, ni el gobierno de Echeandía los quería expulsar, dada su influencia sobre los indios. La ley de 1827, que expulsó a los españoles del territorio nacional, no tuvo efecto en la Alta California, ya que los padres finalmente aceptaron prestar juramento al nuevo gobierno.

5. CALIFORNIA DE 1830 A LA OCUPACION DE MONTERREY

En la caja, no catalogada, de documentos sobre la Baja California en el Archivo General de la Nación se encuentra un documento interesante que hasta la fecha no ha sido tomado en cuenta para la historia de la Alta California; se titula "Minuta de las instrucciones a don Manuel Victoria" y está fechado el año de 1831.³⁵ Mediante este documento podemos conocer los problemas de la región a principios de la década de los años treinta. En primera instancia hay que anotar que Manuel Victoria fue nombrado jefe político, o gobernador, solamente de la Alta California, mientras que a Baja California enviaron al capitán Mariano Monterde. Aun cuando las dos regiones habían estado separadas desde 1804, generalmente se enviaba a un gobernador para las dos entidades; resulta significativo que en 1831 se haya decidido enviar a dos gobernadores. El intento de invasión a San Francisco en 1828 y la aprehensión de la expedición Pattie, sin duda impresionó al gobierno en la ciudad de México, que resolvió poner más atención a la Alta California; prueba de ello es que se instruyó a Victoria para que recopilara datos estadísticos acerca de la región.

El gran problema de la década fue la secularización de las misiones, aunque en reali-

dad el asunto databa de 1813, cuando fue ordenado por las cortes de Cádiz. Por circunstancias históricas, ésta no se llevó a cabo en la Nueva España, pero los gobiernos de México independiente la tuvieron en mente durante una década. Secularización significaba reemplazo de los misioneros, miembros de órdenes regulares, por sacerdotes seculares que se harían responsables de la preservación de la fe. El gobierno dejaría de mandar subsidios a los misioneros y serían los fieles los encargados de mantener al sacerdote de su parroquia. La propiedad comunal regresaría a los indígenas y el excedente sería parte del dominio público. En teoría, nos dice David Weber en su estudio de la frontera, la secularización era compatible con las metas franciscanas, pero en la práctica esta orden la veían como una amenaza al bienestar indígena porque, en su opinión, los indígenas quedarían sin protección. Tanto las autoridades como los californios ricos veían a las misiones como un obstáculo para el progreso³⁶ y para el desarrollo económico del departamento; además de ser las más ricas de toda la frontera, virtualmente monopolizaban la fuerza laboral indígena. Como vimos, el gobernador Echandía realizó el primer intento de secularización en 1826.

En las instrucciones a don Manuel Victoria se le pidió empezar la secularización repartiendo tierras a los neófitos “que tengan mejor disposición” para que de esa manera se fuera substituyendo el sistema de misiones por otro más adecuado a los intereses de la región. El gobierno pretendía de esa manera disminuir la influencia de los misioneros. Se pidió a Victoria, sin embargo, proceder con “prudencia” para no causar descontento entre los misioneros, con los que debía conservar la “mejor armonía”. No cabe duda que las instrucciones provenían del gobierno conservador de Anastasio Bustamante, quien a pesar de estar convencido de la necesidad de secularizar, no quería problemas con la Iglesia.

Otras de las medidas ideadas por el gobierno de Bustamante, fue la de pedir el envío de jóvenes capaces a la capital para que se les pudiera preparar como sacerdotes seculares que a la larga reemplazarán a los misioneros. En cuanto a los extranjeros, la minuta informó al futuro gobernante que habían llegado muchos a colonizar por lo que había que darles terrenos, “aunque era necesario que evitara que en la población no se introduzca más de un tercio de familias rusas o de los Estados Unidos del Norte”. Deberían fundarse poblaciones en los parajes que parecieran más fáciles de usurpar, “teniendo presente que los límites de la república mexicana se extienden hasta el paralelo 42 de latitud, según el tratado celebrado con los Estados Unidos”.

Se le pidió información acerca de las fuerzas mantenidas por los rusos en el puerto de Bodega y lo que se pudiera averiguar acerca de su propósito de extenderse a territorio mexicano; también se le pedía información acerca de los movimientos norteamericanos.³⁷

El gobierno de Victoria fue problemático ya que Echeandía se negó a entregar los poderes en San Diego, por lo que Victoria tuvo que viajar a Monterrey reavivando así la polémica acerca de la localización de la capital. Tal acción tuvo como consecuencia que los ciudadanos "abajos" más prominentes como Carrillo, Bandini y Pico, se rebelaran y pidieran que Echeandía los gobernara cuando tuvo lugar la batalla del paso de Cahuenga, el gobernador Victoria resultó tan gravemente herido que renunció a su cargo y regresó a la ciudad de México. Entre las acusaciones que hizo a Echeandía y a la diputación de Alta California, ninguno más grave que el peligro de que promovieran la separación total de la región.³⁸

A la salida de Victoria la situación no se calmó, ya que el ex secretario de Echeandía, Agustín Zamorano, se rebeló en su contra. En mayo de 1832 se llegó a un acuerdo mediante el cual Zamorano quedó como autoridad de la región de San Fernando a Sonoma y Echeandía de San Diego a San Gabriel. Había empezado la división de los californios, lo que no haría más que facilitar la obra de zapa previa a la conquista. La situación política del gobierno de la república pospuso su intervención en la Alta California, ya que de mayo de 1832 a enero de 1833, fueron Zamorano y Echeandía los que gobernaron la provincia. Como consecuencia, la región fue prácticamente autónoma durante siete meses.

Durante el gobierno de Zamorano en el norte de California, se formó la compañía extranjera para la defensa de Monterrey con cincuenta hombres que deseaban, según los informantes de Bancroft, un gobierno estricto que impusiera orden. Después del consabido "pronunciamento", Zamorano se declaró comandante general *ad interim* hasta la llegada del gobernador que enviara el gobierno. No tuvo que luchar contra Echeandía pues éste accedió a que fuera comandante del norte de la Alta California, mientras que el ex gobernador continuaba siéndolo de la parte sur. Mientras tanto, la diputación de San Diego escribió al presidente de la república acusando a Zamorano de estar bajo la influencia de los frailes del "sistema misional anti-republicano", que según ellos querían la restauración de las instituciones españolas.³⁹ Aprovecharon para insistir en que el mundo civil y el militar debían estar separados

en dos personas. No es de extrañar que se hayan opuesto a las órdenes de Gómez Farías, en cuanto a su manera de secularizar las misiones, ni que en 1835 hayan ignorado las disposiciones de Santa Anna para cancelar el proceso. A mi parecer la independencia de la clase gobernante californiana data de esa época; la esperanza de una mayor autonomía, propiciada por la elección del gobernador Argüello, se había visto frustrada por la presencia tanto de Echeandía como de Victoria; sin embargo, la revuelta en contra de este último los envalentonó.

Carlos Carrillo, diputado electo al Congreso nacional en octubre de 1830, presentó una queja en contra de las arbitrariedades de las autoridades enviadas por el gobierno central a la Alta California. Propuso como remedio la separación de los poderes político y militar, la necesidad urgente de una ley orgánica, de establecer cortes de justicia y de regular la administración de las finanzas. Su mayor queja, la más insistente, fue que se continuara enviando oficiales desde el centro, cuando había muchos californios con los méritos suficientes para ocupar los puestos gubernamentales. Su documento, publicado en formato de folleto, fue la primera publicación de un autor californio.

En mayo de 1832, el gobierno del presidente Bustamante nombró al general José Figueroa gobernador de la Alta California. Llegó a la provincia el 14 de enero de 1833 y rescató el poder que estaba en manos de Zamorano en el norte y de Echeandía en el sur. Se opuso, en privado, a la separación de poderes descada por los californios, diciendo que no sería más que un paso a la proyectada separación de la región en poner la gubernatura en manos de un californio. Escribió al vicepresidente Gómez Farías acusando al grupo encabezado por Juan Bandini, recién electo representante de la Alta California al congreso, "de querer separar el comando militar y civil, como una manera de promover su deseo de separar a la Alta California de México".⁴⁰

Mientras en el Congreso se discutía la ley de secularización propuesta por el vicepresidente Gómez Farías, éste organizaba un grupo de colonos que dirigidos por José María Híjar marcharían al Alta California, Híjar sustituiría a José Figueroa como gobernador civil. José María Padres sería el comandante militar. Hutchinson, en su libro *Frontier settlement in mexican California*, relata los pormenores del primer y último gran intento de colonización de la región, cuyo propósito más importante era poblar el norte de la Alta California y proteger la región de la expansión rusa.

Acerca del creciente espíritu de independencia de los californios, resulta interesante para nuestra tesis constatar el motivo del fracaso del proyecto de colonización. Según la ley de secularización de agosto de 1833, los indios serían los primeros beneficiarios, seguidos de los soldados de las guarniciones en la Alta California. En tercer lugar, la ley dispuso que estuvieran los residentes de Alta California que no disponían de tierras, o de aquellos que tenían menos de lo que la propia ley disponía. Sólo en cuarto lugar se daría tierras misionales a los colonos recién llegados. No obstante, las instrucciones dadas a la colonia Hijar-Padrés les otorgó en su primer artículo, "toda la propiedad perteneciente a las misiones de ambas Californias". Por tanto, las instrucciones eran una flagrante contradicción de la ley del 17 de agosto de 1833. Además la expedición, llevaba 21 hombres del interior para ser los administradores de las misiones a secularizar.⁴¹

El 20 de julio de 1833, Figueroa escribió al ministro de Relaciones, sin saber de la inminente llegada de la colonia Hijar, acerca del problema de la secularización de las misiones, entre otras cosas, le hizo saber su creencia de que si se otorgaba tierra a los indios (más atrasados de lo que el había supuesto), los hombres blancos, tanto nativos como extranjeros, acabarían siendo los propietarios. Escribió que muchos de los californios que pretendían estar interesados en liberar a los indios, lo único que en realidad deseaban era apoderarse de las tierras misionales y de los indios. "Más aún, esos mismos hombres tenían la esperanza de utilizar la fuerza indígena para pelear por la independencia de California." Figueroa añadió que la idea le parecía absurda porque no tenían ni los recursos ni la población para llevarla a cabo, *pero la idea existía, veían a los mexicanos de la misma manera que éstos habían considerado a los odiados españoles.*⁴²

Al tener noticias de la ley de secularización, el gobernador Figueroa y la diputación territorial se enfrascaron en interminables discusiones acerca de cómo llevarla a efecto. La mayoría de los californios consideraban que tenían el mismo derecho que los indios a ser propietarios de las tierras misionales.⁴³ Mientras las discusiones proseguían, el gobernador Figueroa se dedicó a hacer donaciones de tierra, el mayor número que se había hecho desde los inicios de la colonia.⁴⁴ Astutamente, el gobernador y la diputación llegaron a la conclusión de que las tierras misionales debían ser medidas, y que se dudaba de la extensión declarada; de ahí se concluyó, después de muchas discusiones, que había que nombrar administradores laicos que se encargaran de los trabajos y actividades comerciales de las misiones, los misioneros se

encargarían de las espirituales. Según se lee en las cartas de la diputación, el gobernador aprobó la moción porque creía que el gobierno central había causado suficiente daño al legislar como lo hizo sobre las tierras misionales.⁴⁵ Según otros testigos, Figueroa aceptó el plan porque la diputación lo amenazó con rebelarse. Otros más nos dicen que fue porque acababa de comprar un rancho (junio 30, 1834) de 26,000 acres por la ridícula suma, aun en esos días, de 500 pesos; se decía que había sido un soborno de la diputación.⁴⁶ Sea lo que fuera, lo importante para nuestra tesis es el saber que un grupo de californios obtuvo el control de las misiones y por lo tanto no iban a querer entregarlas a los colonos de Híjar-Padres, que además, si seguía estrictamente la ley de colonización de 1830, tampoco tenían derecho a ellas. Queda como un misterio por qué las instrucciones, firmadas por Francisco M. Lombardo, ministro de Relaciones contradijeron la ley de secularización de agosto de 1830.

Para la llegada de la expedición Híjar-Padres, las grandes propiedades misionales habían quedado en manos de una oligarquía. Cuando Santa Anna ordenó parar el proceso de secularización, los californios ignoraron sus órdenes. Entre 1834 y 1836, las 21 misiones fueron repartidas entre aquellos que tanto las habían ambicionado, y entre ellos se encontraban varios norteamericanos casados con hijas de californios influyentes. Para nuestra tesis, la importancia del asunto de los colonos radica en la animosidad que desarrollaron en contra de los mexicanos del interior; la cordialidad de éstos hacia los indios, por ejemplo, enfureció a los californios porque se adjudicaron el papel de salvadores; ellos verían que se les hiciera justicia, etc., característica típica de los mexicanos del interior, que llegaron hasta parlamentar con los indios paganos, a quienes los californios habían mantenido a raya con enorme trabajo. Uno de ellos escribió que los había predispuesto "en su favor al explicarles lo mejor que pude, lo bien preparados que estábamos filosóficamente". Sus intentos de buenas relaciones con los indios despertaron sospechas en el gobernador Figueroa y la diputación territorial, quienes a su vez hicieron correr la voz de que los colonos llegaban a tomar las tierras que correspondían a los indios.⁴⁷

Como resultado de los discursos "mesiánicos" de Híjar, los indios se negaron a trabajar en varias de las misiones que éste había visitado. Figueroa lo acusó de ser el causante, pues por medio de sus discursos estaba "exortándolos a defender su libertad". Las ideas de Híjar eran excelentes para el resto de la república pero en

Alta California fueron dinamita y lo único que lograron fue acrecentar la animosidad de los californios.

Finalmente Figueroa mostró a José María Híjar el documento en el que el presidente Santa Anna le ordenaba no ceder la gobernatura a Híjar. Siguiéron meses de discusiones entre la diputación territorial e Híjar y Padrés, respecto a si estos podrían o no proseguir con la colonización; mientras, crecía la animosidad de Figueroa y de la diputación. En abril de 1835 estalló una revuelta en Los Angeles, que se adscribió a la influencia de los colonos de Híjar. En su proclama, Figueroa los acusó de intentar promover una guerra civil como la que en ese momento tenía lugar en el interior de la república. Alan Hutchinson opina que "uno de los resultados de la proclama de Figueroa fue el regar la semilla del odio y resentimiento en contra de la colonia, y de todos los mexicanos en California".⁴⁴ Se basa en el documento de José María Híjar dirigido al ministro de Relaciones con el relato que a la fecha de la rebelión en los Angeles, a 600 millas de San Francisco Solano, los colonos de Híjar-Padres habían visto sus armas confiscadas mientras que a los extranjeros de la colonia se les había permitido conservarlas. Híjar acusó al gobernador Figueroa de haber desatado un odio injusto en contra de su compatriotas del interior y "de haber logrado que el odio echara raíces en los corazones de los californios".⁴⁵

El éxito de Figueroa como gobernador de California y su prestigio entre la mayoría de los historiadores se debe, sin duda, a su capacidad de amoldarse a las circunstancias y a su continua costumbre de quedar bien con todo el mundo. Como se recordará, al principio de su gestión Figueroa se quejó al gobierno central de lo que llamó las tendencias separatistas de los californios. Pronto se dio cuenta de que su fortuna estaba en acomodarse a los deseos de éstos. Así se explica su cambio de opinión en cuanto a la secularización; en un principio decidió llevarla a cabo, pero cambió de opinión presionado por los deseos de la diputación territorial. La misma hostilidad que fomentó en contra de la Colonia Híjar-Padrés no parece haber sido sino el reflejo de la hostilidad de los californios porque perderían sus propiedades si ésta triunfaba. Híjar lo acusó de fomentar el odio hacia los mexicanos del interior; quizá también eso fue producto de su identificación con los californios y sus intereses. Alan Hutchinson nos dice que el gobernador Figueroa, en su informe al ministro de Hacienda de noviembre de 1834, admitió saber era ilegal permitir a barcos extranjeros comerciar al menudeo en cada uno de los puertos californios; sin embargo,

pidió permiso para continuar permitiéndolo porque, según dijo, tendría gran oposición si trataba de impedirlo.³⁰

El gobernador José Figueroa murió de una apoplejía el 29 de septiembre de 1835, dos años y nueve meses después de haber tomado posesión de su cargo. A su muerte se reanudó el viejo pleito de la localización de la capital. José Antonio Carrillo, entonces diputado por Alta California ante el Congreso de la república, anunció que Los Angeles sería la nueva capital; sin embargo, la diputación territorial se negó a cambiarse a esa ciudad. Su actitud provocó un vacío de gobierno hasta la llegada del coronel Marino Chico, enviado como gobernador. Este empezó su gobierno con grandes alabanzas a la Constitución centralista y procedió a poner en práctica sus preceptos al prohibir, entre otras cosas, el comercio al menudeo en los barcos extranjeros; además impuso una serie de restricciones más de acuerdo con las leyes mexicanas que con las costumbres californias.³¹

Según la Constitución centralista, California pasó a ser un departamento, la diputación territorial, una junta departamental y el gobernador se convirtió en jefe político. Agregado al prejuicio en contra de los mexicanos del interior, los californios hostilizaron al gobernador por su arrogancia y por pertenecer al partido centralista. Se opusieron a sus medidas en contra de los extranjeros.³² El 19 de julio de 1836, Chico envió una carta a la junta departamental avisando que el clamor popular estaba en su contra por haber suspendido al alcalde de Monterrey. Dado que no contaba con las fuerzas necesarias, el gobernador informó a la junta que saldría para México. Chico nunca regresó y el coronel Nicolás Gutiérrez tomó el mando, pero era tal la confusión política que Juan Bautista Alvarado, jefe de la junta se rebeló en su contra con la ayuda de José Castro y aventureros norteamericanos comandados por Issac Graham. A quince años de la independencia de México, como ya se ha dicho, se había desarrollado entre los californios, sobre todo desde el envío de convictos, un fuerte sentimiento antimexicano. El mito de su sangre española habíase arraigado hasta el grado que los informantes de Bancroft nos dicen: "Se creían superiores en sangre y costumbres morales a los de 'la otra banda'", como llamaban a los mexicanos del interior. A ese sentimiento se agregaba la nefasta costumbre del gobierno central de enviar no sólo gobernadores sino comandantes militares, muchas veces inexpertos, como jefes de oficiales con gran experiencia que estaban convencidos de que se merecían el puesto, por lo que su resentimiento era grande. Las autoridades fiscales también eran enviadas desde el centro de la república a hacerse cargo

de la prosperidad labrada por los californios. Los extranjeros que vivían entre ellos, por interés, promovían el sentimiento de hostilidad hacia los compatriotas del interior, de ahí que los informantes de Bancroft nos digan que en 1836 existía un sentimiento popular que hemos visto desarrollar ya durante el gobierno de José Figueroa y la desafortunada colonia Hija-Padres.³³ El cambio del federalismo al centralismo dio a los californios la perfecta justificación para una revuelta. Como ya se ha dicho, el jefe de ésta fue el joven Juan Bautista Alvarado conocido por su hostilidad hacia los "de la otra banda". Castañares, en su *Colección de documentos*, fue el único californio en escribir acerca del movimiento ya que los demás sólo lo mencionan; opina que fueron los norteamericanos los que la instigaron y apoyaron.³⁴

A mediados de la década de los años treinta, varios grupos de aventureros norteamericanos empezaron a llegar a la Alta California; uno de ellos, el de Issac Graham, decidió unirse a la causa de Alvarado a cambio de futuras tierras. El gobernador Gutiérrez se rindió el 4 de noviembre de 1836 y el grupo de californios tomó el presidio de Monterrey; acto seguido regresaron a los oficiales mexicanos a su lugar de origen. Hay una gran divergencia de opiniones entre los contemporáneos respecto a quiénes instigaron la revuelta. Un buen número pensó que fueron los norteamericanos; Castañares, como ya se ha dicho, fue el único californio que escribió acerca de ella, opinó de la misma manera. No obstante, hubo algunos autores que la atribuyeron a una fuerte oposición al centralismo. El norte del departamento de la Alta California se declaró a favor de Alvarado; el 5 de noviembre tomó Monterrey y, como se ha dicho, mandó a los oficiales mexicanos de regreso al interior. Entre los expulsados se encontraba Luis del Castillo Negrete, que después sería gobernador de Baja California. Alvarado escribió que todas las fuerzas en el territorio querían unirse a su causa y añadió: "Los federalistas ganarán en México, y nosotros quedaremos, si la suerte nos acompaña, como un estado libre y soberano."³⁵

En ese momento parece que su intención era poner autoridades californias con el pretexto de combatir el centralismo. El mismo Bancroft admite: "Sin duda después de su triunfo, los norteamericanos lo presionaron a favor de una independencia total." Algunos autores contemporáneos dejaron escrito que Alvarado y Castro ya tenían lista una bandera como la de Texas, con una estrella solitaria, pero temiendo la oposición del sur del departamento no se atrevieron a ir tan lejos. Acto seguido, Alvarado y Castro declararon que la diputación territorial se convertiría en Congreso del libre y soberano estado de California. Un mes después convocaron a los ayunta-

mientos para que mandaran un representante al Congreso constituyente.³⁶ Las noticias de la rebelión de Alvarado fueron dadas al Congreso mexicano el 21 de diciembre de 1836. El 30 se ratificó la Constitución haciéndolo departamento.

Las opiniones de los contemporáneos son de gran importancia para nuestra tesis; en el sur del departamento, el documento más significativo fue el de Antonio M. Osio, síndico de Los Angeles, quien escribió una "carta sobre combinaciones políticas", en la que, entre otras cosas, pedía a Juan Bandini que "se fuera a su casa... porque en este fandango sólo se permitirá bailar a los californios". Más adelante, Osio pedía que el viejo general Vallejo organizara un gobierno y fuera a México a explicar lo sucedido. Escribió: "por el momento la independencia es un sueño tonto..." para el que había de esperar muchos años.³⁷

Carlos Carrillo, al igual que Osio, aprobó la rebelión de Alvarado. No estaba de acuerdo con la propuesta de regresar al federalismo pues, como él decía, ¿qué bien le había hecho el federalismo a California? Aprobó el esquema con todo y la propuesta de independencia y ofreció unir el sur a la causa. El pueblo de Santa Bárbara se adhirió a la causa, lo mismo que el viejo general español José de la Guerra y Noriega. El padre presidente de las misiones, Narciso Durán, bendijo al nuevo gobierno aunque no dio su aprobación al plan de independencia.³⁸

Los habitantes de Santa Bárbara, con gran entusiasmo, prestaron juramento al nuevo gobierno y a su Congreso constituyente. La ciudadanía de Los Angeles, en cambio, decidió reanudar su defensa de la integridad nacional declarando que Alta California no era un estado soberano, que Alvarado no era su gobernador y que ellos estaban listos para defender la soberanía nacional. Se sabe por los censos que en Los Angeles había un número de mexicanos, de los de "la otra banda", por lo que se consideraba un bastión de mexicanidad; sin embargo, no pudieron oponer resistencia armada ya que las fuerzas de Alvarado eran mucho mayores. El ayuntamiento de Los Angeles decidió ignorar sus resoluciones anteriores y aceptó al general Alvarado como gobernador. Un punto interesante par nuestra tesis es que en el conflicto entre norte y sur, entre "arribeños y abajeños", uno de los pocos acuerdos fue que el gobernador debía ser Californio. Antonio Osio declaró que "antes que aceptar a otro mandarín mexicano se iría a la selva a ser devorado por las bestias salvajes". El documento redactado por el ayuntamiento es también importante porque contiene el escudo del "Gobierno Supremo del Estado Libre y Soberano de la Alta Califor-

nia".³⁹ El 23 de enero de 1837, los angeleños volvieron a cambiar de parecer, juraron la Constitución de 1836 (diciembre) y volvieron a desconocer al gobernador Alvarado. Al tener éste noticia de que el gobierno central organizaba un ejército para sojuzgar a los californios, escribió a su lugarteniente "que había necesidad de liberar a los californios, les gustara o no, y arrestar a todos los enemigos del sistema a los que había que mandar al norte".⁴⁰ Mientras Alvarado estaba en Santa Bárbara, varios de los contemporáneos relataron a Bancroft que el primero de julio de 1837, 50 mexicanos dirigidos por el capitán Francisco Figueroa se apoderaron de Monterey. Asustados por las preparaciones militares en su contra los mexicanos se rindieron, sus jefes fueron aprisionados y los soldados puestos en libertad. Lo interesante es que la población los acusó de haber permitido a los indios saquear sus casas.⁴¹ ¡Y todo en dos días!

Finalmente la situación se arregló y la paz retornó a la Alta California cuando el enviado del gobierno central aseguró al general Alvarado que bajo la Constitución del 30 de diciembre de 1836, la Alta California se había constituido en departamento y tendría el privilegio de tener gobernadores californios. Así lo informó Alvarado al pueblo el 9 de julio de 1837: "Desde ahora el departamento de la Alta California será gobernado por nativos o ciudadanos..."⁴² Así acabó el período revolucionario de Juan Bautista Alvarado. A regañadientes el sur aceptó la solución, que sería temporal, ya que el 30 de octubre Alvarado recibió la noticia de que José Antonio Carrillo —diputado por California ante el Congreso nacional— había obtenido la retracción de la orden al ejército que debía partir para California con mil soldados. Carrillo pudo persuadir al gobierno de Bustamante que la pacificación de California dependía de que se nombrara a un nativo como gobernador. El gobierno aceptó la idea ignorando la sumisión de Alvarado, y nombró a Carlos Carrillo gobernador. Una vez más norte y sur se dividieron en sus alianzas y retornó un período de agitación en toda la región. El 4 de diciembre de 1837, Carlos Carrillo prestó juramento como gobernador apoyado y reconocido por San Diego y Los Angeles. Santa Bárbara y el norte del departamento se negaron a aceptarlo y continuaron con Alvarado,⁴³ situación que prevaleció en medio de constantes encuentros armados hasta el 15 de noviembre de 1838, cuando el capitán Andrés Castillero arribó a California con órdenes del presidente Bustamante de confirmar al general Alvarado como gobernador.

La explicación debe ser que en la capital del país el gobierno estaba ocupado con el problema de Texas, motivo por el que reconoció al general Alvarado como legítimo

governador a cambio de que éste retirara su declaración de independencia. Nuevamente fue la distancia la causante de tantos problemas y pérdidas económicas, amén del tremendo centralismo que decidía todo desde la capital del país. La decisión del gobierno de Bustamante causó una terrible insatisfacción en el sur de Alta California. En los manuscritos de los contemporáneos se lee que deploraron la "ingratitude" del gobierno mexicano hacia los californios del sur, que se consideraban la parte más leal a México. Según lo ofrecido por el gobierno de Bustamante, la nueva diputación envió una terna de californios para que de ahí se escogiera al nuevo gobernador. Los nombres en orden de preferencia eran: Juan Bautista Alvarado, José Castro y Pío Pico.

De mucho interés para nuestro tema es saber que de 1836 en adelante se habló continuamente de una posible interferencia extranjera en California; que México cedería la región a Inglaterra a cambio de su deuda con ese país, que ciertos colonos norteamericanos efectuarían una revuelta "a la Texas", que otros favorecían una anexión a los Estados Unidos, etcétera.⁶⁵

Como hemos visto, los californios, por su aislamiento, eran intensamente regionalistas, hasta el punto de estar divididos en dos áreas antagónicas que continuaban unidas sólo por el temor al centralismo de la ciudad de México, lo que a su manera de ver era la peor amenaza a su prosperidad.

Los cazadores norteamericanos, que como ya se ha dicho, se unieron a la revuelta, hablaron de repetir la hazaña texana. Por tal motivo Alvarado los hizo prisioneros y los envió a la ciudad de México. El llamado "asunto Graham", así conocido por ser Isaac Graham el jefe de los supuestos cazadores, tendría consecuencias graves en las relaciones entre los dos países. A finales de los años treinta, Bancroft escribió que había 380 extranjeros en California. Sin embargo un censo oficial dio la cifra de 48, quizá porque muchos se habían nacionalizado al casarse con mexicanas. En ese momento los californios y mexicanos sumaban unos 6 mil con sólo 2 mil para tomar armas y 15 mil indios.

Entre los extranjeros que llegaron en la época de los treinta, ninguno tuvo la importancia de Thomas Oliver Larkin. Llegado en 1832, inauguró la primera tienda general en Monterrey, lo que libró a los californios de su dependencia de los barcos esporádicos. Algunos historiadores lo han acusado de ser un agente al servicio del gobierno

de los Estados Unidos, otros lo defienden negando el cargo; a nosotros nos parece factible lo primero, al recordar que desde 1835 se le había recomendado al segundo ministro norteamericano en México, la adquisición de San Francisco. Es muy probable que Larkin hay sido enviado, como Houston a Texas, a promover la independencia de la provincia y su anexión a los Estados Unidos.

Larkin fue cónsul de su país desde 1842 y "agente confidencial" desde 1845. Su influencia fue tan grande que varios historiadores creen que hubiera podido convencer a los dirigentes de la Alta California de pedir protección y después anexión a los Estados Unidos; según ellos la guerra fue innecesaria en Alta California, ya que opinan que Larkin estaba a punto de convencer a las autoridades de los beneficios que obtendrían si rompían su alianza con México.

Mientras tanto, una serie de sucesos iría afianzando la influencia de los norteamericanos en California. Ewing Young logró llegar por tierra a través de un antiguo sendero español que iba de Santa Fe a Los Angeles; su ruta permitió a cientos de aventureros ir de Missouri a California a través de Santa Fe; un eslabón de la cadena que poco a poco fue uniéndola a los Estados Unidos. En 1833, Joseph Walker inauguró una segunda ruta cruzando las montañas de este a oeste. Bancroft afirma que en general los californios recibían bien a los extranjeros por los beneficios que les llevaban, y tenían mucho menos prejuicios contra ellos que contra los mexicanos.⁶⁶

Ese mismo año, James Ohio Pattie, del cual hemos hablado en relación con los años veinte, publicó un diario que relataba las maravillas de la región californiana y también su debilidad militar. Entre otras cosas dio a conocer al público norteamericano las excelencias de la bahía de San Francisco, uno de los mejores puertos naturales del mundo. En eso concordó con Anthony Butler, el ministro norteamericano en México, que llevaba algún tiempo comentando el tema con sus superiores. En junio de 1835, Butler viajó a Washington para tratar el tema texano; en su informe al secretario de Estado, expresó que la anexión de Texas supondría para los Estados Unidos la adquisición de Nuevo México y de ambas Californias. Dijo que de esa manera sería fácil establecer comunicación entre las dos costas de los Estados Unidos y abrir relaciones con la India.⁶⁷ Su informe causó gran impresión; en agosto recibió instrucciones oficiales para la compra de la bahía de San Francisco. "Las pesquerías de ballenas crecían considerablemente y era necesario para el desarrollo de esa industria, la posesión del puerto de San Francisco".⁶⁸ En ese momento, Webster, secre-

tario de Estado, dijo que no deseaba interferir en las colonias mexicanas al sur de San Francisco.⁶⁹

Butler no pudo tramitar nada pues el gobierno mexicano pidió su retiro al enterarse de sus relaciones con los rebeldes texanos. En 1836, tuvo lugar la declaración de independencia texana, el sitio del Alamo y, finalmente, la derrota de Santa Anna en la batalla de San Jacinto, el 21 de abril de 1836. El presidente prisionero fue llevado a Washington, donde a mediados de enero de 1837 se entrevistó con Andrew Jackson, presidente de los Estados Unidos; éste presentó una petición de comprar California como condición para mediar entre Texas y México; "si México acepta que la frontera de los Estados Unidos se extienda hasta el río Grande, siguiendo el río al paralelo 38 y de ahí al Pacífico, incluyendo el norte de California, instruiremos a nuestro ministro para que les dé tres millones y medio de dolares".⁷⁰

Al mismo tiempo que se proponía lo anterior, el astuto general Jackson recomendaba a los texanos que demandaran el territorio de las Californias como dentro de sus límites. "Texas debe demandar las Californias y así paralizar la oposición a su aneión."⁷¹

Desde agosto de 1839, cuando el presidente Bustamante lo confirmó como gobernador, el general Juan Bautista Alvarado se volvió negligente durante el período de paz. Su tío, el viejo general Vallejo, no hizo más que acusarlo ante el gobierno central por no efectuar las reformas necesarias para el bien de la región. Pensaba que el departamento iba hacia la ruina y pidió un cambio de gobernador. Ofeció renunciar a su puesto de comandante militar para que el gobierno central pudiera nombrar a un solo hombre como jefe militar y civil; lo que, según Vallejo, terminaría con los abusos y la negligencia. En México, el general Santa Anna había vuelto al poder. En enero de 1842 nombró a Manuel Micheltoarena comandante militar general, gobernador e inspector de California.

¿En dónde había quedado el privilegio otorgado a la Alta California de que su gobernador sería escogido de una terna sometida por la junta territorial al gobierno central? Con razón, Alvarado escribió en sus memorias que la intención del nombramiento era el humillar a los californios.⁷² Desde el régimen de Echeandía, los californios se habían quejado del envío de convictos a sus costas. En 1830 se habían amotinado para que los regresaran a sus lugares de origen. Pues bien, en 1842 el

gobierno centralista de Santa Anna decidió mandar a ¡300 presos como soldados de Micheltorena!, y además se decidió que los que tuvieran buena conducta durante el viaje se les perdonaría parte o toda su sentencia y recibirían tierras e implementos de trabajo para que sus familias fueran consideradas colonizadoras.⁷⁵ Cuando la expedición pasara por Guadalajara, el general Paredes debía suministrarle 200 soldados regulares. Micheltorena escribió: "Al formarse esta expedición se me dieron cuantos criminales y facinerosos quiso castigar el Sr. Paredes, completando los pocos que le faltaron al número con una leva en las campañas de Guadalajara..." Increíble, pero el gobierno de Santa Anna los calificó como "reemplazos que con gran puntualidad preparó el comandante general de jalisco".⁷⁴

Micheltorena llegó a la Alta California en diciembre de 1842, el problema fue que lo hizo, como ya se ha dicho, con un ejército compuesto por ex criminales y vagos recogidos en Guadalajara. Sus soldados, los famosos "cholos de Micheltorena", se dedicaron a robar donde podían, sobre todo cuando al pasar el tiempo el gobierno no enviaba el dinero para sus sueldos. Además, a los oficiales del batallón, según una nueva costumbre no conocida en California, se les tenía que alojar en casas particulares.⁷⁶ Como es obvio, a través de todo el año de 1843 fue creciendo el rencor y la hostilidad de los californios.

Durante la administración del presidente Van Buren (1836-1840) se empezó a discutir el problema de Oregón. Se mandaron agentes a examinar la situación y uno de ellos, Hall J. Kalley, pidió al Congreso en febrero de 1839 que los Estados Unidos negociaran la compra del norte de Alta California.⁷⁶ No obstante, dadas las circunstancias en que México y los Estados Unidos habían roto relaciones diplomáticas, nada se hizo para pedir la compra de Alta California. El interés por la región seguía latente pero de momento, era más fácil interesarse en Oregón.

La década de los cuarenta comenzó por la negociación diplomática del "asunto Graham", del cual hemos hablado. El 25 de abril de 1840, la comandancia general de California escribió al ministro de Guerra y Marina informando del arresto de un grupo de norteamericanos e ingleses acusados de planear la conquista de Alta California. Las noticias del arresto fueron recibidas con indignación en los Estados Unidos; el secretario de Estado ordenó a su ministro en México que demandara su libertad y una fuerte indemnización.⁷⁷ La Secretaría de Relaciones contestó informando que algunos de ellos ya habían sido liberados a instancias del cónsul inglés en Tepic.

y que se había ordenado al comandante general de Jalisco que diera libertad a los que continuaban prisioneros. Todos serían expulsados del país, excepto los casados con mexicanas y los nacionalizados, quienes debían pagar una fianza. El 11 de diciembre de 1840, el ministro norteamericano informó a su gobierno que se había indemnizado a los prisioneros con 263 dólares.⁷⁸

En esa década de los cuarenta empezó a llegar otro tipo de norteamericano. El primero en encabezar una expedición político-científica fue el teniente Wilkes de la marina norteamericana. Visitó el puerto de San Francisco en el otoño de 1841, en donde reunió material muy valioso en cuanto a la vida social, económica y política del país. Las ventajas de la bahía lo impresionaron pues vio que podía ser uno de los mejores puertos del mundo. La vulnerabilidad de la región también le impresionó; sus compatriotas que vivían en California vieron en su visita el primer paso del gobierno norteamericano para anexarse la provincia.⁷⁹ Ese mismo año se publicó la obra de Richard Dana, quizá la más influyente en la propaganda acerca de California.

Atraídos por las entusiastas descripciones del clima y la fertilidad de la región, docenas de norteamericanos empezaron a emigrar a California, aun cuando el viaje era difícil y muchos nunca llegaban a terminarlo. El gobierno mexicano se quejó; Ortiz Monasterio, ministro de Relaciones Exteriores, escribió a Powhattan Ellis en mayo de 1841 para quejarse nuevamente del número de inmigrantes a California; pidió a Ellis que su gobierno “pusiera en juego todo su poder para evitarlas”.⁸⁰ Por su nota sabemos que ya se había quejado con anterioridad. Ellis contestó una semana después diciendo que el gobierno mexicano se alarmaba sin necesidad, “que una migración pacífica iba a la Alta California y no tenía por qué mezclarse en ello el presidente de México”.⁸¹ Como respuesta, el general Almonte, secretario de Guerra, ordenó al comandante general de Alta California que expulsara a los inmigrantes que llegaran sin pasaporte.⁸²

A principios de junio de 1841, Powhattan Ellis escribió a Sebastián Camacho, ministro de Relaciones Exteriores, que si bien era cierto que en los Estados Unidos se había hecho propaganda para colonizar la Alta California, tal empresa “era completamente inofensiva”. Además dijo que su gobierno no tenía poder para evitar que sus ciudadanos salieran de su territorio.⁸³ Exactamente lo mismo que diez años antes habían respondido a las reclamaciones mexicanas en cuanto al éxodo de nortea-

mericanos hacia Texas. Es curioso que en cuanto a la propaganda para colonizar la Alta California no hayan caído en la cuenta de que era una violación a la soberanía mexicana, ya que no habían gestionado permisos para hacerlo.

En septiembre de 1841, dos grupos de colonos llegaron a California; el primero provenía de Kansas y el segundo de Nuevo México. Muchos de los miembros de esas expediciones llegaron a ser importantes y, en palabras de sus historiadores, "la vanguardia de la colonización americana había finalmente llegado a California"⁵⁴ Durante los años siguientes la ola de migrantes fue creciendo de tal manera que uno de ellos escribió: "vean cómo progresa la emigración, sólo el océano Pacífico detendrá a los yankees".⁵⁵

A fines de 1841, el secretario de Marina, Abel P. Pushur, informó al Congreso norteamericano que tomando en cuenta el incremento de la emigración a Alta California, el "asunto Graham" y las pocas garantías otorgadas a los ciudadanos norteamericanos en California había que darles protección reforzando el escuadrón del Pacífico con más hombres y buques.⁵⁶

Mientras tanto, continuaba la campaña diseñada para influir en la emigración hacia la provincia. Varios periódicos importantes la respaldaban, entre ellos el *New York Sun*, y el *New York Herald*, el *Journal of Commerce*, el *Boston Advertiser*, el *Whig Review*, el *Hunt's Merchant's Magazine* y otros.⁵⁷ A los periódicos se sumaban los libros y folletos escritos por norteamericanos en California. Era la plena época de la creencia en el Destino Manifiesto. "Por primera vez el deseo de muchos norteamericanos prohibió el pensamiento de que la posesión de nada menos que todo el continente norteamericano era el 'destino manifiesto', y de ese modo la frase pasó al vocabulario nacional."⁵⁸ Naturalmente la frase expresaba la necesidad de expansión territorial, y a esa tarea se dedicaron toda la década.

Por esa época el gobierno norteamericano envió un nuevo ministro a México en la persona del general Waddy Thompson. Debía obtener que México aceptara la independencia de Texas como un hecho consumado tras seis años de vida independiente. Webster, secretario de Estado le pidió que tratara el asunto con delicadeza, pues "la verdadera política conveniente para México es bastante evidente. En primer lugar debe reconocer a Texas; en segundo lugar dejarnos la Alta California a cambio de su justo valor".⁵⁹ Glenn Price en su libro *Orígenes de la guerra con México*, nos

dice que en los años anteriores a la guerra siempre que se hablaba del problema texano se incluía el de California.⁹⁰

El general Thompson consideró que su principal misión era obtener Alta California. Así lo escribió a su secretario de Estado el 29 de abril de 1842, afirmando que esa región era más valiosa que Texas por su gran capacidad comercial, pesquera y agrícola. Expresaba abiertamente que no tenía otra ambición que la de ser el instrumento para conseguir la compra de California, contaba que el mismo presidente Tyler le había comunicado que la adquisición de dicho territorio era un asunto de primera importancia para la opinión pública. Desde su llegada, Thompson se propuso buscar la manera de solicitar la compra de esa región. El 9 de mayo de 1842 pidió instrucciones sobre las cantidades que debía ofrecer y preguntó hasta qué punto se le daba libertad para proceder en las negociaciones.⁹¹

En los dos meses que siguieron a esa nota, el ministro estuvo totalmente ocupado en los problemas originados por una expedición texana a Santa Fe, Nuevo México. Como muchos de los miembros de la expedición eran norteamericanos, el gobierno mexicano se quejó de una nueva agresión a su soberanía. Fueron meses de agrias quejas y reclamaciones que no hicieron más que aumentar la tensión entre los dos países. Como prueba de que Thompson no olvidaba su objetivo principal, está la nota del 30 de julio de 1842 a su secretario de Estado, en la que comunicaba que un emisario mexicano trataba de hipotecar Alta California a los ingleses a cambio de un préstamo de quince millones; aprovechó para recordar la importancia de la región y las consecuencias que tendría la venta a los ingleses.⁹² Además, escribió al presidente Tyler asegurando que podría conseguir la compra del territorio y eso sería "lo mejor que podría sucederle a nuestro país", y pidió instrucciones en cuanto a la suma que debía ofrecer. Se le contestó dándole toda la libertad para tratar el asunto con el gobierno mexicano, siempre y cuando insistiera en que ésa era la única manera en que México podría pagar sus deudas. No había que dar la impresión de estar muy interesados para evitar que México buscara un mejor postor, como sería el caso de Inglaterra.⁹³ El interés británico había aumentado después la publicación de la *Historia de California* escrita por Alexander Forbes, cónsul inglés en Mazatlán. Su intención era fomentar la colonización británica de California y para ello sugirió la cesión de la provincia como manera de liquidar la deuda de 50 millones a los tenedores de bonos de nacionalidad inglesa en México. Por tal motivo los periódicos norteamericanos empezaron una campaña para informar a sus compatriotas que In-

glaterra ambicionaba California. En ese punto se empezó a complicar el asunto con el problema inglés en Oregón, que era también una región codiciada por ambas naciones.

6. OREGON, EL ANSIADO TERRITORIO

El territorio de Oregón era, como el de Alta California, una tierra de leyenda; disputado por Rusia y España a principios del siglo XIX, había quedado definido por un tratado ruso-norteamericano-inglés en 1825. La presión inglesa obligó al zar a renunciar a todas sus aspiraciones al sur de los 54° 40' de latitud; a partir de aquel momento se inició la contienda para decidir quiénes serían los colonos que conquistarían la región. Al no poder llegar a un acuerdo los dos países firmaron un tratado de ocupación conjunta. Los años siguientes fueron de intensa publicidad norteamericana para la colonización de la región. El presidente Jackson subvencionó los relatos de muchos viajeros con el fin de llevar a colonos a la zona. La "fiebre de Oregón" no tardó en llegar al este del país. Los colonos ingleses quedaron convertidos en una escasa minoría entre los norteamericanos, que los sobrepasaban en número, con el consiguiente ambiente de hostilidad. De ahí la preocupación del gobierno de Estados Unidos, interesado en la posesión del noroeste, ante la posibilidad de que Inglaterra se estableciera en Alta California.

El ministro norteamericano en México no era la única autoridad preocupada por la situación. Desde diciembre de 1841, el secretario de Marina había decidido proteger a sus compatriotas en California y para ello había ordenado que se aumentara el número de barcos en el Pacífico. A principios de 1842, envió al comodoro Catesby Jones al puerto de El Callao en Perú como jefe de la escuadra norteamericana del Pacífico. Jay, en su libro sobre las causas y consecuencias de la guerra con México, dice que el aumento del escuadrón del Pacífico fue parte del complot esclavista para adueñarse de Alta California. "La anexión de Texas era el objetivo inmediato de los esclavistas; pero California se alzaba ante su codicia en el horizonte, y muchos ojos llenos de avidez se fijaban en aquel territorio con la idea de llevar la esclavitud hasta el océano Pacífico."⁴

7. OCUPACION DEL PUERTO DE MONTERREY

Como hemos dicho, desde la primavera de 1842, el comodoro Jones estaba en el

puerto de El Callao, comandando la flota norteamericana del Pacífico. La tensión entre su país y México era ya tan intensa que Jones vivía preocupado ante la idea de que una tercera potencia pudiese apoderarse de California. Cuando la flota francesa del Pacífico salió repentinamente de El Callao, Jones consideró que se dirigía a California. Pocas semanas después, la flota inglesa también abandonó precipitadamente el puerto y Jones, convencido de que se trataba de la invasión de California, partió tras ella. Se dice que Jones suponía que ya había estallado la guerra entre México y los Estados Unidos. Los historiadores norteamericanos excusan su irreflexión aduciendo motivos de patriotismo. Resulta inverosímil que el comandante en jefe de una flota, alejada de su base, decidiera por sí mismo la ocupación de un puerto extranjero. Jones debe haber salido de su país con instrucciones secretas de atacar territorio mexicano en cuanto supiera que la guerra había estallado. su error consistió en suponer que la conflagración ya se había iniciado. Conviene hacer notar que fue el ambiente belicoso lo que lo movió a invadir California. El cónsul norteamericano en Mazatlán le había participado que era probable que estallase una guerra entre México y los Estados Unidos. Jones también había recibido el recorte de un periódico de Boston, en el que se hablaba de los rumores de la venta de California a Inglaterra.

El 19 de octubre de 1842, Jones ocupó el puerto de Monterrey, California; "no cabe duda —nos dice Frank Knapp— de que el comodoro Jones quería creer que la guerra había estallado ya"⁹³ A pesar de que las autoridades y el propio cónsul norteamericano, Thomas Larkin, negaron de hecho, una guerra, Jones insistió en verificarlo en los periódicos. Quedó conforme cuando lo hizo, pero pese a sus excusas el daño estaba hecho; no podía recoger la proclama que había lanzado a su arribo, sobre los beneficios y privilegios que tendrían los californios bajo los Estados Unidos. La proclama estaba firmada: "Comandante en Jefe de la Expedición Naval y Militar para la Ocupación de las Dos Californias".⁹⁴

El gobierno mexicano, con razón, protestó por la nueva violación de su territorio y el secretario de Relaciones, José María Bocanegra, dirigió al ministro Thompson una enérgica nota demandando una explicación. Conforme a su costumbre, de que la mejor defensa era el contraataque, Thompson acusó a su vez a Bocanegra de ser causante indirecto del suceso por la publicación de una dura recriminación al gobierno norteamericano. El secretario de Estado presentó disculpas asegurando que Jones había procedido sin autorización. William Jay, en su libro *Causas y consecuencias*

de la guerra del 47, dice: "de todo este párrafo traducimos claramente que el objeto de la expedición no había sido otro que la anexión inmediata y permanente de California."⁹⁷

En México, el suceso provocó la indignación, los periódicos nunca aceptaron la explicación de que Jones había actuado por cuenta propia pues se pensaba, con razón, que un oficial no podía tomar tal decisión a título personal. La invasión había sido una injuria a la que se añadía la proclama de Jones en que anunciaba la insistencia de Bocanegra del pago de los daños causados el puerto de Monterrey, Thompson escribió a su secretario de Estado: "Los mexicanos en general odian a nuestro país con intenso rencor. Nada se puede esperar de gestiones de conciliación o de apelaciones a su justicia."⁹⁸

El 14 de diciembre de 1842, *el Diario del Gobierno* publicó 27 documentos sobre la ocupación del puerto de Monterrey, y en las semanas siguientes los demás periódicos los reimprimieron. El pueblo mexicano empezó a tomar conciencia de que el peligro de la expansión norteamericana estaba también en California, donde seguramente se repetirían los acontecimientos texanos. A partir de ese momento el lejano estado se convirtió en tema inagotable de artículos y editoriales. Dos años después, la prensa mexicana seguía publicando noticias del incidente; fue entonces cuando las cartas de los lectores empezaron a pedir la guerra contra Estados Unidos. Mientras tanto en los Estados Unidos el partido *Whig* atacaba duramente al gobierno del presidente Tyler por la toma de Monterrey y lo acusaba de querer anexarse territorio mexicano. John Quincy Adams, ex presidente de los Estados Unidos, se oponía a una guerra con México. Su partido era antiesclavista y acusaba a Jones de ser cómplice del régimen esclavista del presidente Tyler, y de querer anexarse Alta California para extender su sistema.⁹⁹ Sus declaraciones en la prensa habían sido traducidas y difundidas por periódicos mexicanos como pruebas de la culpa del gobierno norteamericano. Por tal motivo Thompson escribió a su secretario de Estado notificándole que pondría a un lado todas las negociaciones en cuanto a Alta California, pues sería prudente en esos momentos no proseguir con ellas. En ese mismo documento Thompson se refirió al plan concerniente a la región enviado por el secretario de la legación al Departamento de Estado el 9 de diciembre de 1842; en él se pedía que el gobierno norteamericano otorgara un préstamo a México pidiendo en hipoteca "aquellas partes de California o aquellos puertos en ese departamento que fueran útiles a nuestro comercio en el Pacífico y *útiles* políticamente para nosotros".¹⁰⁰

Según el plan, los Estados Unidos se quedarían con ellos pues México no podría a cumplir con sus pagos.

Era exactamente la misma proposición que Butler había presentado a su gobierno doce años antes en relación con Texas. Daniel Webster escribió a Thompson el 30 de diciembre de 1842; la utilidad de un gran puerto en el extremo occidental del continente, en esta latitud, para el comercio y la pesca de los Estados Unidos, es evidente. Este territorio, suponemos que ni en el presente, ni en el futuro tiene un gran valor para México."¹⁰¹

Alta California había llegado a ser tan importante para los Estados Unidos, que su gobierno trataba afanosamente de apoderarse de ella. Además del plan enviado por el secretario de la Legación en México, también se consideraba un segundo plan; en el verano de 1842, durante una visita de lord Ashburton, Webster lo convenció de *que si los dos países (E.U. e Inglaterra) compraban California* los Estados Unidos dejarían Oregón para Inglaterra.¹⁰² Esa idea se volvió a tratar en 1843 aunque sin éxito, pues no encontró aceptación en el Congreso; además fue precisamente entonces cuando se recibió la carta de Thompson diciendo no se podía hablar del asunto a México por la indignación que había causado la toma de Monterrey. Webster renunció a su puesto en la primavera de 1843 y Abel P. Upshur, antiguo secretario de Marina, se convirtió en jefe del Departamento de Estado. Como ya hemos visto, Upshur era jefe del comodoro Jones en la época de la toma de Monterrey, por lo que su interés en apoderarse de Alta California no necesita comentarios. Thomas Larkin actuaba como cónsul en México desde el año anterior; a él le había tocado recibir al comodoro Jones y presentar las excusas del gobierno norteamericano. Algunos historiadores que han estudiado su vida están de acuerdo en que de 1843 en adelante el señor Larkin trabajó para convencer a los habitantes de la Alta California que abandonaran su alianza con México y se sumaran a los Estados de la Unión Norteamericana. Al mismo tiempo insistió ante su gobierno en la conveniencia de anexarse California o, por lo menos, establecer ahí un protectorado. Dicen que sus motivos para hacerlo fueron en un principio más personales que patrióticos. Después de diez años en el país, había perdido toda esperanza de que se estableciera un gobierno mexicano estable y eficiente, y empezó a planear un movimiento para obtener la independencia de Alta California y establecer un gobierno donde californios o españoles e inmigrantes yanquis y europeos pudieran participar libre e igualmente.¹⁰³ Como el ministro Thompson, Larkin también temía que la región cayera en manos

de algún poder europeo. Se rumoraba que además de Inglaterra y Francia, Prusia tenía interés en la región. Todo el año de 1843 lo empleó en establecer lazos más estrechos con autoridades y personajes importantes de la comarca.¹⁰⁴

La correspondencia diplomática revela que la situación texano-mexicana se complicó mucho durante 1843. La última nota acerca de los sucesos de Monterrey está fechada el 7 de febrero de ese año. Desde entonces hasta octubre las notas se refieren exclusivamente a problemas causados por la lucha armada continua entre México y su provincia sublevada. Hubo además otra fallida expedición texana hacia Nuevo México. En junio de 1843 llegó un comunicado del general Santa Anna anunciando que se esperaba la invasión de Nuevo México por mil texanos y ordenando al comandante de Chihuahua ayudar a Nuevo México con tropas y dinero. De Durango llegó ayuda para proteger la frontera Durango-Chihuahua-Sonora. El *Diario del Gobierno* del 8 de agosto de 1843, registra la marcha de Monterrey de Chihuahua a Nuevo México.¹⁰⁵

El 3 de octubre de 1843, Thompson escribió a Upshur, secretario de Estado, informándole que había tenido una conversación con el presidente Santa Anna en la que le había preguntado que sucedería en caso de que los ingleses decidieran tomar California, a lo que Santa Anna contestó que seguramente el gobierno norteamericano se opondría.¹⁰⁶ Como hemos visto, Thompson tenía gran interés en Alta California, por lo que pese a las dificultades causadas por el problema texano, seguía insistiendo en la necesidad de vigilar la situación de la región. Según él, Santa Anna afirmaba que en caso de guerra entre México e Inglaterra, el gobierno cedería la región a los Estados Unidos para que la defendiera.¹⁰⁷

En diciembre de 1843, Thompson se refirió a la orden enviada por el gobierno mexicano a Manuel Micheltorena el 14 de julio de ese año para que expulsara a todos los ciudadanos norteamericanos y prohibiera toda inmigración. A este respecto, Bancroft dice que la orden nunca llegó a California mientras que Thompson asegura que Micheltorena acusó recibo de ella; sea como fuere, la citada orden no tuvo efecto en la provincia pues los norteamericanos continuaron residiendo en la comarca y muchos más llegaron ese año. En la capital del país, Thompson armó todo un escándalo diplomático y hasta llegó a pedir pasaportes para dar por terminada su misión.¹⁰⁸

8. SITUACION INTERNA DURANTE LA EPOCA DE MICHELTORENA

En marzo de 1844, Manuel Castañares, diputado por California escribió al ministro de Relaciones acerca del estado de insatisfacción reinante en California: "(Hay una) porción de intereses encontrados; un refinado provincialismo aumentado por el racional sentimiento del abandono con que se ha visto a aquel departamento, y algunas faltas graves cometidas por individuos de los que componen la expedición militar que marchó a las órdenes del Exmo. Sr. Gen. D. Manuel Micheltoarena, son suficientes elementos, entre otros, para temer el trastorno de su tranquilidad interior." A continuación Castañares insistió en que se mandaran "sin excusa ni pretexto alguno" los ocho mil pesos que se debían pagar a la tropa mensualmente. Consta en el documento que Castañares pidió el envío de una fuerza de 700 u 800 soldados veteranos bien equipados y pagados para proteger el departamento. Después de la llegada del comodoro Jones, todo californio pensante se daba cuenta del peligro inminente de una invasión; sin embargo, dijo Castañares, se debía mandar el dinero con que pagar a los soldados, ya que el departamento ni podía ni quería mantenerlos.¹⁰⁹

En junio de 1844, desesperado por no haber sido recibido ni por el presidente Santa Anna ni por su gabinete, Castañares escribió al ministro de Relaciones: "Por lo que se ha dicho, su excelencia verá que las condiciones de California ya no son tolerables..." Si el gobierno no las remediaba, Castañares predijo una revolución como última medida de aquellos "que no han recibido de México más que una tutela insoportable, molestias de todas clases, y ninguna protección". Por toda respuesta el gobierno central le dijo que se ocuparía de California cuando estuviera libre del problema texano.¹¹⁰

A pesar de la indiferencia del gobierno, Castañares insistió; el 1º de septiembre de 1844 presentó una exposición titulada "California y sus males" en la que dio un informe general exhaustivo. En resumen, sus principales sugerencias fueron las siguientes: más poder al legislativo y al ejecutivo de la Alta California —le parecía presuntuoso e irreal aplicar las leyes generales a las circunstancias especiales de la frontera—; pedía que se enviara a unos cuantos abogados con experiencia a organizar la administración de la justicia, regresar el Fondo Piadoso a la Iglesia de California para que promoviera la colonización y estableciera nuevas misiones, que se enviaran colonos y se promoviera la colonización. Entre otras cosas importantes, Castañares pidió el envío de provisiones a la tropa, "no sólo para hacer efectiva su defensa sino para reestablecer el menguante respeto de los californios hacia México". Su conclusión fue que si el abandono continuaba, California se perdería.¹¹¹

Como ya se ha dicho, desde la llegada de Micheltorena y sus 'cholos' los californios no hacían más que quejarse de ellos; se sentían profundamente humillados por ser considerados colonia penal. Bancroft, después de meditar acerca de los documentos sobre la época, opinó que los californios exageraron los vicios de los 'cholos' porque consideraban insultante su presencia y resentían la fuerte carga económica. Según él fueron tres los motivos para la revuelta: la indignación ante las pequeñas degradaciones de los 'cholos', la ambición personal de varios californios que deseaban el poder y el viejo resentimiento en contra de los mexicanos "de la otra banda" avivado por los pleitos con los "cholos" y oficiales de Micheltorena.¹¹²

El 15 de noviembre de 1845, un grupo de cincuenta californios se declaró en rebelión y ofreció a Juan Bautista Alvarado la jefatura. Al coronel José Castro le ofrecieron la comandancia militar. El general Vallejo escribió al gobernador Micheltorena explicando que la rebelión era en contra de sus soldados y que lo mejor era enviarlos a México. La región se puso de nuevo en pie de guerra, pero unos cuantos días de maniobras y negociaciones concluyeron con un tratado (1° de diciembre de 1844) mediante el cual Micheltorena enviaría el batallón a México y los californios se retirarían a San José hasta que el batallón se retirara. Después de unos meses, Micheltorena, gobernador de Alta California, decidió romper con el tratado, y ayudado por un grupo de extranjeros atacó a los californios. Bancroft califica la interferencia extranjera "completamente injustificada... en asuntos que en nada les concernían".¹¹³

No obstante, la interferencia extranjera en el sur fue lo que ayudó a solucionar el conflicto. Destestaban a Sutter y a Graham y no querían problemas con los californios, además que sabían que sus propiedades serían arrasadas por los "cholos"; la asamblea departamental acusó a Micheltorena de traición por haber roto el tratado y armado aventureros extranjeros e indios en contra de los californios; declaró después a Micheltorena y se hizo cargo de los asuntos de departamento.¹¹⁴

Después de un encuentro militar, Micheltorena aceptó irse con su batallón y la asamblea departamental nombró a Pío Pico, gobernador. Mientras tanto, Castañares —que como hemos visto era diputado por el departamento central— no hacía más que insistir ante el gobierno que sólo se podría salvar a Alta California si se mandaba el dinero requerido para pagar a la tropa, equipo militar, cañones, mosquetes y municiones. Además pedía 200 hombres de caballería para poner orden en el departamen-

to. La administración del presidente J.M. Herrera estaba preocupada por la situación en California, pero fue la falta de recursos y la tremenda desorganización, lo que le imposibilitó la acción.¹¹³ Para la década de 1840, los presidios habían desaparecido, aunque quedaban algunos fuertes en Sonoma, Monterrey y Santa Bárbara, las tres compañías tenían como cien hombres en su nómina. Se mantenía una fuerza de artillería con 24 hombres; Bancroft nos dice que tenían 43 cañones.

En 1840, el gobierno envió al capitán Silva a reorganizar la artillería. Este reportó que Monterrey tenía 18 pistolas y 12 artilleros; San Francisco, 6 pistolas y 1 artillero; Sonora, 7 pistolas y 5 artilleros; Santa Bárbara, 3 pistolas y 6 artilleros; San Diego, 9 pistolas y 1 artillero. Sin embargo, el general Vallejo escribió en sus notas que habían comprado 100 carabinas del barco La Catalina el 11 de enero de 1841, y el Archivo de San Diego tenía un recibo de 100 más que había comprado a un tal Celis.¹¹⁴

¿Dónde estaban esos cañones y esas armas en julio de 1846, cuando fueron invadidos por los norteamericanos? ¿Por qué se dice que no tenía armas?

Toda la atención del gobierno se mantenía sobre el asunto texano. El Senado norteamericano había aprobado la anexión de Texas el 27 de febrero de 1845. Desde ese momento hasta junio de ese mismo año, el gobierno mexicano se dedicó a tratar de impedir que el Senado texano ratificara la anexión. En cuanto a Alta California, el gobierno envió a José María Hajar con los documentos confirmando la elección de Pío Pico como gobernador;¹¹⁵ a su vez, José Castro, comandante militar de la Alta California, envió a José María Castañares a la capital con la misión de explicar las necesidades militares y civiles de California ante los rumores de una guerra. Nada se sabe de lo que logró, pero sí se sabe que Pico y la asamblea, temiendo que las decisiones fueran en contra de sus intereses escribieron al gobierno pidiendo que ¡no se hiciera caso a Castañares!¹¹⁶

9. ANEXION DE TEXAS

John Upshur, secretario de Estado, murió el 23 de febrero de 1844 y John Calhoun tomó su lugar. Se dijo que el presidente Tyler lo había nombrado con órdenes de negociar la anexión de Texas, la compra de Alta California y el arreglo de la cuestión de Oregon. Calhoun era conocido como un ardiente expansionista que soñaba con

un país que fuera del Atlántico al Pacífico. Un mes después de su nombramiento, el general Thompson regresó a los Estados Unidos sin haber logrado su misión de comprar Alta California. Se nombró a Ben E. Green como encargado de la legación norteamericana en México; su padre, Duff Green, había sido secretario de Thompson en México, por lo que el joven diplomático conocía bien los problemas. El 8 de abril escribió a Calhoun dando un resumen de la situación en México: Santa Anna trataba de provocar una guerra con Francia con el fin de proclamarse emperador o de establecer un imperio. Green opinaba que los Estados Unidos debía mantenerse ajeno al conflicto, a menos de que esa fuera la manera de obtener Alta California.¹¹⁹ Unos días más tarde Green recibió noticias de que el tratado que anexaba a Texas, iba a discutirse en el Senado; se ordenó que comunicara la noticia al gobierno mexicano insistiendo en que la decisión era por motivos prácticos y no por el deseo de ofender a México. La discusión duró varios meses. La declaración de Calhoun, secretario de Estado, de que al adquirir Texas se extendería el área de esclavitud levantó una ola de protestas en el norte del país y retrasó la ratificación; sin embargo, éste fue el tema principal, junto con la ocupación de Oregón, de la campaña presidencial de 1844. Los demócratas, que buscaban la anexión, nominaron a James Polk, ardiente expansionista y su victoria "fue interpretada tanto por la gente, como por el gobierno como una victoria del Destino Manifiesto."¹²⁰ Hasta su opositor, el famoso Henry Clay, tuvo que declararse a favor de la anexión. Durante toda la campaña presidencial, el gobierno mexicano protestó continuamente y trató de influir tanto en el Congreso norteamericano como en el texano en contra de la anexión. Como sabemos, no fue Polk sino su antecesor, el presidente Tyler, quien logró que se presentara al Congreso norteamericano el tratado de anexión; no obstante pasaron varios meses más antes de que el Senado norteamericano decidiera aceptarlo. Durante esos meses hubo cambios de ministro norteamericano en México con la intención de conseguir la anuencia de México. James E. Polk asumió la presidencia el 4 de marzo de 1845. Unos días antes el Senado norteamericano había aprobado la anexión de Texas. El 6 de marzo, el general Almonte —representante de México en Washington pidió sus pasaportes considerando rotas las relaciones entre la legación mexicana y el gobierno de los Estados Unidos. En Texas, el representante inglés continuaba sus esfuerzos para evitar que el Congreso texano aceptara el tratado propuesto por los Estados Unidos. El gobierno de Polk mandó a William S. Parrot para intentar una reconciliación con el gobierno mexicano. Además, el ministro William Shannon recibió instrucciones de insistir en que las relaciones no estaban rotas. Aparentemente, el gobierno norteamericano quería continuar en paz.

10. DESENLACE EN CALIFORNIA

Sin embargo la verdad era otra, sabemos que el presidente Polk deseaba la paz pero intrigaba en Texas con la intención de provocar una guerra con México; su mira era obtener California a cualquier costo. Nombró a Thomas Oliver Larkin, cónsul desde 1843, su agente confidencial. Como ya hemos dicho Larkin tenía gran influencia sobre los californios y años de trabajo para convencerlos de que lo mejor sería independizarse y/o anexarse a los Estados Unidos.

En 1845 recibió instrucciones de informar a su gobierno en detalle, acerca de las condiciones de la región, el carácter, la influencia y la disposición política de sus ciudadanos. Debía advertirles de los males que podrían acaecerles si permitían una interferencia europea e impresionarlos con las ventajas de la ciudadanía norteamericana. Su principal instrucción era convencerlos de la necesidad de obtener su independencia de México para después formar parte de la gran unión norteamericana.¹²¹ La rebelión de los hombres de Fremont fue un obstáculo para sus planes porque despertó la hostilidad de los californios; Larkin, el eterno optimista, escribió que ésta se superaría. Era tal su prestigio que la junta para decidir la defensa de Alta California tuvo lugar en su casa; estuvo presente también en la segunda junta que se realizó el 18 de mayo de 1846; ahí abiertamente propuso la anexión a los Estados Unidos. Escribió a su secretario de Estado que el general Castro le había hablado de un plan para la independencia de Alta California.¹²² Larkin lo respaldó como primer paso a la anexión. El presidente Polk escribió a Larkin: "No podemos tomar parte en las disputas entre México y California excepto en el caso que México comenzara hostilidades en contra nuestra, pero si California consiguiera y mantuviera su independencia, le daríamos toda clase de ayuda en nuestro poder, como a una república hermana."¹²³

En la revuelta contra el gobernador Micheltorena, Larkin y otros extranjeros se habian puesto del lado de los californios, mientras Sutter el suizo y otros europeos ayudaban al gobernador, de ahí que los californios creían que "el gobernador había prometido dar a los extranjeros las tierras y el ganado de todos los que se le opusieran, por lo que los extranjeros (europeos) y mexicanos (del interior) serían los dueños del país".¹²⁴

El corto período de Pío Pico como gobernador estuvo marcado por disputas y discu-

siones entre su partido (abajefío) y el del general Castro (arribeño). Ambos parecían estar convencidos de que con el triunfo de su grupo llegaría la salvación del departamento. Los californios habían pedido, una y otra vez, que se dividiera el mando de la provincia en dos jefes, uno militar y otro civil, pero cuando llegó el momento probaron ser incapaces de manejar la situación; en vez de prepararse para la invasión que veían venir; no hicieron más que pelearse por el poder político. Es más, dado que el nombramiento de Pío Pico había sido expedido por el presidente Herrera, Castro decidió apoyar a Paredes cuando éste se sublevó contra Herrera. Era una manera perfecta para deshacerse de Pico. Conforme avanzó el año, las diferencias entre abajefíos y arribeños se hicieron cada vez más profundas; cada uno quería controlar la situación. En junio de 1846 Pío Pico denunció "la traición" de Castro y se lanzó en su búsqueda; lo acusó de querer convertirse en dictador y alentó a la ciudadanía de Los Angeles a rebelarse.¹²⁵

Mientras tanto parece que tuvo lugar en Monterrey una junta departamental para decidir los métodos de defensa en caso de una invasión. Tanto el manuscrito de Vallejo como el de Juan Bautista Alvarado dicen que Castro argumentó a favor de la anexión de Alta California a Francia, lo que causó sorpresa ya que todos conocían su deseo de independencia. David Spence propuso que la anexión fuera a Inglaterra mientras que varios californios optaron por "Una California Libre, Soberana e Independiente"; otros pidieron la anexión a los Estados Unidos.¹²⁶ Bancroft, sin embargo, es de la opinión que esa famosa junta nunca tuvo lugar pues Larkin no la reportó. Es extraño entonces que Vallejo y Alvarado escribieran acerca de ella; quizá la confusión estriba en que hubo una segunda junta convocada por Pío Pico, con la misma finalidad, en mayo de 1846. Ahí se discutió la idea de independizarse o pedir la anexión a las naciones antes mencionadas. Se presentaron varios testigos con la idea de aprobar que Alta California había estado a punto de ser entregada a Inglaterra; se citaron las pláticas diplomáticas entre Santa Anna y el ministro inglés y se demostró que Pío Pico había hecho grandes donaciones de tierra a algunos ingleses con el fin de preparar la anexión a ese país. En julio de 1846, justo antes de la invasión norteamericana, los californios estaban divididos respecto a lo que todos veían venir. El grupo más numeroso era el que favorecía la independencia o la anexión a los Estados Unidos.¹²⁷

En junio de ese año tuvo lugar la famosa revuelta de la "bandera del oso", de un grupo de norteamericanos que alegaron saber que se iba a expulsar a todos los que

tuvieran menos de un año de residencia en el país. Bancroft asevera que el motivo que argüían era sólo un pretexto para justificarse; creía que habían falsificado la supuesta proclama de Castro.¹²⁸

Mientras tanto los mexicanos (del interior) en Alta California seguían quejándose de que se les molestaba. Entre los manuscritos del departamento se encuentra una nota de Rafael Sánchez al gobernador Pío Pico en la que se queja de que los "mexicanos" eran insultados constantemente.¹²⁹ Unos días más tarde don Ignacio Abrego, tesorero de la ciudad de Monterrey, escribió al gobernador explicando sus dificultades; le dijo estaba cansado de ser insultado por no ser californio.¹³⁰ Citando un documento de Bandini, Bancroft nos informa que José Antonio Carrillo, al regresar de su exilio en Sinaloa, ayudó a Pío Pico en la preparación de un plan de reforma mediante el cual se expulsaría a los mexicanos de Alta California.¹³¹

Desde la llegada de la expedición Fremont, los jefes californios discutían la posibilidad de una invasión norteamericana que se suponía desde la toma de Monterrey por el comodo Jones. ¿por qué entonces no se preparaban? En vez de hacerlo seguían con sus interminables rencillas, por lo que a pesar de su buena economía no se podía construir un mercado estable ya que otro de los males del departamento era la falta de moneda; la única era la obtenida de los comerciantes extranjeros cuando pagaban los impuestos. De ahí que fueran continuas las solicitudes al gobierno central pidiendo exención de impuestos por dos, cinco o diez años; la excesiva regulación del gobierno los ahogaba. Los documentos enviados desde la capital daban toda clase de sugerencias para desarrollar su economía pero en la práctica, no sólo la obstaculizaban sino que la paralizaban. Quizá ahí esté la explicación del fracaso: la incapacidad de las autoridades centrales para ver la total contradicción entre palabras y hechos. Por ejemplo, estaba la confusión creada por la fluctuación en la apertura y clausura de puertos al comercio, al igual que el constante cambio de impuestos y alcabalas. Micheltorena, por ejemplo, ¡prohibió la entrada de productos extranjeros e introdujo reglamentos para los balleneros! Otra fuente de discordia era la prohibición de comerciar al menudeo en los barcos extranjeros, mientras que los mexicanos se vendían a precios exorbitantes.¹³² Las leyes comerciales eran definitivamente para beneficiar a la metrópoli y no a los territorios.

Mientras tanto Pío Pico escribió al gobierno acerca de sus temores respecto a la seguridad del departamento. En un documento encontrado en una caja de papeles

sobre la Baja California en el Archivo General de la Nación se lee:

“Es incuestionable que a la nación le importa mucho tener ocupado con fuerzas este departamento fronterizo, pues ya se esparcen las nuevas de que pronto seremos el objeto de una conquista extranjera y en efecto la prueba muy claramente la continua emigración de individuos de los Estados Unidos que en caravanas y partidas de cazadores llegan al río Sacramento. En el año último han llegado más de cincuenta carros a dicho río y cada día se anuncia que otros están en marcha con crecido número de personas para venir a visitar nuestras tierras y ocuparlas”¹³³

En ese mismo documento Pío Pico dio la noticia de la llegada del capitán Fremont con una expedición científica, antes mencionada; como nota curiosa anunció el próximo arribo de diez mil mormones “que vienen a tomar California por ser, según dicen, la tierra prometida por Dios en las escrituras”. Resulta interesante para nuestra tesis consignar que aún sabiendo de la amenaza de guerra los californios continuaron recibiendo extranjeros con hospitalidad. Es más, eran magnánimos en cuanto a pasaportes, naturalizaciones y donaciones de tierra. En junio el general Castro aseguró a Larkin que dejaría entrar a los norteamericanos desde Hawaii, aun cuando sus pasaportes no llenaran los últimos requisitos. El gobernador Pío Pico, en su proclama pidiendo a su pueblo que se armara en defensa de una invasión norteamericana solicitó que no se molestara a los norteamericanos que vivían en Alta California.¹³⁴

Angustiado por las dificultades que se les venían encima dada la falta de hombres armados y recursos económicos, Pío Pico imploró ayuda del gobierno de José Joaquín Herrera, “a fin de recabar una providencia en auxilio de esta parte integrante de la nación para impedir se corra la suerte de Texas”.¹³⁵

Mientras Larkin intrigaba entre los californios, el presidente James Polk se decidió por la acción directa: mandó a John Slidell a tratar de comprar California y Nuevo México. No deja de resultar curioso el procedimiento de pedir en venta territorio en un momento en que había relaciones diplomáticas. Slidell ofreció 40 millones de dólares por ambas regiones o 25 por California; además, tenía órdenes de declarar que los Estados Unidos se opondrían a que esas regiones pasaran a ser de Inglaterra o Francia, “era necesario que el territorio fuera cedido a los Estados Unidos y el

el dinero no debía ser un obstáculo para ello".¹²⁶

Slidell no fue recibido por el gobierno mexicano porque al trascender el motivo de su visita a los periódicos éstos levantaron una ola de furor público. Fue entonces cuando el presidente Polk y su gabinete decidieron emplear la fuerza; ignorantes de la situación geopolítica de California, ordenaron la ocupación de "las Californias" incluyendo por lo tanto a Baja California, cuyos núcleos de población quedaban a más de dos mil kilómetros de la Alta California. Suponemos que se daban cuenta de su importancia estratégica, aunque seguramente no sabían nada acerca de su desarrollo histórico ni de sus condiciones socioeconómicas. Por ese motivo, antes de hacer la relación de la ocupación, debemos dar un resumen de las condiciones que imperaban en la época de la invasión norteamericana en la península, y por supuesto, de sus antecedentes. En el último capítulo acerca de la invasión, se expondrá lo relativo a la invasión de ambas Californias.

Notas

1. Hubert Howe Bancroft, *The works of Hubert Howe Bancroft*, 39 v., San Francisco, The History Co., 1886, v. 19, p. 26.
2. Citado por Bancroft del manuscrito de Coicochea "Medios para el fomento de las Californias" *Ibidem*, p. 32-33.
3. Robert Glass Cleland, *From wilderness to empire, a history of California 1542-1900*, New York, Alfred, A. Knopf, 1944 p. 106.
4. Bancroft, *op. cit.*, p. 23.
5. William Shaler, *Journal of a voyage from China to the Northwest coast of America made in 1804*, California, Saunders Studio Press, 1935, p. 160.
6. Robert Glass Cleland, "Early sentiment for the annexation of California", *The southwestern Historical Society Quarterly*, p. 5.
7. Cleland, *From wilderness...*, p. 108-111.
8. Dexter Perkins, *Historia de la doctrina Monroe*, Buenos Aires, Ed. Universitaria de Buenos Aires, 1964, p. 34. Cita las memorias de John Quincy Adams.
9. Samuel Flag Bemis, *A Diplomatic History of the United States*, New York, Henry Holt and Co., 1947, p. 205.
10. José San Martín, *Memoria y proposiciones sobre las Californias*, México, Biblioteca Aportación Histórica, Ed. Vargas Rea, 1943, p. 9.
11. Bancroft, *op. cit.*, p. 162-166.
12. *Ibidem*, v. 20, p. 58.
13. *Ibidem*, p. 59.
14. *Ibidem*, v. 34, p. 282.
15. David J. Weber, *The Mexican Frontier 1821-1846, the American Southwest under Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1982, p. 214.
16. Richard Dana, *Two years before the mast, A personal narrative of life at sea*, New York, Heritage Press, 1947 (1a. ed. 1840) 1840, p. 102.
17. Manuel P. Servín, ed., *An awakened minority: the Mexican Americans*, Beverly Hills, California, 1974, p. 4.
18. Angela Moyano Pabissa, *El comercio de Santa Fe y la guerra del 47 México*, Septententas, 1975, p. 174.
19. Jacques Lafaye, *Quetzalcoatl y Guadalupe, la formación de la conciencia nacional en México*, México, F.C.E., 1978, p. 341-343.
20. Peggy K. Liss, *Orígenes de la nacionalidad mexicana, 1521-56*, México, F.C.E., 1989, p. 263.
21. *Ibidem*, p. 265.
22. Bancroft, *op. cit.*, v. 21, p. 39.
23. *Ibidem*, v. 20, p. 49, nota 39.
24. *Ibidem*, p. 50.
25. Francis Jessie Davies, *An economica and social history of Mexican California*, New York, Arno Press, 1976, p. 94.
26. Antonio Ríos-Bustamante and Pedro Castillo, *An illustrated history of Mexican Los Angeles*, Los Angeles, Chicano Studies Research Center, U.C.L.A., 1986, p. 79.
27. Bancroft, *op. cit.*, v. 19, p. 39.
28. *Ibidem*, v. 20, p. 117.
29. *Ibidem*, p. 68.
30. *Ibidem*, p. 74.
31. *Ibidem*, p. 84-85.
32. Cleland, "Early sentiment..." p. 11.
33. Bancroft, *op. cit.*, v. 20, p. 84, nota 46.
34. *Ibidem*, p. 176.
35. *Documentos Históricas de Baja California*, Archivo General de la Nación, Caja 315, Exp. 1, f. 53.

-
36. Weber, *op. cit.*, p. 62.
 37. *Documentos Históricos de Baja California, op. cit.*, t. 53.
 38. Bancroft, *op. cit.*, v. 20, p. 211.
 39. *Ibidem*, p. 229.
 40. Alan Hutchinson, *Frontier settlement in Mexican California, The Hijar-Padres colony, 1769-1835*, New Haven, Conn., Yale U. Press, 1969, p. 184.
 41. Bancroft, *op. cit.*, v. 20, p. 273.
 42. Figueroa al Ministro de Relaciones Exteriores, citado por Hutchinson, *op. cit.*, p. 226.
 43. *Ibidem*, p. 245.
 44. *Ibidem*, p. 246.
 45. *Ibidem*, p. 251.
 46. *Ibidem*, p. 252.
 47. *Ibidem*, p. 275.
 48. Citado por Hutchinson, *op. cit.*, p. 363.
 49. *Ibidem*, p. 374.
 50. *Ibidem*, p. 332.
 51. Bancroft, *op. cit.*, v. 20, p. 424.
 52. *Ibidem*, p. 429, nota 32.
 53. *Ibidem*, p. 449-450.
 54. *Ibidem*, 453, nota 9.
 55. Citado por Bancroft, *Ibidem*, p. 464.
 56. *Ibidem*, p. 468.
 57. Citado por Bancroft, *Ibidem*, p. 488.
 58. *Ibidem*, p. 490-92.
 59. *Ibidem*, p. 506, nota 45.
 60. Irving Berdine Richman, *California under Spain and Mexico*, New York, Cooper Square, 1965, p. 259. Richman se basa en documentos originales.
 61. Bancroft, *op. cit.*, v. 20, p. 522, nota 13;
 62. *Ibidem*, p. 524 y nota 15.
 63. *Ibidem*, p. 529, nota 24.
 64. *Ibidem*, p. 535.
 65. Bancroft, *op. cit.*, v. 21, p. 108.
 66. Bancroft, *Op. cit.*, v. 20, p. 397.
 67. Carlos Bosch García, *Material para la historia diplomática de México*, México, Ciencias Políticas, U.N.A.M., 1957, p. 180.
 68. *Ibidem*, p. 183. Cita carta del ministro Butler al secretario de Estado, John Forsyth.
 69. Cleland, "Early sentiment..." p. 15.
 70. William Garrison, *Diplomatic correspondence of the republic of Texas*, v. I. Washington, Government Printing Office, 1908, p. 176.
 71. Samuel Flagg Bemis, *The Latin America Policy of the U.S.*, New York, Harcourt and Co., 1943, p. 79.
 72. *Ibidem*, p. 293, nota 33.
 73. *Ibidem*, p. 287.
 74. *Ibidem*, p. 288.
 75. *Ibidem*, p. 354.
 76. Cleland, "Early sentiment..." p. 19.
 77. *Ibidem*, p. 22.
 78. Bosch, *op. cit.*, p. 328.
 79. Cleland, *From wilderness... op. cit.*, p. 193-194.
 80. Bosch, *op. cit.*, p. 330.
 81. *Ibidem*, p. 330.
 82. Cleland, "Early sentiment..." p. 26.
 83. Bosch, *op. cit.*, p. 331.

84. Cleland, *From wilderness...* p. 185.
85. *Ibidem*, p. 186.
86. *Ibidem*, p. 187.
87. *Ibidem*, p. 187.
88. Albert Weinberg, *Destino Manifiesto*, Buenos Aires, Ed. Paidós, 1965, p. 104.
89. Glenn Price, *Orígenes de la guerra con México*, México, F.C.E. 1968, p. 31.
90. *Ibidem*, p. 32.
91. Bosch, *op. cit.*, p. 340.
92. *Ibidem*, p. 249.
93. Cleland, "Early sentiment..." p. 28.
94. William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra del 47*, México, Ed. Polis, 1948, p. 77.
95. Frank Knapp Jr., "Preludios de la pérdida de California", *Historia Mexicana*, v. 4, p. 235.
96. *Ibidem*, p. 237-238.
97. Jay, *op. cit.*, p. 79.
98. Bosch, *op. cit.*, p. 369.
99. Knapp, *op. cit.*, p. 244.
100. Cleland, "Early sentiment..." p. 31, nota 58.
101. Price, *op. cit.*, p. 31.
102. Cleland, "Early sentiment..." p. 32-33. Cita las cartas del presidente Tyler acerca de California. a ese acuerdo se le llama "acuerdo tripartita." Además cita el documento enviado por Webster, secretario de Estado, al embajador norteamericano en Londres.
103. *Ibidem*, p. 34-35.
104. *Ibidem*, p. 38.
105. Angela Moyano Pahisa, *op. cit.*, p. 143.
106. Bosch, *op. cit.*, p. 371.
107. *Ibidem*, p. 392.
108. Cleland, "Early sentiment..." p. 35.
109. Citado por Bancroft, *op. cit.*, v. 21, p. 413.
110. *Ibidem*, p. 413-414, cita el documento de Manuel Castañares al Ministro de Relaciones (marzo de 1844) que no existe en el Archivo Genaro Estrada.
111. *Ibidem*, p. 417.
112. Bancroft, *op. cit.*, v. 21, p. 456.
113. *Ibidem*, p. 485.
114. *Ibidem*, p. 499.
115. *Ibidem*, p. 525.
116. *Ibidem*, p. 198 y nota 19.
117. *Ibidem*, p. 529.
118. *Ibidem*, p. 330.
119. Bosch, *op. cit.*, Green escribió que... "México buscaba sin disimulo provocar una contienda con Francia y afirmar sus relaciones con la Gran Bretaña".
120. *Ibidem*, p. 420.
121. Bancroft, *op. cit.*, v. 21, p. 55.
122. Bancroft, v. 22, p. 72, nota 29.
123. Citado por Richman, *op. cit.*, p. 303.
124. Bancroft, *op. cit.*, v. 21, p. 485.
125. Bancroft, *op. cit.*, v. 22, p. 58.
126. *Ibidem*, p. 61.
127. *Ibidem*, p. 66.
128. *Ibidem*, p. 82.
129. *Ibidem*, p. 35 nota 8.
130. *Ibidem*, p. 35 nota 9.
131. *Ibidem*, p. 40 nota 15.

-
132. Davis, *op. cit.*, p. 256.
133. *Documentos históricos de Baja California, op. cit.*, f. 60.
134. Bancroft, *op. cit.*, v. 22, p. 605.
135. *Documentos históricos, op. cit.*, exp. 24.
136. Bosch, *Material*, p. 540.

LA SITUACION DE LA PENINSULA ANTES DE LA INVASION NORTEAMERICANA

Así como se ha escrito mucho acerca de la Alta California, Bancroft sólo publicó siete volúmenes, poco se ha dicho acerca de Baja California a principios del siglo XIX. En realidad las tres fuentes con que se cuenta para esa época son: el libro de Urbano Lassepas, el de Hurbert Howe Bancroft y la antología documental de Amado Aguirre. Ninguna de ellas, sin embargo, proporciona datos que permitan reconstruir la historia social de la época por lo que se pueden concluir pocas cosas. Entre líneas se lee que a ellos también, como a los californios, les molestaba que les mandaran autoridades desde el centro pero no se puede saber si había o no un sentimiento de hostilidad en contra de sus compatriotas del interior del país como en el caso de Alta California. De manera similar los baja californianos también tuvieron innumerables rencillas entre ellos pues uno y otro bando se disputaba el poder político al igual que sucedía en el interior de la república. La gran diferencia con Alta California consistió en que, al ser una tierra pobre, no era codiciada por extranjeros y por estar cerca del macizo central tenía una pequeña constante inmigración que la mantuvo unida a éste.

A través de la información que presento a continuación estableceremos, por lo menos, los puntos sobresalientes de la época bajacaliforniana antes de la invasión. Entre líneas se lee la división entre ellos que los llevaría a tomar diferentes actitudes ante la invasión norteamericana. La separación de las dos californias tuvo lugar en 1804, cuando a cada una se le concedió gobierno propio. Situación lógica, ya que entre los dos núcleos de población mediaban más de dos mil kilómetros. Para gobernar la Alta California se designó a José Joaquín de Arrillaga, para la Baja California se nombró al capitán Felipe de Goicochea, quien a su muerte fue sustituido por el capitán José Darío Argüello, último gobernador colonial de la península. La separación de gobiernos tuvo como consecuencia que la poca atención que el gobierno central daba a esas provincias se centrara en la Alta California, dada su mayor potencialidad.

Durante toda su historia colonial la península —para ser más exactos el sur de la península, pues el norte estaba casi despoblado a excepción del área de San Quintín— estuvo bajo la tutela primero de los jesuitas y después de 1768, de los franciscanos

seguidos por los dominicos. Alrededor de cada una de las misiones para los indígenas, reconocidas en 1826 como diecisiete,¹ se fueron formando pueblos, más o menos pequeños, de gente mestiza o criolla llegada del interior del país, generalmente de Sonora, Sinaloa y Jalisco.² Por el decreto de Gálvez de 1768 se les había concedido el derecho de adquirir propiedad privada, eso y el incentivo de hacer fortuna en la pesca de perlas, los había movido a emigrar a esa lejana península. Sin embargo, la carencia de agua y lo inhóspito de su tierra hicieron que, hasta la fecha, la península haya estado escasamente poblada. La instrucción de Gálvez fue sin embargo la base de su colonización. Por dicha instrucción se ofrecía una "suerte" de tierra gratis con el derecho de heredarla, venderla o trocarla a cambio del trabajo de dicho solar y bajos impuestos después de tres años. No obstante, la colonización no fue fácil porque los colonos sólo podían tomar las tierras fuera de las jurisdicciones misionales o de las misiones suprimidas, en ambos casos se requería el consentimiento de los frailes, que se reservaban las mejores tierras. Como consecuencia, los primeros colonos fueron los soldados jubilados, los marineros matriculados en Loreto y algunas personas protegidas por los misioneros.³

Dada la extrema pobreza y a pesar de la prohibición española de comerciar con el extranjero, los habitantes de la península aceptaron entrar el contrabando para procurarse viveres y enseres. Sabemos por el informe del gobernador Goicochea que los angloamericanos habían empezado a frecuentar las bahías de Baja California. Varios reportes indican que en las últimas dos décadas de la colonia se desarrolló el contrabando de pieles de nutria y de sal. Bancroft nos dice que era frecuente ver grupos de indígenas, frailes y marineros comerciando en varias playas.⁴ Entre los barcos que se aprovechaban de este comercio estaban los norteamericanos que desde la década de 1780 habían empezado a comerciar con China, especialmente en pieles de nutria que recogían en las costas de las Californias.

Para mediados de la década de 1820 llegaron noticias de la revolución de independencia de México. Lassepas opina que "la fermentación revolucionaria" llegó a la península a través del golfo de Cortés; dato interesante ya que muestra la estrecha relación entre las comunidades de las costas de Sonora y Sinaloa y las de la península. Como resultado de la efervescencia revolucionaria los indígenas de Mulegé, San Ignacio y La Purísima se rebelaron en contra del sistema misional. Esas "serias sediciones" que relata Lassepas fueron sofocadas por el gobernador Argüello.⁵

El 7 de marzo de 1822 el alférez José María Mata proclamó e hizo jurar la independencia de México en Baja California. No ha sido localizada el acta de independencia leída por Mata pero sí la proclamada por José Manuel Ruiz el 16 de mayo de 1822 en San Vicente, a la sazón capital de La Frontera:

“José Manuel Ruiz, Teniente de Caballería del Presidio de Loreto ya actual Comandante de esta frontera de la Antigua California, certifica: que habiendo recibido orden del S. Gobernador Político y Militar Don José Agüello; el día 12 del presente mes, en la que me incluía el acta de la Soberana Junta de este Imperio, declaratoria de su Yndependencia, el Plan de Yguala, el Tratado de Córdoba, el Decreto de la Regencia del Ymperio Mejicano, y Soberana Junta Provisional gubernativa, y copia de Acta celebrada en Loreto, para dar cumplimiento y ejecución a lo dispuesto; en la mañana del 16 del corriente dí orden al Sargento Cabo que a las 10 de la mañana se formase toda la tropa que guarnece esta escolta y que juntara todo el vecindario en el cuerpo de guardia, donde que fin era convocados, y con el artículo 3 de la Regencia del Ymperio y Soberana Junta Provisional gubernativa, leí al frente de la tropa y vecindario el acta de la Soberana Junta de este Ymperio, declaratoria de Yndependencia, el Plan de Yguala, el Tratado de Córdoba, el decreto de la Regencia de Ymperio. Concluido este acto y con arreglo al artículo 2 del soberano y citado decreto contenido bajo la forma prevenida en el citado artículo, al Sargento Cabos, tropas y vecindario, y todos unánimes respondieron acordes, según la fórmula indicada y concluyendo con una salva y repique de campanas, y mucho regocijo, y al día siguiente se dio cumplimiento a la soberana orden.
San Vicente, 22 de mayo de 1822, José Manuel Riuz.”*

Desde 1810 no se había pagado a la tropa peninsular, por lo que la miseria y la escasez eran agudas; además, se carecía de agricultura suficiente y como las revueltas habían cortado las vías de comunicación con el interior, las remesas desde México y Guadalajara no habían llegado. A la situación de penuria se añadió la confusión creada por la resistencia de los religiosos tanto de la Alta como de la Baja California a reconocer la independencia del país.

Contagiado por el espíritu de libertad, Fernando de la Toba encargado interino del gobierno concedió a los ayuntamientos el poder de otorgar terrenos en su jurisdicción. Sin embargo, si el terreno era misional no se expedía el título hasta haberse

consultado al misionero. El cambio más importante efectuado por el nuevo gobierno fue el envío del reglamento provisional para la administración de las misiones, por medio del cual los indígenas, aunque todavía bajo la supervisión de los padres, consiguieron mayor libertad, el derecho de pedir vituallas, paga por sus labores y el poder elegir mayordomo⁷ entre sus compañeros. El reglamento pidió a los misioneros inventarios de las propiedades eclesiásticas.

Fueron graves los efectos de la independencia ya que el anhelo de libertad latente entre los neófitos de las misiones recibió un gran impulso. Como resultado, muchas de las misiones se despoblaron y según Lassepas "los indios se entregaron a la bebida, el juego, a la ociosidad, y por último desaparecieron."⁸ Bancroft es de la misma opinión, quizá parafraseando a Lassepas, pero añade que los indígenas lograron sobrevivir porque los misioneros y colonos "para su propio beneficio" acordaron ignorar el reglamento.⁹

El 5 de febrero de 1824 se promulgó en la capital del país la primera constitución republicana. De acuerdo con ella la península formó parte del territorio de las Californias regido por un gobernador que residiría en la Alta California y un subgobernador con sede en Loreto. Una diputación Territorial tendría funciones legislativas y colaboraría con los gobernadores. Unos meses después el Congreso Nacional expidió un decreto para proceder a la colonización de los territorios de la república: "Son objeto de esta ley aquellos terrenos de la nación, que no siendo de propiedad particular ni pertenecientes a corporación alguna o pueblo, pueden ser colonizados." Se ordenó a los estados formar, a la mayor brevedad, leyes o reglamentos de colonización de sus respectivas entidades y se decretó que los nuevos pobladores no podrían pasar sus propiedades a manos muertas.¹⁰ Así empezó la secularización gradual de las misiones.

El presidente Guadalupe Victoria nombró en 1825 al teniente coronel José María Echandía comandante general y jefe político de las dos Californias. Llegó a Loreto, cabecera política de la península (hasta 1828 cuando se cambió a La Paz), y el 10 de julio de 1825 instaló la Diputación Territorial con José María Padrés como subjefe político. Dividió la península en cuatro municipios: Cabo San Lucas, Loreto, Santa Gertrudis y San Pedro Mártir; cada uno con su ayuntamiento, compuesto por un alcalde, dos regidores, un síndico, un secretario, y alcaldes auxiliares.¹¹ No obstan-

te, los puestos anteriores quedaron vacantes en su mayoría, por la poca preparación de la población.

El coronel Echandía expidió un reglamento sobre tierras que repartía las no cultivadas de las misiones en forma comunitaria. Es nuevamente Urbano Lassepas el cuidadoso recopilador de documentos de la Baja California quién nos da la noticia:

“Conforme a la Constitución y decretos del Soberano Congreso de la federación mexicana, consecuente a las benéficas y liberales instrucciones que para el gobierno y prosperidad de este territorio he recibido del Exmo. Sr. Presidente Dn. Guadalupe Victoria y atento a las repetidas instancias que producen los indígenas de esta península para que les alivie su esclavitud y miseria, he formado el siguiente reglamento, que entre tanto la superioridad lo apruebe o modifique, se observará en las llamadas misiones de San Francisco Javier, San José de Comondú, la Purísima, Mulegé, San Ignacio, Santa Gertrudis, San Francisco de Borja, San Francisco Regis, San Fernando y El Rosario, quedándose las de San José del Cabo y Todos Santos para otro reglamento que se adecuado, y exceptuando la de San Miguel que merece la consideración que distingue a las de la nueva California...”¹²

El procedimiento para repartir la tierra fue por demás ambiguo: “Entre las muchas tierras que no se cultivan en estas misiones, se dará a sus hijos, en cada una, de las mejores de riego y abrevadero, la extensión que baste a proporcionarles frutos suficientes para su subsistencia, en cuyos parajes determinará el jefe político según el conocimiento de ellas que por sí tenga, o lo comuniquen las autoridades inmediatas. A los nativos, entre los cuales había muy pocos indígenas, se concedieron las rancharías en que vivían y el uso de agua en proporción igual a la que utilizaba la misión. La tierra debían trabajarla en plan de congregación; elegirían un administrador que dirigiera la siembra y un mayordomo que cuidaría que todos trabajasen ocho horas diarias. La misión les prestaría las herramientas necesarias para el cultivo y la cosecha; esta se almacenaría en cantidad suficiente para dar de comer a todos y lo restante se repartiría en parte iguales entre hombre y mujeres mayores de 15 años; un grupo de ellos tendría la obligación de ayudar al párroco. El jefe político de la región elegiría, de una terna a los alcaldes auxiliares que velarían por el orden de la comunidad. El alcalde presentaría al jefe político las peticiones individuales para cambiar de resi-

dencia," la que sin duda coartó la libertad de los primeros para colonizar más tierras.

Bancroft añade que el reglamento dado por Echeandía prácticamente redujo a los misioneros a la condición de sacerdotes seculares bajo la vigilancia de alcaldes y mayordomos.¹⁴ Virtualmente secularizaba las misiones, pero este reglamento tampoco mejoró la situación porque, como dice Lassepas, la distribución de tierra no fue escriturada y por lo tanto no garantizaba los derechos de propiedad. Era tal la miseria de la península, que en 1827 el subjefe político hubo de pedir exención de diezmos y otros impuestos "salvo los municipales", por un término de quince años.¹⁵ Intentó conseguir del gobierno federal que los ayuntamientos extendieran los títulos de propiedad de los terrenos concedidos o por conceder. Desafortunadamente nunca mandó el informe requerido por el Ministerio de Gobernación ya que, según Lassepas, el pobre alcalde apenas sabía leer y escribir. Pablo Martínez, en su *Historia de la Baja California*, dice que muchos culparon a la reglamentación dada por Echeandía de causar la ruina agrícola pero que la opinión general era de que la decadencia de las misiones había comenzado muchísimo antes y obedecía a causas más complejas e inevitables.¹⁶ Lassepas añade que "el desgobierno, la ignorancia administrativa y la apropiación que el gobierno hizo de las rentas de los fondos piadosos fueron la causa de la penuria de la región".¹⁷

Con motivo de la elección del subjefe político al Congreso nacional, la Diputación Territorial decidió en 1829, sin consultar a Echeandía, que su primer vocal, el alférez Mata, tomara el puesto vacante. A raíz del incidente Echeandía pidió y obtuvo del gobierno federal que Baja California se separara de la Alta y quedara aherida a Sonora en cuanto a los asuntos militares y judiciales.¹⁸ Ese cambio político fue muy significativo pues, como la invasión de 1847 lo demostraría, fue el apoyo de Sonora lo que les permitiría organizar la resistencia.

La situación de la región se complicó aún más cuando a finales de 1830 el jefe político, coronel Mariano Monterde, expidió un decreto secularizando las misiones comprendidas entre San Borja y San José del Cabo: "siendo muy conveniente al bien general del territorio y al sistema de gobierno que nos rige, el que las misiones *se secularicen* para el adelanto de su agricultura". Se basaba en la ley de colonización expedida por el gobierno central para otorgar gratuitamente los terrenos baldíos. Según ese decreto las tierras se dividirían entre los individuos (no ya como parte

de una congregación) de la región según lo que cada uno pudiera cultivar y lo sobrante se rentaría; en lo sucesivo se llamarían pueblos. El decreto de Monterde dice "quedan extinguidas las misiones de San José del Cabo, Todos Santos, San Francisco Xavier, San José Comondú, Santa Rosalía Mulegé, Concepción de Cadegomó, San Ignacio, Santa Gertrudis, y San Francisco Borja." Sólo quedaron siete con el carácter de misiones "por tener a su cargo un número considerable de catecúmenos."¹⁹ El decreto de Monterde tuvo algo de éxito y de ahí arrancó el segundo crecimiento de población en Baja California. Sin embargo, ese decreto que bien podría llamarse el primero de secularización, se cumplió a medias ya que los misioneros se ampararon en la propiedad de los decadentes edificios.²⁰

A la salida de Monterde para el Congreso, en 1831, los miembros de la Diputación Territorial se rotaron mensualmente el puesto de jefe político. Lassepas nos dice que los ayuntamientos se aprovecharon del desorden y "dictaron providencias juzgándose independientes". En un bando fechado en 1832 ofrecieron a los colonos todos los terrenos baldíos de sus regiones.²¹ Siendo que la política de la Baja California se regía por las disposiciones concernientes a la tierra, el recuento de títulos de propiedad, las usurpaciones de terrenos, etc., los miembros de la Diputación crearon una confusión tan grande que el gobierno federal volvió a enviar al coronel Monterde en 1833. Este llegó con el decreto federal de secularización en cuanto a que se les había nombrado "pueblos" y ordenado la distribución de sus tierras baldías.

El 17 de agosto de 1833 el Congreso secularizó todas las misiones en ambas Californias, mandando expulsar del país a todos los religiosos que no hubieran jurado la independencia. No sabemos se si ignoraba o se había olvidado que la mayoría de las misiones en Baja California estaban prácticamente secularizadas desde 1830. La ley de 1833 constó de 15 artículos que en resumen mandaban que los misioneros fueran sustituidos por clero secular con una dotación de dos mil pesos anuales y con la prohibición de cobrar derechos por sus servicios. El gobierno costearía el retorno de los misioneros a la casa madre de su orden y el viaje de los sacerdotes del clero secular que fueran a sustituirlos. Esa ley se derogó en el caso de Baja California porque no hubo candidatos a sustituir a los misioneros. Es más, un año después los dominicos empezaron la fundación de la que sería la última de sus misiones.²² Como ya hemos dicho, Monterde había secularizado las misiones en 1830, antes de la ley federal de 1831. Resulta por lo tanto incomprensible que se haya derogado la ley solamente porque no se encontraba reemplazo para los misioneros. Desde la

salida de Monterde, enviado al Congreso, a finales de 1833, hasta la llegada del capitán Fernando de la Toba, en enero de 1837, la Baja California tuvo constantes revueltas causadas por las rencillas entre los miembros de la Diputación y las otras autoridades de la península. El caso más sonado fue el de Nicolás Lastra, por cuya causa se enfrentaron la Diputación y el administrador de la aduana marítima; este último reclamaba que en un gobierno federal la Diputación Territorial no tenía el derecho de nombrar al jefe político. "El acto que acaban de practicar en el oficio a que contestó pertenece al gobierno interior del Territorio y esta facultad es privativa al Congreso general."²³ Arguyó que si éste no la había delegado a la Diputación esta última era ilegítima. El subcomisario también desconoció la legalidad de la Diputación; finalmente el ayuntamiento procedió a hacer lo mismo.

Alarmado por las noticias, el gobierno federal nombró en lugar de Lastra al coronel Miguel Martínez quien se mantuvo en su puesto del 1º de febrero de 1835 al 30 de junio de 1836. En noviembre de 1835, dada la imposibilidad de reemplazar a los misioneros dominicos por clero secular, el Congreso emitió una ley que suspendió la secularización de 1833 "... hasta que hayan tomado posesión los curas"²⁴ O sea, que se ignoró el decreto de Monterde.

En los *Documentos para la historia de la Baja California* publicados por Jorge Flores, leemos el resumen del estado de la península en 1836; el coronel Miguel Martínez fue el autor del documento en su calidad de comandante militar y jefe político. Informó que la superficie que abarcaba su territorio era de más de 150,000 kilómetros cuadrados en donde sólo vivían 6,488 personas. Martínez dividió la península en tres partidos. El primero lo llamó Partido Sur, contando a Cabo San Lucas y las municipalidades de San José, San Antonio y La Paz. El segundo, llamado Partido de Loreto constaba de la municipalidad de Loreto, los pueblos de Comondú, Santa Rosalía, San Ignacio, Santa Gertrudis y San Francisco de Borja. Al tercero lo denominó el Partido de Frontera, que abarcaba siete ex misiones o pueblos con 805 habitantes. El partido más poblado y menos pobre era el del Sur con 4,483 personas; en él se vivía del producto del ganado pues por falta de agua el maíz y caña que se cosechaba era poco, "... de suerte que todos viven infelizmente reducidos al miserable alimento de carne, queso y leche". Aun cuando el partido contaba con bahías visitadas por barcos balleneros extranjeros, los habitantes del lugar no obtenían beneficios de estas visitas por no tener qué cambiar. En el Partido Sur se encontraban algunas minas que a juicio del coronel Martínez no se podían laborar por falta de

agua, víveres y empresarios que llevaran máquinas para trabajar los placeres. En conclusión, todos los habitantes de la región eran "campesinos o vaqueros". Para remediar la situación recomendó establecer pozos artesianos," tanto para facilitar algunas siembras, cuanto para poblar de ranchos la costa del Pacífico que está absolutamente desierta por falta de agua, pues de otro modo es inhabitable y nadie querrá ir a vivir ni ocupar aquel vasto terreno que es el menos áspero y más limpio de piedra de todo el Territorio". Recomendó que el llamado Partido de Frontera se agregara al territorio de la Alta California dada la enorme distancia que lo separaba del sur de la península, y la poca protección que podía darsele. Explicó Martínez que en tiempos de la Colonia se había pensado en ello pero que lo habían impedido las rencillas entre franciscanos y dominicos. "En el día han variado ya las circunstancias y soy de opinión que no hay obstáculo para que pueda verificarse."²³

Mientras el resto del país debatía el problema del fracaso del federalismo, el coronel Martínez envió al Congreso una nota consultándole si debía considerar a los religiosos de la península como sacerdotes seculares o misioneros. Unos meses después, en febrero de 1836, éste le contestó que observara el decreto del 7 de noviembre de 1835 que ordenaba devolver las misiones a los dominicos para que ellos las administraran.

A la salida del coronel Martínez y mientras que en el interior del país se se abolía el federalismo, la región se vió nuevamente envuelta en rencillas y disputas entre los miembros de la Diputación Territorial. Aun cuando el gobierno central ordenó que el alcalde de La Paz (Miguel Canceco) fuera reconocido como jefe político, la lucha continuó hasta que el capitán Fernando de la Toba tomó el mando el 31 de enero de 1837, aunque Martínez dice que fue José Ma. Mata.²⁴ Recibió noticia que el Congreso había expedido la ley que sentó las bases para la futura constitución centralista, por lo que las legislaturas estatales habían desaparecido.

Mientras tanto, Texas y Durango, al igual que Zacatecas, se habían rebelado enarbolando la bandera del federalismo. Como se sabe, Santa Anna logró sojuzgar a Durango y Zacatecas pero fue derrotado en Texas, donde sus habitantes habían declarado su independencia el 2 de marzo de 1836. En medio del caos causado por la guerra de Texas y la caída de Santa Anna, Anastasio Bustamante regresó al país y el 19 de abril de 1837 fue electo presidente. Por esas fechas se debe haber recibido un documento, fechado en febrero de 1837, dando parte de un intento de rebelión en

el Cabo, San José y Santiago después de haber atacado La Paz; el documento carece de firma y menciona una sublevación del 19 de noviembre de 1836 en el puerto de La Paz.²⁷ Probablemente fue la última fase de las luchas que comenzaron con la salida del coronel Martínez y concluyeron con la subida al poder del capitán Fernando de la Toba, o de José Mario Mata como dice Martínez.

Preocupado por la situación de la península, el presidente Bustamante envió al licenciado Luis del Castillo Negrete a hacerse cargo de ambas Californias, éste había sido juez de distrito en Monterrey, Alta California, por lo que conocía la región. Nombró gobernador y comandante general provisional del departamento de la Alta California a Don Carlos Carrillo lo que como ya vimos ocasionó la revuelta de Juan Bautista Alvarado.

Dadas la circunstancias, los dominicos habían seguido actuando como propietarios de las antiguas misiones. El licenciado del Castillo Negrete decidido a terminar con esa situación, única en el país, dictó una instrucción para facilitar la obtención de los títulos de propiedad de tierra colonizables y baldíos. Data del 15 de agosto de 1838 y dice entre otras cosas que los jefes políticos tenían autoridad para facilitar la obtención de los títulos de propiedad en el departamento. Por tal motivo declaró que todas las tierras que no fueran de propiedad particular ni pertenecieran a alguna corporación o pueblo podían darse en propiedad a quien lo solicitara. El máximo de tierra que podía concederse a un particular era de "una legua cuadrada de cinco mil varas de regadío, cuatro de superficie de temporal y seis de superficie de abrevadero." En la instrucción de 1838 se hizo muy claro que los renuentes a pagar impuestos o contribuciones perderían sus propiedades, lo mismo que los que se ausentaran de ellas por más de dos años. En la instrucción también resalta un hecho curioso: se dice que se preferirá dar concesiones de tierras a los ciudadanos mexicanos y en igualdad de circunstancias son preferidos los vecinos del pueblo en cuya jurisdicción esté la tierra pretendida.²⁸ Todavía no llegaban los años en que expresamente se declaraba que no había que concederlos a norteamericanos.

Por documentos posteriores sabemos que las concesiones no pudieron llevarse a cabo porque en 1838 volvió a darse una revuelta, esta vez acaudillada por el general José Urrea; la única memoria de ésta se encuentra en los documentos recopilados por Amado Aguirre. Por dos de ellos sabemos que el general Urrea lanzó una proclama el 2 de septiembre de 1838 en el puerto de Loreto. Urrea, que a la sazón era coman-

dante de Sonora y Sinaloa, se sublevó contra el gobernador Gándara, proclamó el federalismo y avanzó hacia el sur; dándose cuenta de la importancia estratégica de la península el general Urrea la quiso incluir en sus planes. En Loreto proclamó y juró nuevamente la Constitución de 1824, arribó a La Paz con dos buques de guerra y restableció el sistema federal, que duró en La Paz sólo un mes ya que el 15 de octubre de 1838 Fernando de la Toba, jefe político del distrito de Baja California comunicó a los ciudadanos, tanto de La Paz como de Loreto, que habían cesado las arbitrariedades y desórdenes ocasionadas por la proclama de Urrea.²⁹

El licenciado Luis del Castillo Negrete había conseguido durante el tiempo de la reyerta centralista-federalista el nombramiento de su hermano, capitán Francisco Javier Castillo Negrete, como comandante principal en la península (marzo de 1840); éste, dándose cuenta de la situación única en el país, dictó una instrucción para facilitar y obtener los títulos de propiedad de tierras colonizables y baldías, un acuerdo en que disponía de la distribución de las tierras de las misiones el 11 de julio de 1841. En el acuerdo se explicaba que muchos pobladores de la península solicitaban colonizar esas propiedades que en teoría pertenecían al gobierno de la república. Las leyes de colonización extractadas en la instrucción circular del 25 de agosto de 1838 así lo disponía y una orden especial le urgía a llevarlas a cabo. Esa orden se basaba en el temor de que esos terrenos "eran codiciados por varios emprendedores norteamericanos que se aprestaban a solicitarlos en compañías de colonización".³⁰ Pr ese motivo se dictaminó que las antiguas posesiones misionales se darían a "honrados y aplicados pobladores", fomentando así la prosperidad agrícola de la península. Por lo expuesto anteriormente vemos que era también una manera de preservar la integridad nacional. La inmigración de norteamericanos a Texas había terminado en invasión, lo que a todas luces se veía que pasaría en Alta California. Aunque lejana de esa entidad, en el sur de la península y para esas fechas ya se sabía que en la década que acababa de terminar un nutrido grupo de norteamericanos se había ido a vivir a California. Estaba latente el temor de que se convirtiera en una segunda Texas. De ahí que Del Castillo Negrete expusiera a la gente de la península que las tierras de las misiones eran codiciadas por norteamericanos. Había que colonizar la región o se perdería.

El acuerdo dictado por Del Castillo Negrete encontró gran oposición en el padre Gabriel González, que era presidente y vicario de las misiones; éste, decidido a conservar sus propiedades, negó el derecho que tenía el jefe político a decidir sobre

cuestiones de colonización escribiéndole que sólo tocaba al gobierno y a la Junta Departamental, con sede en la Alta California, el decidir esos asuntos. El argumento principal del jefe político era que una misión no podía existir más que en los lugares donde había neófitos y ese no era el caso del sur de la península.³¹ Por la ley de 1830 los bienes raíces de las antiguas misiones, por derecho, pertenecían a la república y cómo tales eran colonizables. Puso énfasis en que desde el reglamento del visitador Gálvez en 1768 se había prohibido que las órdenes religiosas tuvieran propiedades en la península si no pagaban el derecho de amortización. Desde 1826, cuando se informó al gobierno que había 17 misiones, ya se habían cerrado algunas; por escasez de sacerdotes y de indígenas, se cerraron las misiones de Comondú en 1827, la de Mulegé en 1828, la de Nuestra Señora del Rosario en 1832 y la de San Vicente Ferrer en 1833; en 1834 los dominicos dejaron la misión de San Miguel, aun cuando empezaron la de Nuestra Señora de Guadalupe del Norte ese mismo año, se retiraron de Santo Domingo de la Frontera en 1839 y en 1840 de San Ignacio Kadakaamán, Todos Santos, Santa Catalina y Nuestra Señora de Guadalupe del Norte. La desintegración de las misiones era un hecho evidente, de ahí que Del Castillo Negrete acusara a los pocos dominicos aún en la península de estar actuando para su provecho particular. "En colonizar las tierras de las extintas misiones he procedido conforme a mi obligación... ni los RRPP. Misioneros ni las Iglesias de esta península pueden ni han podido nunca adquirir propiedad territorial como manos muertas sin una nueva especial ley."³²

De la controversia González-Del Castillo Negrete surgió un pleito que culminó con la rebelión de los soldados de La Paz el 11 de enero de 1842. Pablo Martínez, en su *Historia de Baja California*, recopiló el informe del licenciado Castillo Negrete: "Los pronunciados José Matías Moreno y otros, hechuras y ahijados del P. Gabriel González, trayendo en pos de sí armados y municionados por el mismo P. González a unos 25 hombres, casi todos sirvientes de éste, para reforzar el Cuartel, que todavía creían en manos de los sediciosos. Sabedores de la contrarrevolución verificada en este Puerto me pasaron desde el rancho de El Palo, cercano a esta población, una descomedida comunicación, mándándome a nombre de todos los pueblos salir de la California."³³

Los rebeldes fallaron en su esfuerzo por tomar La Paz y se retiraron a San Antonio. En la batalla del 4 de febrero de 1842 la victoria fue para las fuerzas del licenciado Castillo Negrete, por lo que los jefes de la rebelión fueron enviados al exilio en Maza-

tlán. Poco tiempo después de los sucesos anteriores, Castillo Negrete fue reemplazado y a los rebeldes se les permitió regresar. Sin embargo, encontraron que sus propiedades habían sido confiscadas por lo que no tenían manera de vivir. José Matías Moreno decidió irse a San Diego, en donde unos años después fue secretario de Pío Pico, último gobernador de la Alta California; regresaría a la península en tiempo de la invasión norteamericana para convertirse en un acérrimo defensor de su independencia.

Mientras tanto, el grupo comandado por el padre González provocó un levantamiento de la tropa en La Paz el 25 de marzo de 1845. El coronel Padilla nuevo jefe político logró huir a Guaymas, de donde regresó al saber que fuerzas leales habían acabado con la revuelta. Volvió a La Paz el 10 de abril de 1843 y ahí permaneció hasta mayo de 1844, fecha en que entregó el mando al coronel Francisco Palacios Miranda, bajo cuya jefatura tendría lugar la invasión norteamericana.³⁴

Por los hechos relatados se puede apreciar que la región más poblada de la península no pudo progresar por varias causas: primero porque la inestabilidad de los gobiernos centrales crearon una enorme confusión por medio de decretos contradictorios; segundo, debido a la confusión los frailes dominicos se quedaron con lo que creían ser sus posesiones, y por lo tanto ocasionaron una situación conflictiva en la región; tercero, la orden dominica, por medio de sus requisitos, evitó el poblamiento de la región; cuarto, la situación económica y la lejanía y aislamiento en que se encontraba la península propició la formación de un pequeño grupo político en constante efervescencia. Los constantes levantamientos que por una causa u otra tuvieron lugar desde 1830 no permitieron la paz necesaria para lograr algún avance. El envío de jefes políticos sin conocimiento de la región dio como resultado el constante enfrentamiento entre las autoridades y el grupo adicto a los misioneros. La gente de la comarca, atemorizada por la falta de firmeza de las autoridades para decidir qué leyes observar, no sabía a quién obedecer. Esta situación dio como resultado que el sacerdote presidente de las misiones siguiera siendo el caudillo del sur de la península y estuviera en constante fricción con el jefe político.

El caso del padre Gabriel González es por demás interesante; sabemos que en la época anterior a la invasión norteamericana instigó varias rebeliones para defender sus intereses, pero también sabemos que durante la invasión fue uno de los más ardientes defensores de la patria. Su actuación fue en todo momento patriótica aun-

que se puede discutir que su resistencia quizá se debió el temor de perder su puesto y sus propiedades si caían en poder de un país protestante; también puede decirse que mientras el jefe político, coronel Palacios Miranda no tuvo empacho en aceptar la invasión para proteger sus intereses económicos el padre González puso en riesgo los suyos al levantarse contra el invasor. Es irónico que el grupo que aparentemente se oponía al progreso de la región fuera el que defendiera la península durante la invasión norteamericana. Las constantes vicisitudes indudablemente foguearon a un grupo de hombres politizados y dispuestos a la lucha. Así como en 1831 desconocieron al gobernador Echeandía y nombraron su propio jefe político así mismo se unieron para desaforar al coronel Palacios Miranda y eligieron a Mauricio Castro en su lugar. Solo así se explica el que una de las regiones más pobres del país y más aislada haya tenido la defensa más prolongada. Mientras que Nuevo México, con una población de cerca de sesenta mil habitantes era sojuzgada en unos cuantos días* en Baja California con ocho mil habitantes se necesitaron seis meses de lucha para poder decir que la región había sido tomada. Resulta indudable que la geografía juega un papel preponderante en las relaciones entre una provincia y el gobierno central aun cuando éste se proclame federal. Los vínculos que las distancias franqueables permiten establecer fueron y son preponderantes para que una región mantenga y desarrolle su unión con el país. En el caso de la Alta California, como hemos visto, la distancia, difícil de franquear, y sobre todo en un país que no desarrolló su marina mercante, propició la formación de un núcleo aparte, que forjó su propia cultura y su mito de descender de españoles puros. En cambio, Baja California, por su fácil acceso desde Sinaloa y Sonora, se mantuvo vinculada al macizo central, sus costumbres y nacionalidad. Los documentos de su resistencia a la invasión así lo muestran.

* Aunque después de seis meses organizaron una resistencia que duró casi diez meses.

ESTA TESIS NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA

Notas

1. Hubert Howe Bancroft, *The Works of Hubert Howe Bancroft, History of the North Mexican states and Texas*, v. 19, The History Co., San Francisco, 1989, (reditado ARNO Press) p. 709, nota 8.
2. Ulises Urbano Lassepas, *Historia de la colonización de la Baja California y decreto de 10 de marzo de 1837*. Primer memorial. México, Imprenta de Vicente García Torres, 1859, p. 18.
3. *Ibidem*, p. 10.
4. Bancroft, *op. cit.*, p. 707.
4. Lassepas, *op. cit.*, p. 11.
6. Archivo General de la Nación. Ramo Californias, vol. 53, f. 163.
7. Lassepas, *op. cit.*, p. 192.
8. *Ibidem*, p. 12.
9. Bancroft, *op. cit.*, p. 710.
10. Lassepas, *op. cit.*, p. 194.
11. Pablo L. Martínez, *Historia de Baja California*, México, Libros Mexicanos, 1956, p. 346.
12. Lassepas, *op. cit.*, p. 196.
13. *Ibidem*, p. 197-198.
14. Bancroft, *op. cit.*, p. 711 nota 8.
15. *Ibidem*, p. 710.
16. Martínez, *op. cit.*, p. 349.
17. Lassepas, *op. cit.*, p. 14.
18. Martínez, *op. cit.*, p. 349.
19. Lassepas, *op. cit.*, p. 203.
20. *Ibidem*, p. 18.
21. *Ibidem*, p. 185.
22. *Ibidem*, p. 204-206.
23. Amado Aguirre, *Documentos par la historia de Baja California*, México, Dirección General de Publicaciones, UNAM, 1977, p. 32.
24. Lassepas, *op. cit.*, p. 17.
25. Jorge Flores D., *Documentos para la historia de la Baja California*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1940, v. 2., p. 17-20.
26. Martínez, *op. cit.*, p. 355.
27. Aguirre, *op. cit.*, p. 38.
28. Lassepas, *op. cit.*, 209.
29. Aguirre, *op. cit.*, p. 38-41.
30. Lassepas, *op. cit.*, p. 213.
31. Miguel León Portilla, "Labor de los dominicos" en *Panorama Histórico de Baja California*, Tijuana, Centro de Investigaciones Históricas UNAM-UABC., 1983, p. 137.
32. Martínez, *op. cit.*, p. 362.
33. *Ibidem*, p. 363.
34. *Ibidem*, p. 364-65.

CAPITULO IV

LA INVASION DE BAJA CALIFORNIA

1. ANTECEDENTES

Después de la toma de Los Angeles Stockton lanzó una proclama declarando la consumación de la conquista de las Californias; a la península de California no había llegado un sólo soldado norteamericano, por lo que su conquista fue anunciada al mundo antes de que se realizara. La causa de la confusión fue simple ignorancia geográfica. Stockton desconocía que las Californias no formaban una entidad política, pues desde 1804 el gobierno virreinal las había dividido en dos provincias diferentes. Cinco días después de la proclama Stockton ordenó el bloqueo del puerto de Mazatlán, en ese momento el más activo de los puertos del Pacífico; fue por ese motivo, a totalmente indirecto, que tuvo lugar la llegada del primer barco norteamericano a la costa de Baja California.

El 14 de septiembre de 1846 entró el *U.S. Cyane* a la bahía de La Paz, llevando a bordo al comandante Du Pont en busca de barcos mexicanos. Su objetivo era interrumpir el comercio de La Paz con los otros puertos mexicanos. El comandante creyó encontrarse en territorio conquistado pues pidió al jefe político local, coronel Francisco Palacios Miranda, que se abstuviera de comerciar con México y se declarara neutral en la guerra entre México y Estados Unidos. En ningún momento habló Du Pont de conquistar o tomar La Paz. Se limitó a alabar la cooperación del jefe político y a informar a Stockton, comandante de las fuerzas en California:

La Baja California ha sido totalmente descuidada desde hace años; sus habitantes, que han luchado contra ese olvido y falta de gobierno, son muy pobres. Es difícil entender por qué permiten que la bandera de un gobierno tan inútil ondee sobre su territorio —aunque yo creo que están listos y ansiosos de levantar la nuestra, en el momento que se les asegure protección.'

Esa era la época de una firme creencia en el Destino Manifiesto y Du Pont era hombre de su tiempo. Los norteamericanos estaban convencidos de la admiración mexicana por sus instituciones y seguros de la ansiedad del país por izar la bandera norteamericana. Como veremos algunos bajacalifornianos apoyaron la invasión pero fueron más los que defendieron la integridad nacional y lucharon contra los intrusos.

En el Archivo de La Paz está la relación de los buques mexicanos fondeados en el puerto el 14 de septiembre de 1846, buques que Du Pont procedió a incautar; se trataba de dos bergantines, dos balandras, cuatro goletas y un paileboat, todos propiedad de ciudadanos mexicanos, tres de ellos vecinos de La Paz, uno del mineral de San Antonio otro de Cabo San Lucas y dos de Mazatlán.² Dado que los barcos servían para transportar víveres Palacios Miranda suplicó al comandante Du Pont su devolución. Eso dio ocasión a una carta desgarradora en la que Palacios Miranda se justificó de la cooperación que les había dado. Nacido en las islas Canarias el jefe político tenía el juicio de los mexicanos, en su documento hizo hincapié en que... "los servicios positivos que el que habla hizo a la independencia de México, le dan un derecho como el que podría tener cualquiera... par hacer una reseña del estado del país y sus circunstancias que han obligado a esta península a observar la conducta que hoy guarda." Después de enumerar las fallas que a su juicio había llevado a la pérdida de Texas y a la guerra con los Estados Unidos, el jefe político de Baja California procedió a dar un resumen del estado en que se encontraba la península:

"Dos años hace que en esta Jefatura y Comandancia no se ha visto del gobierno de México una comunicación oficial, dos años hace que la Baja California se maneja por sí sola. Ella se ha proporcionado para sí los miserables recursos de que subsiste. Ella se ha conservado pacífica en medio de tantos y tan continuos disturbios; ella en fin no tiene ni le queda más, recurso que el de suplicar. ¿Que gloria podrá resultar a la nación norteamericana de hacer efectivo el gobierno en un país tan miserable abandonado de su propia metrópoli? Los males causados a estos habitantes, no refluyen sobre México directa o indirectamente pues si así fuera, ¿no es cierto que hubiera procurado evitarlo, aun cuando no hubiere podido conseguirlo? La humanidad E.S. es el primer deber del hombre, es una de las principales virtudes que debe tener la sociedad, el general más humano en la guerra es el más temido por sus enemigos. Pues bien. E.S. ha llegado a la vez que V.E. la ejerza en toda su plenitud; esta península carece de todo lo necesario para la vida, y excepto la carne asada, se encuentra en ellos ni harina ni maíz ni semilla de ninguna clase produce el país, y así es que todo es de necesidad traerlo de fuera, o condenarse a perecer en la más espantosa miseria. Estos justos motivos me hacen suplicar a V.E. se sirva mandar la devolución de los buques que se hallan en esta bahía, y que han sido tomados por el Señor comandante de la corbeta *Cyane* en cumplimiento de la declaración

de bloqueo hecha por V.E. Ese acto lo considero de rigurosa justicia por dos razones poderosísimas en mi concepto: primero por que en este país han sido recibidos los súbditos de V.E. con la más completa armonía porque se les ha facilitado todos cuantos recursos le han sido necesarios y porque se les seguirá suministrando siempre y cuando los pidiesen. Segundo, porque sin esos buques ellos y nosotros pereceremos, sin duda alguna, además, ¿De que pueden servir estos a la nación que V.E. representa ni que mal sufrira México con la pérdida de ellos? fáciles son las respuestas, E.S. y mucho más lo sería si V.E. las conociera.

Si las razones expuestas por mí pesaran en la justificación de V.E. en toda su gravedad, yo me atrevo a esperar que serán resueltas pronto y favorablemente, si por el contrario no tuvieramos todo el valor y fuerza necesarias, entonces sufriremos nuestra suerte con resignación, pero si algún día se nos pidiere pan y no lo tuvieremos, si se nos pidere semilla y no la tuvieremos entonces, no se crea que la carencia de estos procede de que el país quiera mortificar de ningún modo a los súbditos de V.E...³

Viendo la sumisión de Palacios Miranda el comandante Du Pont no creyó necesario dejar una parte de sus fuerzas ocupando La Paz. Como única medida de guerra el *U.S. Cyane* se llevó los barcos antes mencionados y declaró un bloqueo al puerto.⁴ Seguidamente se retiró hacia el norte en busca de más barcos

2. REBELION EN ALTA CALIFORNIA

Baja California no fue conquistada en 1846 porque las fuerzas norteamericanas eran necesarias en Alta California; el comodoro Sloat tomó Monterrey el 7 de julio de 1846 sin encontrar oposición dado que el general José Castro, comandante militar de Alta California, se encontraba en los alrededores de San José; había dejado al general Mariano Silva encargado de la defensa del puerto pero sin un solo soldado a su mando. Siendo Monterrey la capital del departamento parece muy extraño que se le haya dejado desprotegida; la oposición civil fue nula; dos días después el capitán Montgomery tomó posesión del pueblo de Yerba Buena en la bahía de San Francisco, y tampoco encontró resistencia. El norte de Alta California se ocupó sin oposición; el general Castro al saber de la ocupación se dirigió hacia el sur desde donde también el gobernador Pío Pico salió hacia Sonora. Las fuerzas navales norteamericanas no

hicieron ni un disparo en la invasión del norte de California.

El 23 de julio el Comodoro Robert F. Stockton reemplazó a Sloat en el mando del Escuadrón del Pacífico. Una semana después empezó a tomar posesión de los diferentes pueblos del sur de California. A Santa Bárbara le tocó el 1º de agosto y el patrón de la no resistencia se volvió a repetir, lo mismo que en San José el 6 del mismo mes. El 11 salió para Los Angeles donde, como en la capital del norte, no encontró un solo soldado que se le opusiera. Fue ahí que se proclamó gobernador provisional de Alta California.

Ya hemos visto que la ciudad de Los Angeles era el lugar preferido por la pequeña pero constante inmigración desde Sonora, Sinaloa y Durango. Es significativo que fue ahí donde empezó la rebelión en contra del invasor. A través de toda la narración se ha podido observar que el sur de California, por razones geográficas, y por el pequeño pero constante flujo migratorio era la región más apegada a México. Fue el sur de California el que se levantó en contra del invasor; su población, en manos de los norteamericanos desde julio de 1846, decidió rebelarse el 23 de septiembre de ese mismo año, a los tres meses de la invasión. Al mando del capitán Flores oficial mexicano del interior, lograron derrotar a los norteamericanos, quienes dejaron Los Angeles el 29 de septiembre. El 8 de octubre atacaron las afueras de Los Angeles; el encuentro resultó desastroso para los norteamericanos cuando José Antonio Carrillo y sus hombres lograron cortarles la entrada al pueblo. El capitán Flores dio una proclama, la única nacionalista:

“Ciudadanos: por un mes y medio debido a la lamentable fatalidad, resultado de la cobardía e incompetencia de las principales autoridades, nosotros nos hemos visto subyugados y oprimidos por una insignificante fuerza de aventureros de los Estados Unidos de Norteamérica, quienes, poniéndonos en condición peor que la de esclavos, están dictándonos leyes despóticas y arbitrarias, por medio de las cuales, cargándonos con contribuciones y onerosos impuestos, quieren destruir nuestras industrias y nuestra agricultura, y obligarnos a abandonar nuestra propiedad para ser tomada y repartida entre ellos. ¿Y seremos capaces de permitirnos a nosotros mismos el ser subyugados y aceptar en silencio la pesada cadena de la esclavitud? ¿Perderemos la tierra heredada de nuestros padres y la cual tanta sangre les costó? ¿Dejaremos nuestras familias víctimas de la más bárbara servidumbre? ¿Esperaremos hasta ver a nuestras mujeres

violadas, nuestros hijos azotados por el látigo americano, nuestra propiedad saqueada, nuestros templos profanados, arrastrando penosamente una vida llena de vergüenza y de desgracia? ¡No! ¡Mil veces no! Compatriotas: ¡la muerte antes que esto! ¿Quién no siente su corazón golpear y su sangre hervir al contemplar nuestra situación? ¿Quién será el mexicano que no se indigne y se levante en armas para expulsar a nuestros agresores? Nosotros creemos que no hay uno tan vil y tan cobarde. Por consiguiente, la mayoría de los habitantes de este distrito, justamente indignados ante la presencia de nuestros tiranos, levantamos el grito de guerra, y con las armas en la mano, juramos apoyar los artículos siguientes de este plan: 1) Nosotros, todos los habitantes del departamento de California, como miembros de la gran nación mexicana, declaramos que es y ha sido nuestro deseo pertenecer únicamente a ella, libre e independiente. 2) Por consiguiente, las autoridades intrusas nombradas por las fuerzas invasoras de los Estados Unidos son consideradas inválidas e ilegítimas. 3) Juramos no dar descanso a nuestras armas hasta que los norteamericanos, enemigos de México, sean expulsados de la tierra mexicana. 4) tdo ciudadano mexicano de los 15 a los 60 años de edad que no tome las armas para apoyar este plan será declarado un traidor, bajo pena de muerte. 5) Todo mexicano o extranjero que ayude directa o indirectamente a los enemigos de México será castigado de la misma manera. 6) Toda propiedad de residentes norteamericanos que hayan directa o indirectamente tomado parte o ayudado a los enemigos de México será confiscada y usada para los gastos de guerra y sus personas enviadas al interior de la República. 7) Todo el que se oponga al presente plan será pasado por las armas. 8). Todos los habitantes de Santa Bárbara y el distrito norte serán invitados inmediatamente a participar en este plan.”

Al enterarse de la revuelta el comodoro Stockton cambió su base de operaciones de San Pedro a San Diego. Fue entonces cuando mandó al ballenero *Stonington* a Ensenada en búsqueda de caballos y ganado. El capitán Gibson y sus hombres regresaron con 60 caballos, 200 cabezas de ganados y 500 borregos.

Mientras que el comodoro Stockton cambiaba su base de operaciones de San Diego, el capitán Flores organizó la resistencia. Tenía 400 hombres, un cañón y municiones pero muy poco dinero. La estrategia empleada fue la de impedir que los americanos entraran tierra adentro y para eso dividió a sus hombres en tres grupos: cerca de 100 operaban bajo Manuel Castro en las cercanías de San Luis Obispo vigilando

a Fremont, el mismo número bajo Andrés Pico cubría San Diego, Flores y sus hombres estaban en el área de Los Angeles listos para el ataque ya fuera de Stockton o de Fremont. El 16 de noviembre Castro tuvo un encuentro con los hombres de Fremont y se retiró hacia Los Angeles. Mientras tanto Fremont reclutó a 428 de los inmigrantes que a diario llegaban a California; el 17 de noviembre salió de Monterey con 300 hombres hacia el sur del estado. En el momento Stockton se preparaba para recuperar Los Angeles en que llegó el general Kearney a California, procedente de Nuevo México. Según los reportes de Stockton creía que toda Alta California había sido conquistada. Por ese motivo había regresado cien de sus hombres a Nuevo México y continuado sólo con cien. El 23 de noviembre capturaron a un espía mexicano por quién supieron de la rebelión. Kearney mandó una misiva a Stockton pidiéndole escolta hacia San Diego donde él se encontraba. Este, al recibir la carta envió al teniente Guillespie con 39 hombres y un cañón de 4 libras a encontrarse con Kearney pidiéndole que atacara sorpresivamente a los 150 californios que vigilaban San Diego.

El cinco de diciembre se encontraron Guillespie y Kearney en Rancho María a nueve millas del pueblo de San Pascual. Supieron que el capitán Andrés Pico y sus hombres estaban en las inmediaciones bloqueando el camino a San Diego. Kearney decidió atacarlos la madrugada del 2 de diciembre en lo que se ha llamado "la batalla de San Pascual". Aun cuando los historiadores norteamericanos tratan de justificar a Kearney el resultado fue que los californios lograron infligir algunas pérdidas a su pequeño ejército. Sin embargo, cuando llegaron los cañones de Kearney los californios decidieron retirarse.

Al recibir noticias del encuentro Stockton mandó refuerzos; luego de varios días de marcha Kearney y sus hombres llegaron a San Diego el 12 de diciembre de 1846. Después de largos preparativos las fuerzas combinadas de Stockton y Kearney salieron para Los Angeles el 29 de diciembre. Tres barcos de guerra, precisamente el *U.S. Cyane*, el *Portsmouth* y el *Congress* se quedaron guardando el puerto.

El ejército de Stockton se componía de 607 hombres de los cuales, nos dicen, sólo 200 tenían mosquetes, los demás se armaban con carabinas y tenedores de navío. El día de Año Nuevo de 1847, Stockton recibió un mensaje del capitán Flores pidiendo la suspensión de hostilidades hasta saber si los Estados Unidos y México habían terminado la guerra. Stockton se negó a esperar las noticias y el 5 de enero proclamó

amnistía general para todos los que se rindieran, excepto Flores; éste tenía 450 hombres, mal equipados, que se preparaban a recibir al enemigo en las afueras de Los Angeles. La batalla duró 90 minutos y los norteamericanos lograron la retirada de los californios hacia Los Angeles, a donde los siguieron las fuerzas de Stockton.

El 9 de enero de 1847 el ejército de Stockton reinició la marcha, y a seis millas de camino se encontraron con los californios. La batalla duró dos horas y media; ante el fuego pesado de los cañones norteamericanos, Flores y sus hombres terminaron por retirarse a Pasadena. A la mañana siguiente, 10 de enero, una delegación del pueblo de Los Angeles llegó al campo de Stockton ofreciendo rendirse a cambio de la promesa de respetar las propiedades de los habitantes. Se dio la promesa y el ejército de Stockton entró en Los Angeles ese mismo día.⁷ Es cierto que sus habitantes habían logrado reconquistar su pueblo y retenerlo del 29 de septiembre de 1846 al 10 de enero de 1847. Pero también es cierto que durante esos meses *nunca* fueron atacados. Su comandante, el capitán Flores, dio batalla a los norteamericanos en *dos* ocasiones solamente y, como ya dijimos, al constatar su debilidad optó por retirarse de la batalla! Podría haber regresado a Los Angeles para organizar su resistencia pero no lo hizo. Cuando en septiembre de 1846 logró desalojar a los norteamericanos fue quizá por el número: 1,500 angelinos contra 59 norteamericanos. No le quita mérito, por supuesto, pero permite comparar su resistencia con la de los bajacalifornianos en La Paz. Ahí una fuerza de menos de 300 hombres mantuvo el sitio de la ciudad durante 19 días.

Mientras tanto Fremont y sus hombres habían tomado San Luis Obispo sin resistencia y capturando a Jesús Pico comandante de esa región; unos días más tarde llegaron a la misión de San Buenaventura donde tuvieron un enfrentamiento con los californios. El 9 de enero Fremont recibió una carta del comodoro Stockton en la que le pedía proceder a Los Angeles. El 11 de enero encontró que el capitán Flores y su ejército estaban acampados en el rancho de los Verdugos; mandó a Jesús Pico a convencerlos de que sería mejor aliarse con los invasores. Como resultado el capitán Flores decidió marcharse a Sonora después de pasar el mando a Andrés Pico; éste envió a Francisco de la Guerra y a Francisco Pico a entrevistarse con los norteamericanos. El 12 de enero de 1847 los californios firmaron la Capitulación de Caahuanga dando fin a la guerra,⁸ una guerra que el comodoro Stockton había declarado terminada en agosto de 1846.

3. BAJA CALIFORNIA

Inmediatamente el comodoro Stockton empezó a insistir ante el secretario de la Guerra en la necesidad de ocupar Baja California. ¡Al fin se había dado cuenta de que no estaba conquistada! Ordenó al capitán John D. Montgomery, comandante del *U.S. Portsmouth*, restableciera el bloqueo de Mazatlán, y en cuanto lo hubiera hecho tomara posesión formal de San José del Cabo, La Paz, Pichilingue y Loreto en Baja California.⁹

Mientras tanto, el general Pío Pico, último gobernador mexicano de Alta California, había abandonado su puesto y con el secretario de Gobierno, José Matías Moreno, llegó a Baja California el 22 de octubre de 1846 para cruzar a Guaymas y pedir ayuda del gobierno central. El presidente Santa Anna contestó sus cartas en diciembre de ese año confesando su deseo de ayudar pero la imposibilidad para poder hacerlo dadas las circunstancias en el centro del país; todas sus energías estaban concentradas en preparar el ataque a las fuerzas del general Taylor en Saltillo y sus alrededores.¹⁰

La situación en Baja California era de total aislamiento. Tres documentos, salvados de la destrucción por Amado Aguirre, nos relatan la reacción al bloque: un grupo de ciudadanos de La Paz en octubre de 1846 hicieron una petición al juez de Primera Instancia para que se formara una autoridad que erigiera un juzgado similar al del que dependía en Culiacán en tiempo de paz; "que supletoriamente se erija un tribunal de demasía [sic] importancia y sin el que no podemos vivir".¹¹ Como vimos en el capítulo anterior, en Baja California se había formado un grupo de individuos con conciencia cívica que se preocupaban acerca de las garantías individuales, la represión del vicio, la contención de abusos; etc. Se lee su nacionalismo cuando declararon: "No nos atrevemos a erigirnos como legisladores dictando nuevas leyes para gobernarnos por nosotros mismos, porque esto sería separarnos de la unidad nacional, alarmar a los pueblos y causar mayores males que los que exponemos."¹²

El juez de Primera Instancia a su vez se dirigió al jefe político, coronel Palacios Miranda, haciéndole ver "la horrorosa acefalía" en que se encontraba el gobierno pidiéndole que apelara a la soberanía del pueblo. Ese documento indudablemente representó el sentir general al asentar que "al declarar nuestro enemigo exterior el norteamericano, el bloqueo de este puerto nos puso fuera de toda duda estar cortada

nuestras relaciones con el gobierno de nuestra república". En consecuencia pedían al jefe político convocara una junta para decir qué podían hacer en bien de la administración del pueblo. Ese fue a mi parecer el primer paso para unificar al pueblo en contra de los norteamericanos. Indudablemente Palacios Miranda no midió su alcance y aceptó establecer la junta por no haberse dado cuenta de sus consecuencias, ya que como sabemos él había aceptado el bloqueo norteamericano. El documento número 69 de la Colección Amado Aguirre contiene la convocatoria para la designación de un tribunal superior. Por medio de ella se ordenó a todos los pueblos nombrar representantes para la junta que a su vez nombraría a los jueces del tribunal superior. He aquí el texto:

"Como este gobierno político no se encuentra con bastantes facultades para resolver definitivamente sobre un asunto de tan alta importancia, ha creído de su deber acordar los artículos siguientes:

1°. Se convocará por esta jefatura a los pueblos del territorio para que nombren personas que los representen en la junta que debe reunirse en esta capital, con el objeto de discutir y acordar lo que convenga sobre el particular a los intereses públicos.

2°. Estos representantes serán nombrados por los vecinos de cada pueblo en junta general presidida por la primera autoridad política local, de cuya discusión se formará un acta y se les dará a los nombrados su respectiva credencial, en la cual se les darán los poderes necesarios al efecto y al de nombrar los jueces que deben formar el tribunal en caso que se considere necesario.

3°. Para que los pueblos sean representados con proporción al número de habitantes que tengan serán nombrados dos por esta cabecera, dos por el pueblo de San José del Cabo, uno por el de San Antonio, uno por el de Todos Santos, uno por el de Santiago, uno por el de Miraflores, uno por el de San Bartolo, uno por el de Loreto, uno por el de Comondú, uno por el de Mulegé, uno por el de San Ignacio y otro por la Frontera..."

Fue precisamente esa Junta Territorial que unos meses después desaforaría a Palacios Miranda.

4. PRINCIPIO DE LA INVASION

Durante la última parte de 1846 los norteamericanos se dedicaron a imponer el bloqueo de los puertos mexicanos del Pacífico. El comandante Du Pont en el *Cyane* llegó a Guaymas a principios de octubre de 1846 y demandó la rendición de los barcos que se encontraban en el puerto; el comandante Antonio Campusano se negó a darlos por lo que Du Pont le concedió hasta las dos de la tarde del día siguiente para evacuar el puerto. A la segunda negativa de Campusano los norteamericanos tomaron los barcos y bombardearon el puerto. Acto seguido se proclamó el bloqueo de Guaymas y el *Cyane* marchó a Mazatlán donde se había declarado el bloqueo desde el 9 de septiembre. Reemplazó al *Warren* que salió por vituallas a San Francisco y se quedó en el puerto hasta principios de noviembre, cuando hubo de dejar el bloque para ir por provisiones. Por lo tanto el bloqueo de Guaymas y Mazatlán en 1846 existió sólo en teoría ya que para fin de año ningún barco norteamericano se encontraba en el golfo de California y sus inmediaciones. Todas las fuerzas norteamericanas se encontraban ocupadas en reprimir la rebelión del sur de California.¹⁴ Sería hasta febrero de 1847 que los norteamericanos mandarían al *Portsmouth* a reanudar el bloqueo de Guaymas y Mazatlán. Su reanudación provocó quejas de parte del comandante británico en el área, sobre la base de que el bloqueo había existido sólo en teoría y se había interrumpido.¹⁵ El barco llevaba órdenes de restablecer el bloqueo iniciado en septiembre, luego interrumpido, y proceder a tomar posesión formal de San José del Cabo, La Paz, Pichilingue y Loreto en Baja California. En enero de 1847 el secretario de Guerra de los Estados Unidos, William L. Marcy, había ordenado formalmente la invasión de Baja California. Debían izar la bandera norteamericana en la región y tomar los puntos clave de la península.¹⁶

Mientras tanto, la Diputación Territorial de Baja California se había reunido en Santa Anita, a las afueras de San José del Cabo, para nombrar un jefe político que sustituyera a Palacios Miranda a quien consideraba traidor. Aunque no se habían vuelto a presentar barcos norteamericanos el peligro subsistía. Los miembros de la Diputación Territorial se organizaron para la defensa del territorio y escogieron a Mauricio Castro como jefe político.¹⁷

El 29 de marzo de 1847 llegó el *Portsmouth* a San José del Cabo. Procedió a pedir la rendición de las autoridades locales y la entrega de bienes públicos a los Estados Unidos. El ayuntamiento se negó a lo que el capitán Montgomery contestó enviando

140 hombres armados a tierra, en cuyo momento no hubo resistencia. Se izó la bandera norteamericana y se obligó a los habitantes a jurar una estricta neutralidad. Igual que el general Kearney había hecho en Nuevo México el capitán Montgomery publicó una proclama en que se ofrecía a los vecinos derechos y privilegios de ciudadanos norteamericanos. Se advirtió a la gente que debían continuar en paz y someterse al gobierno civil y militar de los Estados Unidos. Montgomery nombró a Miguel Choza, vecino del lugar, recaudador de impuestos para los Estados Unidos y pidió al alcalde que continuara en su puesto. El 3 de abril de 1847 Montgomery repitió la misma ceremonia en Cabo San Lucas y regresó a San José.¹⁶

El 13 de abril llegó el *Portsmouth* a La Paz, y el coronel Francisco Palacios Miranda, que continuaba en su puesto a pesar de las acusaciones de traición, hizo una buena recepción a los norteamericanos pidiendo que ciudadanos de ambos países se reunieran a discutir los términos de la ocupación. Firmaron un tratado por el que las propiedades públicas pasaron a manos norteamericanas a cambio del respeto a las autoridades y empleados municipales que prometieron ser neutrales. También ofrecieron respetar a los soldados mexicanos de la región si se comprometían a no pelear contra el invasor. Garantizaron derechos de libertad personal, religiosa y de propiedad.

En los documentos enviados al Congreso norteamericano aparece la lista de las autoridades de La Paz que firmaron el documento de rendición: teniente coronel Francisco Lope Uriza, Francisco Villegas, Teófilo Echeverría y Francisco Palacios Miranda. Angel Lebrija fue nombrado inspector de Aduana por los Estados Unidos y Juan de la Fuente capitán del puerto.¹⁹ El coronel Palacios Miranda se limitó a pedir la devolución de los barcos confiscados en septiembre de 1846 y a dirigir una carta al comodoro Stockton para relatar los sufrimientos padecidos por los habitantes de la península a causa de la falta de alimentos. Por otra parte se dejó de que sus peticiones hechas desde seis meses atrás no se habían contestado, a pesar de que no había puesto resistencia a la invasión.²⁰ Después de haber tomado formal posesión de la península el *Portsmouth* regresó a San José del Cabo en donde recibió orden de regresar a la Alta California. Montgomery expresó su inquietud acerca de la falta de una guarnición norteamericana en Baja California pues temía un levantamiento. En julio de 1847 la región volvió a quedar libre de barcos norteamericanos.²¹

Mientras tanto en Monterrey, California, el general Kearney había recibido órdenes

de ocupar la península indudablemente por haberse enterado de que la Diputación Territorial había escogido un nuevo jefe político y se organizaba para la resistencia. Sabiendo que su gobierno deseaba la conquista de la península, el general Kearney mandó a las compañías A y B del primer batallón de voluntarios de Nueva York a las órdenes del coronel Henry Burton, llegaron a La Paz el 20 de julio en el *Lexington*. Por sus informes al Congreso sabemos que fueron bien recibidos por aquellos que ya se habían rendido al capitán Montgomery. El 29 de julio Burton publicó la siguiente proclama:

“Los comandantes militares y de Marina de la Baja California a sus habitantes: Californios: Habiendo tomado posesión de este territorio los Estados Unidos y enarbolado su pabellón el señor comandante de la fragata de guerra *Portsmouth*, J.B. Montgomery, en el mes de marzo y abril últimos procedo hoy a ocuparla con la fuerza de mi mando a nombre del gobierno de la Unión Americana. Sin embargo continuarán en toda su fuerza las leyes que regían en el territorio antes de la guerra, en tanto que no se oponga a la Constitución de los Estados Unidos o sea modificada o revocada por autoridades competentes. Los infrascritos protestan hacer todos los esfuerzos posibles para proteger y sostener a los ciudadanos pacíficos en el eterno goce de sus derechos y privilegios civiles y religiosos e invitar a las actuales autoridades a continuar en el ejercicio de sus funciones administrando justicia y apoyando las leyes. El gobierno político y militar del territorio quedará al cargo del comandante militar y el arreglo de los correos y del comercio exterior al del oficial más antiguo de Marina, bajo las instrucciones de sus respectivos jefes.

Puerto de La Paz, julio 29 de 1847. Henry J. Burton. Teniente coronel comandante de las fuerzas de los Estados Unidos y jefe político de la Baja California”.²²

5. COMIENZA LA RESISTENCIA

En agosto de 1847 empezó a formalizarse la resistencia. Por una carta de Mauricio Castro, electo jefe político en vez de Palacios Miranda, sabemos los nombres de los dirigentes de la resistencia a la invasión norteamericana. Eran el padre dominico Gabriel González, de quien ya hemos hablado, el padre franciscano Vicente Sotomayor, don José Matías Moreno, don Vicente Mejía y los ayuntamientos de los pueblos

de Comondú y de Mulegé. Castro mencionó a esos dos pueblos por ser ejemplo de patriotismo, dado que ya habían pedido armas a los comandantes de Sonora y Sinaloa para organizar sus guerrillas.²³ Según los documentos encontrados hasta la fecha fue el ayuntamiento de Mulegé, comandado por Tomás Zúñiga, el primero en comunicarse con la comandancia general de Sonora acerca de la inminencia de la invasión. Por la carta siguiente sabemos que estaban en comunicación desde julio de 1847 o quizá antes:

El 10 del presente recibí unas comunicaciones oficiales y proclamas que han pasado a este juzgado las autoridades enemigas, de los E.U. las que en copia certificada acompaño a V.E. para que vea los prometimientos halagüeños e hipocresía con que quieren alucinar a los habitantes de este infortunado territorio. Penetrados pues de los buenos sentimientos que animan a este ayuntamiento vamos a contestar enérgicamente, desconociendo la falacia con que se nos invita y que sólo sucumbiremos por la fuerza y entre tanto conservamos nuestra nacionalidad. Por mi comunicación del 18 de mayo debe estar V.E. dispuesto [sic] de la triste situación en que nos hallamos en ese país, faltos de elementos y recursos aun de pocos hombres para ponernos en defensa de nuestra patria.²⁴

Ese mismo día, en un segundo documento, Tomás Zúñiga hizo saber a la comandancia general de Sonora que el pueblo de Mulegé había decidido desconocer a las autoridades enemigas:

“En el pueblo de Mulegé a los quince días del mes de agosto de mil ochocientos cuarenta y siete: habiendo instigado este H. Ayuntamiento en convocatoria popular al vecindario de esta jurisdicción para que reunidos en congregación manifestarles las proclamas y las ordenes que han pasado a este juzgado las autoridades de los Estados Unidos de Norteamérica que se hallan posesionados en la capital del territorio, impuesto pues, de la manifestación que se hace a los habitantes de California, y las reflexiones que ha hecho este Ayuntamiento al manifestar su opinión, ha resuelto la Junta que desde luego desconocen tales autoridades y ordenes, que no sean emanadas legalmente de nuestro gobierno mexicano, a quien reconocemos ahora y siempre por legítima autoridad suprema; y en consecuencia de lo expuesto; este patriota vecindario ha acordado de conformidad con este Ayuntamiento en vista de estar gobernado el país por las autoridades enemigas, adherirse al gobierno de Sonora para entendernos

con él gubernativamente hasta correr la suerte que se nos prepare, de lo que ya está impuesto de nuestra fúnebre situación."²⁵

El coronel Antonio Campusano remitió las cartas al comandante general del estado quien a su vez acusó recibo de las noticias. El coronel Manuel María Gándara, comandante general de Sonora escribió:

“Con la apreciable nota de V.E. del 20 del corriente, en que me transcribe la del Sr. Presidente del H. Ayuntamiento del Mulegé recibí copia del acta levantada, que contiene el desconocimiento de aquella corporación y vecindario a las autoridades de los Estados Unidos que ocuparon la capital de aquel territorio, así como la obediencia al gobierno mexicano y reconocimiento interino al de Sonora.

Poseído del más vivo sentimiento por cuánto la adversidad en que se hallan aquellos mexicanos y satisfacción por la firmeza con que conservan el amor a la Patria, se halla este gobierno, y por lo mismo afectado de una sincera emoción por acudir al auxilio y salvarlos; digo a V.E. que si recibimos como es de esperar por momentos el armamento, serán atendidos a todo trance, a cuyo efecto como V.E. estará más en contacto, de más frecuentes noticias por la aproximación de ese puerto a aquel punto, espero me informe que fuerzas y armas considere bastante para un buen resultado en aquella Baja California, ofreciéndole que este gobierno no omitirá esfuerzo alguno en defensa de la Patria, cuando llegue el caso.”²⁶

La carta anterior está fechada el 27 de agosto de 1847. Tiene, a nuestro parecer, gran importancia porque es de los pocos documentos que demuestran la ayuda que un estado prestó a otro en el momento en que el mismo Estado de México se declaraba neutral en el conflicto mientras que el general Scott avanzaba sobre la ciudad de México. Muchos fueron los estados que creyeron o pretendieron creer que la invasión era para derrocar al centralismo o para evitar el triunfo de la causa monárquica mexicana. No se ha hecho la lista de las legislaturas estatales que se negaron a otorgar ayuda por considerar que el gobierno de Santa Anna no podía ser liberal o por ser tradicionalmente anti-Santanistas. Sabemos que Puebla recibió al invasor sin oponer resistencia y que Yucatán se declaró neutral el 8 de septiembre de 1847. Lo que no es de conocimiento general es el nacionalismo de Sonora y su patriotismo al prestar

generosa ayuda a la península de Baja California. Durango, Jalisco y Zacatecas se negaron a ayudar para la defensa de San Luis Potosí mientras que el comandante general de Sonora mandaba ayuda a Baja California reiterando su satisfacción... "por la firmeza con que conservan el amor a la Patria... y por lo mismo afectado de una sincera emoción por acudir al auxilio y salvarlos".

Para finales de agosto de 1847 el pueblo de Comondú se había sumado a la oposición. El coronel Campusano escribió a la Comandancia General informando que José Matías Moreno, ex-secretario del gobierno mexicano de Alta California, había escrito a Vicente Mejía, miembro del ayuntamiento de Mulegé, que esperaba la llegada de los norteamericanos a Comondú con el propósito de invadirlo. Pedía permiso para poner en servicio activo a los miembros de la Guardia Nacional por carecer de hombres suficientes para la defensa de la plaza. También pedía armas, mensaje que Campusano transmitió al comandante general de Sonora.²⁷

6. LLEGADA DEL JEFE MILITAR

Al recibir noticias de lo que sucedía en Baja California el gobierno del país nombró al capitán Manuel Pineda para sustituir a Palacios Miranda como jefe militar de la península. Según el documento enviado por el coronel Campusano, a fines de agosto de 1847, estaban enterados de la situación en la península. "En La Paz han desembarcado ciento cincuenta hombres y dos piezas de artillería volantes estando una corbeta fondada en Pichilingue; dos fragatas de guerra enemigas están haciendo el crucero en el golfo las que deberán invernar en La Paz." Habían prevenido a Campusano de que arribaría a Guaymas una goleta correo "portando pliegos de los jefes norteamericanos exigiendo se les reconozca como legítimas autoridades del país de quien se han declarado protectores..." En caso de no reconocerlos habían declarado que invadirían Guaymas resentidos por la ayuda que se daba a la resistencia de Baja California.²⁸

El 16 de septiembre llegó el capitán Manuel Pineda a Guaymas; se presentó ante el comandante general de Sonora y escribió:

"este digno jefe con mucha actividad me auxilió con seis mil tiros de fusil, cincuenta lanzas, una pieza violenta con sus correspondientes pertrechos de guerra, un clarín equipado, tres soldados y un clarín más. Seguí mi marcha

el veinte y tres y el veinte y cuatro desembarqué en este punto, en el mismo momento se puso a mis órdenes el señor don Vicente Mejía con la fuerza que tenía armada para la defensa del país y armas, dos arrobas de pólvora, cuarenta lanzas y seis arrobas de plomo y el armamento de cada particular que había recogido este Ilustre Ayuntamiento. Igualmente ordenó se reuniesen las demás fuerzas de la jurisdicción, que me ocupo en estar organizando y disciplinando la sección con que debo marchar el día 3 del entrante octubre a hostilizar al enemigo que se halla en La Paz. El ex jefe político don Francisco Palacios Miranda tan luego supo que el señor Mejía había levantado fuerzas en esta población se embarcó con el americano Davis para el puerto de La Paz donde se hallan los enemigos. No puedo menos que llenarme de gloria al participarle a Ud. el entusiasmo y disposición que he encontrado en estos verdaderos hijos de nuestra amada patria...²⁹

El capitán Manuel Pineda llegó a Mulegé a finales de septiembre y como hemos visto se ocupó inmediatamente en organizar a la gente contra el invasor. Le ayudaba, como hemos visto, Vicente Mejía en Mulegé y los padres Vicente Sotomayor de San Ignacio y Gabriel González de Todos Santos, contando con el apoyo de los lugareños que deseaban atacar a los intrusos. Pineda escribió al coronel Antonio Campuñano comunicándole los pormenores.

Acto seguido dirigió a los habitantes la siguiente proclama:

“Conciudadanos y amigos: Jamás he experimentado mi corazón regocijo mayor al pisar unos terrenos que siempre he considerado el primer cimiento de la carrera de las armas a donde he ascendido a la clase con la cual me hallo condecorado.

Pueblos de La Baja California aquí me tenéis como vuestro jefe, con fuerzas superiores, con armamento y parque, para conducirlos a la gloriosa época en que estos aventureros una y mil veces avergonzados de su injusta causa tendrán que rendirse a unos defensores de la patria que no aspiran a otra cosa que el vengar el oprobio con que se ha despojado este territorio, su pabellón y los derechos sagrados de nuestra nacionalidad.

Si, mexicanos, llegó el tiempo que nos convirtamos en un muro inexpugnable

a donde se estrellarán esos emigrados desnaturalizados. Así como exponiéndome a los riesgos del mar y enemigos de mi tránsito, es que exijo de ustedes la unión uniforme como verdaderos mexicanos que coadyuven a recoger los laureles que nos esperan.

La situación triste que habéis experimentado, no ha consistido en nuestro supremo gobierno pues siempre ha insistido en procurar elevaros al rango de hombres civilizados como uno de tantos que componen parte de nuestra nación... ¿Qué puede hacer tanta gran distancia? Sin la menor idea de vuestra situación cuando a la vez vuestro ex jefe político no ha tenido más miras que el envileceros con su infame, vil y vergonzosa cobardía, quizá esperando de esos mercenarios la recompensa de su inicua traición.

¡No compañeros y amigos! mudó la escena de vuestra desgracia, me conocéis ya por espacio de quince años transcurridos y estáis satisfechos de mi enérgico comportamiento militar; yo os juro en las aras de mi amada patria jamás por jamás de las sendas del honor hasta no bajar al sepulcro, a donde os daré mi ejemplo.”³⁰

De hecho la invasión había tomado por sorpresa a los bajacalifornios; pasados los primeros momentos se dieron cuenta de la situación y reaccionaron en contra. Los norteamericanos habían descartado el peligro por no haber resistencia al principio. Aún más, Burton, comandante de las fuerzas de ocupación en Baja California creía que “carecían de armas, municiones y patriotismo”.³¹ Se quedó en La Paz con sólo 111 hombres para controlar una población de entre 8 y 10 mil habitantes, diseminada en un territorio enorme. Aunque la cifra es cuestionable, Doyce Nunis en su edición del diario del capitán Halleck publica el censo que Palacios Miranda proporcionó al coronel Burton 3,000 habitantes en San José, 1,500 en Santiago, 1,100 en San Antonio, 1,500 en Todos Santos, 2,000 en La Paz y 1,000 más en San Ignacio, Mulegé y Comondú.³²

7. ORGANIZACION EN COMONDU

Mientras tanto los patriotas de Comondú, situado aproximadamente a 423 kilómetros de La Paz, se organizaron bajo el mando de José Matías Moreno adoptando el nombre de Guerrillas Guadalupanas de Comondú Defensoras de la Independencia

Nacional; eran unos 60 hombres de la localidad. El 8 de septiembre de 1847 Moreno publicó la siguiente proclama:

“Ciudadano José Matías Moreno, comandante en jefe de la Guerrilla Guadalupeana de Comondú a los habitantes de Todos Santos:

Compatriotas: con la mayor satisfacción y gloria me tomo la libertad de dirigiros la palabra no como guerrilleros sino como ciudadano animado de los mejores sentimientos e intenciones en defensa de su patria. Siguiendo las consecuencias de este principio y confiado en vuestro muy conocido patrimonio, os invito a tomar las armas en contra del injusto invasor que hasta ahora no ha dicho a qué viene ni qué quiere.

Constituido el norteamericano en un bandido, os halagará mientras pueda con el bien conocido proyecto de haceros caer bajo el peso de sus destructoras garras, para después disponer a su antojo de vuestra docilidad.

Conciudadanos: invadida la nación por un enemigo desmoralizado que, aprovechándose de nuestros disturbios políticos ha tenido el arrojo de presentarse hasta las puertas de México. Tanto los republicanos como la América Española les dieron a conocer lo que es patria y libertad. En tales circunstancias es necesario escribir con la punta de la espada algunas bellas páginas de nuestra historia política.

Expresandome de éste modo no hago más que exponeros una verdad bien habida que es la siguiente: Norteamérica no tiene más divisa política y particular que el robo y el engaño.

Conciudadanos: dos caminos nos quedan abiertos: el americano ofrece esclavitud y oprobio, México honor y libertad. Volved los ojos a lo pasado, contemplad lo presente y no olvidéis en el porvenir que México se hizo libre para vivir siempre libre del influjo de ninguna potencia extranjera; tened también presente que un puñado de aventureros no tiene bastante poder físico ni moral para vencer a la gran nación mexicana. En el campo de batalla será vuestro compañero, en vuestros hogares vuestro amigo. Si la fortuna me es próspera para voso-

tros serán laureles; pero si me es contraria, soportaré con dignidad los golpes que ella me quiera dar.””

También en San Ignacio; el punto más apartado de La Paz, a unos 835 kilómetros y además en Mulegé se organizaron voluntarios para luchar. En septiembre de 1847 sólo La Paz y San Antonio habían sido tomadas por los norteamericanos.

8. ENCUENTRO DE MULEGE

Al enterarse el coronel Burton de las actividades guerrilleras decidió enviar al comandante Selfridge en el *U.S. Dale* a Mulegé, a unos 700 kilómetros de La Paz, lo que dio lugar al primer encuentro al intentar cortar el envío de armas y municiones desde Guaymas a través de Mulegé. El barco hizo escala en Loreto , donde supieron de la llegada de 200 mexicanos que se organizaban para marchar a La Paz. De paso, Selfridge se enteró de que el principal instigador de la rebelión, en esa región, era el padre Gabriel González, superior de los dominicos en Baja California.

Según los documentos mexicanos, la corbeta *U.S. Dale* llegó al puerto de Mulegé ondeando la bandera inglesa; una vez anclados la bajaron e izaron la norteamericana, el capitán Vicente Mejía lo relató así a su comandante:

“El comandante de la guerrilla da parte el Sr. Comandante Principal de lo ocurrido el día 30 de septiembre durante el tiempo que apareció una vela a la vista, la que aproximadamente se presentó en fecha con pabellón inglés, la que durante una hora estuvo en esa situación. Desenrollé la bandera de mi lanza, que era trigarante, dándosela a mi ayudante el alférez de caballería D. Francisco Fierro, para tomar mi antejo y observar los movimientos de su buque, que me pareció sospechoso, lo que justificó después. Dió en popa sobre el fondeadero donde fondéó, echó sus botes al agua y como permanecí a su expectativa, arrió el pabellón inglés; estubo un momento arriado volviéndolo a izar. Di parte al Sr. Comandante Pral. por medio de mi ayudante de lo ocurrido, permanecí con mi corneta, dándole orden que se pusiera de vigía escondido a ver si echaba lanchas o embarcaciones mayores. En esta observación advertí que tiraron dentro del bote una bandera blanca, la que desenrollaron después que el bote salió de su costado; al momento arrió el pabellón inglés, izó a su infame pabellón americano; por lo que conociendo ya su inicua traición, corrí a todo galope a

despachar algún oficial de los de la guerrilla que contestara el parlamento...”³⁴

Después de varias maniobras náuticas el comandante Selfridge pidió la rendición del puesto comandado por el capitán Pineda. En contestación Pineda protestó contra la infracción de la ley internacional y contestó airadamente a la petición de rendirse:

“Impuesto de las instrucciones que usted pasó al juez de este pueblo, debo decirle que esta plaza está sostenida por fuerzas mexicanas que tengo el honor de mandar y que jamás será neutral ni verá con indiferencia la guerra injusta de los Estados Unidos a la república mexicana a la que pertenezco. Protesto contra usted ante las naciones de Europa que no debió usted tener su bote en el agua y fondeando en este puerto con el pabellón inglés, aunque después mandó izar el de los Estados Unidos de la nación a que pertenece, por cuyo motivo no pude tener mis fuerzas inmediatas para escarmentar a usted, y no concluyendo los tratados de parlamento. Si el ex jefe político don Francisco Palacios Miranda, que por su cobardía se mostró neutral con el gobierno de ustedes y hoy de la fecha estará reunido con las fuerzas que se hallan en La Paz. Esta comandancia general será todo lo contrario conservará toda comunicación con su gobierno mexicano aunque toda la flota de los Estados Unidos quiera impedirlo. Esta comandancia con los valientes soldados que tiene a sus ordenes se defenderá y sostendrá sus armas hasta derramar la última gota de su sangre.”³⁵

Ante la amenaza de una fuerte resistencia, el comandante Selfridge ordenó al teniente Craven que con 50 hombres tomara la goleta *Magdalena*. Hubo de quemarla por inservible pues los mexicanos le habían quitado todo lo utilizable. Según los documentos norteamericanos Selfridge mandó de nuevo al teniente Craven el primero de octubre de 1847 a pedir la rendición de Mulegé y mientras se esperaba la respuesta el *Dale* se preparó para dar batalla.

Del encuentro efectuado en Mulegé existen dos versiones. Según el informe enviado por el teniente Craven al comandante Thomas Selfridge, el encuentro en Mulegé fue de poca importancia. El 2 de octubre de 1847 y en respuesta a la negativa mexicana a entregar el puerto, el teniente Craven con sesenta hombres desembarcó dispuesto a la lucha. Consiguieron apoderarse de la parte izquierda del arroyo y avanzaron hacia el pueblo. Según su informe el enemigo se escondió y sólo disparó tres veces; la primera desde una casa que inmediatamente quemaron; la segunda en una colina

en la que descansaban. Dejando algunos hombres al cuidado de la colina, el teniente Craven y un grupo de ellos bajaron al pueblito que encontraron desierto. para ese momento ya su lancha artillada con cañones los seguía desde el arroyo. Tuvo lugar el tercer ataque a distancia. Según Craven persiguieron al enemigo media milla, pero cuando se retiró hacia las montañas decidieron regresar al Dale porque ya caía la noche.³⁶ En resumen se atemorizaron ante la idea de una batalla en terreno desconocido. Su intención era tomar el pueblo y obtener la rendición de las guerrillas pero fracasaron en ambos propósitos y de ahí su versión tan escueta.

La versión mexicana enviada por el capitán Pineda a sus superiores asegura que se había organizado la defensa de Mulegé mandando al subteniente Jesús Avilez a cubrir el flanco derecho del territorio; Vicente Mejía el flanco izquierdo y Pineda en persona se hizo cargo del centro. Los norteamericanos desembarcaron unos 60 hombres, pero la corbeta y lanchas abrieron fuego contra los mexicanos, parte enviada al comandante general de Sonora dio cuenta de los sucedido:

“Tengo el honor de poner en el superior conocimiento de V.E. lo sucedido en este puerto el día primero del presente. Se me dió parte que se hallaba a la vista una vela grande por el rumbo de La Paz donde se hallaban los enemigos. Inmediatamente mandé al comandante de caballería Don Vicente Mejía con 30 hombres que abrieran y formaran tres emboscadas en el Cerro Amarillo, distante una milla de este puerto y dejando las emboscadas se pusiera en la playa con su ayudante el alférez de la guardia Don Francisco Fierro a observar las operaciones de dicho buque y el resultado se impondrá V.E. por la copia que acompaño marcada con el número uno. El dos cubría el costado derecho con el subteniente Don Jesús Avilés con la fuerza que se impondrá V.E. por la copia marcada número dos. El costado izquierdo lo cubría el Comte. de Caballería D. Vicente Mejía con la fuerza que V.E. se informaba por la copia, marcada con el número tres. Como a las ocho, estando revisando las emboscadas me dió parte el vijía que estaba en una loma que había venido un bote a la playa con una bandera blanca. Marché llevando al comandante de las guerrillas de la derecha al que comisioné se presentara al parlamento. Dentro de un momento se me presentó con las instrucciones que el comandante de la fragata enemiga mandaba al juez de este pueblo Impuesto de su contenido le mandó al comandante de dicha corbeta la comunicación marcada con el número cinco. Serían las nueve de la mañana, se me dió parte que había echado dicho

bergantín cuatro embarcaciones a las que con gente armada. Al momento recorri las guerrillas arengando a la tropa y me llené de placer al ver el entusiasmo tan grande de los oficiales y tropa para batirse con el enemigo. Entraron las lanchas al puerto llamado el sombrero donde desembarcaron cosa de sesenta hombres. Dicha fuerza se dirigió por la toma de la izquierda protegida por la lancha con una pieza y otra violenta por tierra; al aproximarse a nuestras esquadras rompió la corbeta sus fuerzas la lancha y la pieza de tierra sobre nuestros valientes soldados el mismo que se les contestó con mucha viveza. La dicha corbeta tiró ciento treinta y cinco tiro de metralla bala rasa y granadas y la lancha treinta y tantos pero los valientes mexicanos que defendían las emboscadas veían con el más alto desprecio los fuegos de la infantería y artillería del enemigo. Sólo se les oía gritar con semblante muy alegre ¡Viva la república mexicana! En fin, Sr. Comandante General, desde que comenzó la acción que sería como a las nueve y media de la mañana tanto los oficiales y tropa de guerrilla del heroico pueblo de Mulegé se disputaban a echarse sobre el enemigo. Entre las cuatro y las cinco de la tarde corrió en enemigo vergonzosamente con toda su artillería y la fuerza que había echado en tierra. A pesar de ser una fuerza muy superior a la que yo tenía a mis ordenes por estar muy fatigada la tropa y el terreno no lo permitió me retiré con el fracaso para el cuartel con la gloriosa satisfacción de haberla dado en escarmiento. Las familias todas dispuse salieran de la población quemando todas las cosas y mandé cortar el agua..."³⁷

Su tropa quedó "con la gloriosa satisfacción de haberles dado un escarmiento". La llamada batalla de Mulegé fue por lo tanto una gran victoria psicológica para los mexicanos.

La sorpresa por el retiro de los americanos de Mulegé dio lugar a expresiones de satisfacción por parte de las autoridades mexicanas. Anastasio Bustamante, a la sazón general en jefe de la división de Occidente, escribió a Mulegé felicitándolos por la defensa: "Tan valiente ejemplo dado por un pueblecito que cuenta apenas con unas cuantas casitas, me prometo será de felices resultados para ambas Californias, y no es aventurado presumir que llamando la atención de los enemigos por aquellos rumbos, al menos demorarán la invasión que proyectan a este estado de Sonora."³⁸ Antonio Campusano, comandante en Guaymas escribió:

“Esta comandancia ha visto con el mayor placer el heroico comportamiento de usted y de esos intrépidos muleginos digno de ocupar una página brillante en la Historia Mexicana, a quienes a nombre del Supremo Gobierno de la Nación, a cuyo conocimiento debo recomendarlos, tan fausto acontecimiento esta comandancia dá a U. las más expresivas gracias. La historia de todos los tiempos nos ha enseñado a conocer que un pueblo no admite el opresivo yugo de la esclavitud cuando quiere ser libre; y como la unión es solamente la que constituye la fuerza, esta comandancia se promete que guardando U. la mayor armonía con sus autoridades políticas unimosnos en sus sentimientos exaltando a sus subordinados para que formando una masa compacta se preparen a recoger nuevos laureles en el campo de batalla, patrocinados por el dios de la justicia, en concepto de que esta comandancia está dispuesta a auxiliarlos en todo aquello que sus facultades lo permitan”.³⁹

Además, según oficio fechado en Guaymas el 8 de octubre de 1847 el coronel Campusano había mandado a Baja California 100 fusiles, 100 carabinas, 50 lanzas, un cañón de cuatro libras, municiones, varios pares de pistolas y provisiones.⁴⁰ En *Surfboats and Horse Marines, U.S. Naval operations in the Mexican War*, después de cotejar los documentos pertinentes Jack Bauer escribe: “Poco se logró por esta expedición que no consiguió siquiera incendiar al barco pequeño, podrido y abandonado que se encontró en el río”. Añade: “los dos lados reclamaron la victoria de Mulegé, pero probablemente el reclamo mexicano tuvo más substancia porque Selfridge no pudo logra su propósito que era el cortar la comunicación entre ese pueblo y Guaymas. Además, lo único que logró fue el despertar el espíritu de la lucha de los bajacalifornianos”.⁴¹

El *Dale* se retiró a La Paz, donde los norteamericanos prepararon la defensa en previsión de un ataque mexicano. Durante el resto de la invasión el pueblo de Mulegé continuó siendo libre. Su puerto, sin embargo, fue bloqueado para impedir la entrada o salida de pertrechos de guerra.⁴²

Lo sucedido en Mulegé entusiasmó a los patriotas y Pineda escribió al comandante de Sonora:

“El día 7 del presente suspendí mi marcha con la guerrilla de don Vicente Mejía del pueblo de Mulegé un piquete de la compañía presidial de Loreto a las orde-

nes del alférez don Manuel Calderón esperando que estos valientes muleginos y los pocos dragones de la compañía presidial de Loreto darán otro día de gloria a la patria como lo acreditaron el primero de octubre del presente año... el 9 llegué a este pueblo y me llené de gloria al ver el entusiasmo tan grande de estos habitantes para marchar a batirse con los enemigos de nuestra patria".⁴³

El 18 de octubre de 1847 tuvo lugar en San José del Cabo una manifestación en contra de los invasores. Lo mismo sucedió en Comondú donde como resultado mataron a un norteamericano y los patriotas devastaron los ranchos de quienes sospechaban, simpatizaban con los americanos.

El coronel Burton informó a sus jefes que había muchas juntas clandestinas para levantar fuerzas antiamericanas y que hasta incluso se había organizado una fiesta religiosa en Todos Santos con tal finalidad ya que su párroco era abiertamente hostil a los americanos.⁴⁴ Tanto el capitán Pineda como el jefe político Mauricio Castro y la Diputación Territorial no cejaban en sus esfuerzos por levantar el ánimo guerrero de sus compatriotas. En marcha hacia La Paz el capitán Pineda arengó a la gente por medio de una proclama:

“Pueblos de la Baja California aquí me tenéis como vuestro jefe con fuerzas responsables para romper el yugo que os oprime de esos aventureros que una y mil veces tendrán que avergonzarse de su infame causa y rendirse a unos defensores de su patria que no aspiran a otra cosa que el de vengar el aprobio con que se ha despojado este territorio del águila querida de México, emblema santo de nuestra libertad. Sí mexicanos, llegó el tiempo que nos convirtamos en un muro inexpugnable a donde se estrellen esos aventureros norteamericanos... Secundadas nuestras glorias en el pueblo más remoto de la Baja California el día primero de octubre del mismo año por los heróicos muleginos. ¿Y por qué vosotros no habreis de inmortalizar vuestro nombre cuando vuestros hermanos corren violentamente dejando sus hogares y familias? Sí todo desprecian, (sic) no ven otra senda más que la del honor engrosar vuestras filas mexicanas y que jamás cometáis un deshonor. No seais vosotros quién la nación entera señale por traidores y tenga que ejercer el más riguroso castigo según me lo exigen las leyes; deshechar (sic) los enemigos que esos infames traidores que unidos a los enemigos pronto experimentarán los esfuerzos de unos valientes pueblos que ño han respirado otro aliento que el sostén de su nacionalidad.

No compañeros y amigos mudó la escena de vuestra desgracia. Me conocéis por espacio de quince años transcurridos y estáis satisfechos de mi enérgico comportamiento militar; yo os juro en las alas de mi amada Patria jamás por jamás me apartaré de la senda del honor hasta no bajar al sepulcro a donde os daré mi ejemplo. así lo espero de vosotros, vuestro amigo y compañero de armas".⁴³

9. BROTES DE RESISTENCIA

El 23 de octubre de 1847 los habitantes de San José del Cabo se rebelaron: arrancaron la bandera norteamericana y expulsaron a los americanos que ahí vivían proclamando el final de la invasión. Pero la victoria duró sólo una semana pues el 30 de octubre llegó el escuadrón naval del Pacífico, al mando del comodoro Shubrick. Fue entonces cuando se le informó oficialmente que Baja California se encontraba en estado de rebelión. El coronel Burton viajó desde La Paz para comunicarle que la resistencia local crecía y que había de 300 a 500 insurgentes en las afueras de La Paz. Recomendó mandasen una fuerza regular de 500 a 1000 hombres para poder así apoderarse de Baja California, "cuya población es más guerrera que la de Alta California", escribió Burton al Congreso.⁴⁴

El 4 de noviembre de 1847 Shubrick publicó una proclama declarando que Estados Unidos no tenía intenciones de regresar la península a México por lo que invitaba a sus habitantes a ser leales al gobierno norteamericano: "la bandera de Estados Unidos está destinada a ondear para siempre en las Californias".⁴⁵

En respuesta a la proclama norteamericana el capitán Pineda dictó un bando el 7 de noviembre por medio del cual se explicaba la situación de los ciudadanos mexicanos en la península:

"Estando en mis facultades por orden superior el arreglo de estos pueblos y el hostilizar al enemigo, he tenido a bien acordar los artículos siguientes en consonancia con las leyes:

1. Se declara traidor y será castigado conforme a las leyes a todo mexicano que tenga relaciones o facilite recursos de cualquier clase que sean.

2. Será fusilado inmediatamente todo espía, guía o los que se encontrasen con armas e incorporados a los enemigos de nuestra patria.

3. Serán castigados todos los que con voces alarmantes, noticias falsas o calumnias levanten contra las fuerzas mexicanas queriendo desvincular nuestra sagrada causa.

4. Se reunirá la Exma. Junta Territorial como autoridad legítima mexicana de esta península para que obre libre y espontáneamente conforme a las leyes de nuestra constitución federal y el miembro de ella que se excusase al desempeño de tan sagrado deber será juzgado como traidor.

5. Todo prisionero de guerra norteamericano será tratado con todas las consideraciones de su clase bajo la estrecha responsabilidad de los comandantes de las fuerzas mexicanas y los mexicanos que se encontrasen serán castigados conforme al artículo número dos.

6. Todo americano que se presente será recibido y no podrá tomar parte en nuestra defensa permaneciendo tranquilo con su familia o sin ella en sus ocupaciones domésticas o en sus giros mercantiles retirándose veinte leguas al interior fuera de los puertos del mar adonde las autoridades mexicanas lo dispongan...”“

Por medio de la circular arriba citada por el capitán Pineda quedó formalmente establecido cuál era el pensamiento oficial acerca de la ayuda prestada a los invasores.

El comodoro Shubrick mandó una expedición punitiva hacia Todos Santos en busca de guerrillas, y cuando el 8 de noviembre de 1847 se retiró de San José del Cabo dejó un destacamento de 24 hombres a las órdenes del teniente Heywood con provisiones para un mes, un cañón de nueve libras y 75 carabinas. Además, Shubrick escribió al gobierno norteamericano en Alta California pidiendo refuerzos. Necesitaba una fuerza terrestre para que los Estados Unidos pudiera mantener en los puertos de La Paz y San José cuando los meses de huracanes obligaran el retiro de la flota; sin esa ayuda estaba seguro de que los patriotas lograrían reconquistar su tierra.

Por esas fechas apareció una proclama de la Diputación Territorial arengando a los ciudadanos en su lucha contra el invasor:

“Conciudadanos, hoy que respiramos del yugo que nos oprimía, esta asamblea llena del mayor entusiasmo ha vuelto a ejercer sus funciones y aunque difícil para ella el desempeñar con aquel tino que demandan las críticas circunstancias que nos hallamos, pero animada de un patriotismo sin límites, dictará cuánta medida sean necesarias a sus atribuciones para la defensa de la patria:

¡Mexicanos! La voz de la patria exige de vosotros la defensa de nuestra nacionalidad y esta Asamblea llena de la mayor confianza espera de vosotros que ahora y siempre sabréis despreciar los consejos seductores de los que sin honor y por intereses particulares pretenden descarriarlos a una vergonzosa esclavitud. Pueblo del Sur de la Baja California, vosotros habéis sido testigos de los sentimientos que animan a los pueblos al norte de este territorio que arrastrando la intemperie, la escasez, abandonando sus hogares, familias e intereses, se prestan valorosos a la lid en la defensa de nuestra independencia; ¿y por que pues vosotros no rebosais en estos mismos sentimientos de honor y libertad? pues que es lo que os impide para que formados en guerrillas no corraís a engruesar las filas de nuestros hermanos? Californios: unamosnos como el año de 21 y seremos invencibles para hacer escarmentar a los pérfidos invasores que han tenido la osadía de profanar nuestro suelo; y si la suerte nos fuere adversa, moriremos con gloria y el mundo civilizado sabra apreciar cuánto vale un pueblo que ama su libertad. Sí, ciudadanos, no fue arrojó la defensa del paso de las Termópilas, sino que aquellos valientes espartanos quisieron hacer ver que un pueblo cuando quiere ser libre no hay poder humano que lo detenga. ¡Viva la Patria! ¡Viva la independencia! ¡Viva la República Mexicana! ¡Viva el Supremo Gobierno!”⁴⁹

10. ENCUENTRO EN SAN JOSE

Cuando las fuerzas encabezadas por Moreno, Mijares y Mejía se aproximaron a San José del Cabo encontraron que el pueblo estaba custodiado por el Teniente Heywood y sus hombres. El 19 de noviembre de 1847, avanzaron hasta las afueras del pueblo y pidieron su rendición; Heywood, parapetado en la casa cural, se negó a hacerlo. Las fuerzas mexicanas retrocedieron a un pequeño monte llamado La Lomi-

ta para organizar el ataque. Antes de caer el sol empezó la batalla. No disponían de cañones y sus armas eran sólo mosquetes viejos, fusiles, palos, cuchillos y lanzas.

Al día siguiente, el grupo de 150 hombres renovó el ataque. Antonio Mijares con 40 hombres efectivos atacó por el frente mientras el resto con Mejía, Angulo y Moreno trataban de escalar el edificio ocupado por los norteamericanos. Las hostilidades cesaron al producirse la muerte de Mijares. Mientras se reorganizaban las guerrillas, el 21 de noviembre anclaron en el puerto los barcos tiburonereros norteamericanos *Magnolia* y *Edward*. Sus tripulantes bajaron a pelear a favor de sus compatriotas por lo que los mexicanos retrocedieron. Poco días después llegaron dos buques de guerra norteamericanos con 50 hombres y provisiones para el teniente Heywood. Ante eso, las guerrillas se retiraron al pueblo de San Antonio en Medina Flores a 25 millas de San José del Cabo, lo que impidió otro asalto de las fuerzas mexicanas.³⁰

11. SITIO DE LA PAZ

Mientras tenía lugar el desafortunado encuentro en San José del Cabo el capitán Pineda con sus hombres preparaba el asalto de La Paz. La ciudad estaba bajo la ley marcial desde que se tuvo noticias de la rebelión de San José. Burton, el comandante de la plaza, había organizado una guardia municipal para proteger la ciudad: estaba formada por 28 mexicanos traidores dirigidos por Palacios Miranda. Burton había llegado hasta el extremo de ordenar que todos los que no quisieran estar bajo el gobierno de los Estados Unidos dejaran la región en las siguientes doce horas.³¹ En esos momentos Pineda y sus hombres avanzaban hacia La Paz. El documento enviado al comandante general de Sinaloa nos da los pormenores de su marcha:

“El 13 de noviembre emprendí mi marcha con dirección al puerto de La Paz con a fuerza de 99 hombres, infantería y caballería. El 14 llegué al rancho de la Huerta. En ese mismo momento fue aprendido por el capitán de la Compañía de Infantería Guardia Nacional Don Ignacio Hernández, el mexicano Ydubiges Murillo que servía de correo y de vigía del enemigo y para ejemplo de tantos infames traidores mexicanos que se hayan unido a las filas del enemigo y sirviéndoles de correo y vigías dispuse se pasara por las armas inmediatamente. Seguí mi marcha, en el mismo día llegué a la una de la mañana. Dispuse mi plan de ataque en esa misma hora ordenándole al alférez Don Manuel Caderón que mandaba la Compañía Presidial de Loreto se posesionara del cuartel viejo y

de las casas inmediatas y rompiera el fuego sobre el enemigo. Al capitán de la Compañía de Guardias nacionales le ordené se posesionara del cementerio y casas inmediatas al fortín enemigo y rompiera el fuego al capitán de caballería de Mulegé. Don Leandro Zúñiga dispuso se quedase de frente con una fuerza. Después de media hora de un fuego vivo me retiré al punto llamado de La Laguna para formar mi campo que se halla distante media legua de La Paz. Al día siguiente emprendí el ataque destinando las fuerzas al mismo punto que la noche anterior y la mitad de la caballería pic a tierra que tomó posesión de varias casas inmediatas al enemigo. La acción duró muy comprometida desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde que me retiré al campo por falta de parque. Al día siguiente me presenté al enemigo con la fuerza y seguí el fuego que hasta la fecha no se desampara el punto y siempre hostilizándolo. Al señor Don Vicente Mejía le ordené marchara con la caballería que manda el teniente Jesús Lara y el alférez de la compañía presidial de Loreto Don Juan de Dios Angulo con la fuerza de San José, a que reconociera el punto donde se va a establecer el cuartel general y enseguida marchara con la fuerza al Puerto de San José a hostilizar al enemigo.”³²

El ataque de las guerrillas mexicanas empezó en la semana del 16 de noviembre de 1847. Fue una sorpresa para los norteamericanos que no se habían percatado de su presencia en La Paz. Pineda no pudo tomar el puerto, repitió el ataque y se retiró dada la fuerza superior de la artillería norteamericana. Al día siguiente volvieron al ataque para retroceder nuevamente después de incendiar la casa del ex gobernador Palacios Miranda. El 18 de noviembre los norteamericanos atacaron a las guerrillas y también fracasaron. El sitio de La Paz continuó por diez días durante los cuales los patriotas recibieron del coronel Campusano desde Guaymas un quintal de pólvora, tres pares de pistolas y 900 balas de fusil.³³

El coronel Burton pidió ayuda al Escuadrón del Pacífico así que cuando los mexicanos volvieron a atacar el 27 de noviembre, los invasores se habían reforzado. Ese mismo día Pineda escribió al coronel Campusano:

“Tengo el honor de poner en el superior conocimiento de V.E. que *desde el 16 de noviembre* [subrayado en el original] hasta la fecha tengo sitiado al enemigo que se halla en el puerto de La Paz siendo sus fuerzas ciento quince hombres, tres piezas de artillería y armas. El infame traidor a nuestra patria ex jefe políti-

co y comandante general de esta península don Francisco Palacios Miranda que logró seducir a 27 mexicanos pagados a peso diario por él mismo se halla en una de los cuarteles enemigos teniendo ese infame traidor el gusto de hacerle fuego a nuestro querido batallón y valientes tropas que se hallan frente de los fortines enemigos".⁵⁴

El 28 se libró una batalla en la que los mexicanos retrocedieron ante un cañón de seis libras. Unos días después, el 5 de diciembre, los patriotas prefirieron abandonar La Paz convencidos de la inutilidad de sus ataques al fuerte norteamericano. A ocho millas de La Paz, en Zacatal, dejaron un pequeño grupo de hombres y los demás se retiraron a San Antonio.⁵⁵ Desde ahí continuaron hostigando a los norteamericanos con ataques esporádicos y mandaron a dos de sus hombres a Guaymas con el fin de informar al coronel Campusano del estado en que se encontraba Baja California y la falta total de recursos para llevar la guerra adelante.⁵⁶

Mauricio Castro, jefe político, en su relación al gobierno central informó del sitio de La Paz:

"Sin murallas, sin cañones, ni otros aproches de guerra que sus heroicos pechos, sostuvieron día y noche 80 patriotas al mando del señor comandante principal en el puerto de La Paz un ataque tan bien concertado, que el enemigo en número de 134 soldados americanos con otros ingratos mexicanos tuvieron que correr a sus trincheras, en donde, sólo sostenidos por sus cañones y granadas, pudieron sostenerse contra nuestros intrépidos".⁵⁷

El 8 de diciembre llegó a la Paz el *U.S. Cyane* comandado por Du Pont. Unos días después escribió en su diario:

"Las cosas están muy mal; el país se encuentra en estado de completa insurrección, con las fuerzas mexicanas atemorizando a aquellos que nos son amigables. Grupos montados del enemigo recorren los alrededores y el pueblo fue abandonado por sus habitantes."⁵⁸

El 7 de diciembre el presidente Polk en su mensaje anual al Congreso declaró: "En seguida del comienzo de la guerra, nuestras fuerzas obtuvieron posesión de Nuevo México y de las Californias. Se ordenó a nuestros comandantes navales y militares

que las conquistaran y ocuparan hasta que se las discutiera en un tratado de paz. Esas provincias han estado por muchos meses en nuestra posesión puesto que toda la resistencia mexicana ha cesado.[...] estoy seguro que nunca se deben devolver a México."9

Du Pont comunicó al capitán Burton que dada la distancia y la falta de comunicación había sabido que el gobierno en Washington estaba convencido de la firmeza de su posesión en la península. Así lo había declarado el presidente Polk en su mensaje anual al Congreso. Por lo tanto había que acabar con la resistencia. Desde ese momento en adelante los hombres del *Cyane* bajaron a tierra diariamente con el propósito de demostrar su fuerza. Según sus informes el enemigo desapareció gradualmente y la gente regresó a sus hogares en La Paz.10

En San José del Cabo el comandante Montgomery reforzó al capitán Heywood de manera que para el día 7 de diciembre podía escribir que la situación estaba controlada. Según sus reportes las fuerzas enemigas se desintegraban por medio de continuas deserciones. El 11 de diciembre Mauricio Castro escribió a la Secretaría de Relaciones Exteriores dando un resumen de lo sucedido hasta el momento y pidiendo ayuda:

"Tengo el honor de dirigir la presente nota oficial al ministro de su cargo, en la que analizando los sucesos pasados, y el estado actualmente en que se hallan esta Baja California con respecto a la guerra, dictó V.E. las providencias conducentes a fin de que nuestras armas que combaten contra los pérfidos invasores de nuestra república salgan brillantemente de la empresa; que estos pueblos se han propuesto exterminar al enemigo, o sepultarse entre sus ruinas, antes de sufrir el yugo extranjero.

"Creo que V.E. estará enterado que en últimos de marzo y principios de abril de este mismo año la corbeta Portsmouth norteamericana tomó posesión del territorio peninsular, abatiendo a nuestro pabellón e izando el de las estrellas, en los puertos de San José del Cabo y de La Paz. En este último residen el gobierno político a cargo en ese tiempo del señor comandante militar y jefe del territorio don Francisco Palacios Miranda, se hizo un tratado con el enemigo, por el que puso nuestro indigno jefe el país a merced del norteamericano, bajo el convenio de guardar neutralidad armada por una y otra parte.

"Este tratado, todo él, fue ominoso para la Península, porque se privó absolutamente la navegación de nuestros buques a la costas del continente al paso que al mismo tiempo, se recibían en estos puertos los buques del enemigo que aportaban para hacer aguada y promoverse de víveres.

"En agosto próximo pasado llegó al puerto de La Paz un transporte que salió de Monterrey y condujo 130 soldados con el jefe de ellos; que lo fue también en lo militar y político del territorio dando a su ingreso la proclama del gobernador de las Californias; en que se corrió el velo con que quisieron engañarnos al tomar posesión en abril pues en ese entonces se nos dijo que no perderíamos nuestra nacionalidad lo que desmintieron cuando tuvieron fuerza armada, dentro de nuestro territorio pues se hizo jurar a los ayuntamientos y demás autoridades locales, obediencia a las leyes y constitución norteamericana. Sorprendidos estos pueblos con tamaña perfidia y amenazados con la fuerza tuvieron que someterse a su pesar. No faltaron pechos constantes que respondieron con dignidad y energía, antes de someterse a un juramento sacrilego, prefiriendo antes sufrir la persecución de un enemigo vencedor que cometer tamaña traición; tales fueron los R.R.P.P. Gabriel González, F. Vicente Sotomayor, don Matías Moreno, don Vicente Mejía, y los ayuntamientos de los pueblos del norte Comondú y Mulegé. Estos dos pueblos, dechados de fidelidad y patriotismo, prontamente se formaron en alianza contra nuestros opresores, pidiendo por medio del primer teniente de la armada nacional don José Mijares que acaba de morir al pie de los fortines de San José del Cabo, armas y pertrechos de guerra, a las comandancias generales de Sinaloa y Sonora formando cada uno de ellos una guerrilla al mando la de Comondú de don José Matías Moreno, y la de Mulegé de don Vicente Mejía, en unión con el señor capitán y comandante general don Manuel Pineda.

"Después de haber rechazado estos últimos un desembarco de tropas, que hizo en Mulegé la corbeta Dale con pérdida del enemigo emprendieron la marcha atravesando ciento cincuenta leguas o más en un desierto para venir a buscar al enemigo que se hallaba atrincherado en los puertos de La Paz y San José del Cabo. Al llegar estas débiles fuerzas después de un penoso camino a este mineral de San Antonio; después de darles un corto respiro a estos patriotas valientes a quienes se agregó algunos soldados dispersos de la compañía presidencial de Loreto y otros vecinos volvieron a emprender su marcha. El señor co-

mandante con 80 patriotas, se dirigió sobre el puerto de La Paz y los señores jefes de las guerrillas don Vicente Mejía de la de Mulegé y don José Matías Moreno a la que acompañaba el señor Mijares emprendieron sobre San José. Aunque no es mi deber dar detalle de las acciones de guerra de nuestras armas, contra un enemigo superior en número, bien armado, con pertrechos de guerra superiores a nuestra débiles fuerzas, atrincherados con fuertes cañones; nuestras armas en manos de paisanos han hecho conocer al enemigo la bravura de los mexicanos cuando pelean por sus hogares y por su patria. Sin murallas, sin cañones, ni otros aproches de guerra que sus pechos heroicos sostuvieron día y noche 80 patriotas al mando del señor comandante general en el puerto de La Paz, un ataque tan bien concertado, que el enemigo en número de 130 soldados americanos con otros más desnaturalizados mexicanos, tuvieron que correr a sus trincheras en donde sólo sostenidos por sus cañones y granadas pudieron sostenerse [sic] contra nuestros intrepidos.

''Los que se dirigieron a San José del Cabo si no excedieron a los nuestros que pelearon en La Paz por lo menos mostraron un valor como de fieras, llegando a treparse sobre sus casas atrincheradas, sufriendo nuestros valientes un fuego de cañón a quemarropa por muchas horas. En esta jornada tuvimos que llorar la pérdida del valiente español y primer teniente de la armada don Antonio Mijares y tres más patriotas, entre ellos un español. El enemigo ha tenido, en una y otra parte en que ha peleado, bastantes muertos y heridos. Sólo la falta de parque y para reponerse en sus fatigas pudo separar nuestras tropas del enemigo. Nuestros defensores merecen un eterno honor y una mirada de clemencia de nuestro gobierno hacia nuestros valientes y esta península.

''Estos pueblos excelentísimo señor emprendido una lucha superior a aus fuerzas porque pelean contra un enemigo que se defiende por medio de sus cañones y con cuanto el arte de la guerra ha producido en los modernos tiempos. Nosotros, es verdad que peleamos por nuestra independencia, pero qué recursos no nos faltan para garantizar nuestros esfuerzos.

''Esta excelentísima Junta Territorial que se haya instalada desde que por medio de nuestras armas se dio libertad para funcionar según nuestras legislación ha acordado algunos subsidios a nuestros defensores, pero está muy lejos de creer que el país peninsular por sí solo pueda sostener después de un riguroso bloqueo

que hemos sufrido ya dos años, un número de defensores de más de 400 hombres que pelean por nuestra independencia.

''También ha acordado la misma Junta Territorial nombrar una comisión de dos señores que lo son don Juan Nepomuceno Ayala y don Mateo Magaña para que pasen al puerto de Guaymas, si el bloqueo les permitiese, y pidan al señor comandante general de Sonora cuantos auxilios pueda facilitarnos; ya de armamento, de pertrechos de boca y guerra, y algunos soldados veteranos con sus jefes que regularicen la guerra emprendida.

''Aunque tanto el señor comandante general como este gobierno político esperan del señor comandante de Sonora los auxilios que por los susodichos enviados se le piden a esa Comandancia General, no obstante creo firmemente que la guerra emprendida en esta península debe ser de mucha duración, porque no solamente se combate contra las guarniciones del enemigo ya expresadas sino que también contra los buques de guerra que convencerán a V.E. que sin una protección vigorosa que dicte el supremo gobierno a las Comandancias Generales de Sonora y Sinaloa como más inmediatas a esta península no creo podamos sostener por mucho tiempo la lucha contra nuestros enemigos si el supremo gobierno no tiende una mirada sobre esta península de la Baja California.

''La geografía de esta península con respecto a nuestro continente es muy adecuada porque poseionados nuestros enemigos de estos puertos en que pretenden establecer factorías que infaliblemente destruirán el comercio de nuestros puertos con los mares del Pacífico por medio del tráfico de contrabando como nuestros enemigos lo aseguran públicamente. Asentados estos principios a que V.E. no dejará de acceder me persuado que el supremo gobierno, calculando los insondables daños que reportará a la república, si se descuida la protección que se pide, desplegará las energías de su poder para no permitir que esta parte de la república sea presa de nuestros eternos enemigos.

''Esta primera vez que me dirigo a ese ministerio, me proporciona la satisfacción de protestar a V.E. así como también al excelentísimo señor presidente de la república las consideraciones de mi alto respeto.'''⁶⁴

El 4 de enero de 1848 el comandante Montgomery salió en el *Portsmouth* para el puerto de Boston donde necesitaban de su presencia a pesar del temor del capitán Heywood respecto a un nuevo ataque a San José del Cabo. Se quedó con 27 marinos, 36 voluntarios, tres piezas de campo y una provisión de municiones.⁶²

12. EL SITIO DE SAN JOSE

La salida del *Portsmouth* fue la señal para que los patriotas reanudaran sus actividades guerreras. Durante el resto del mes se dedicaron a la región alrededor de San José con la finalidad de acabar con lo necesario para la manutención del pueblo. Tomaron los caballos y el ganado de los alrededores, quemaron las cosechas, cortaron las comunicaciones y el 21 de enero capturaron una nave con provisiones para los norteamericanos en San José. Al día siguiente lograron capturar a 8 hombres de Heywood que llevaban provisiones de la playa al cuartel. Su captura fue la causa principal de diarios ataques al fuerte norteamericano. El 29 de ese mismo mes decidieron entrar al pueblo donde se apoderaron de una casa situada a 20 metros de las fortificadas por el teniente Heywood. Para el 10 de febrero de 1848 el pueblo estaba totalmente en manos de las guerrillas y los norteamericanos no podían salir de sus casas fortificadas. ¡Nadie sabía que el 2 de febrero se había firmado el Tratado de Guadalupe Hidalgo poniendo fin a la guerra!

El sitio de San José continuó durante 21 días y cuando parecía que el teniente Heywood no tendría otro remedio que rendirse o morir se de hambre llegó el barco de guerra *U.S. Cyane* enviado por el comandante Shubrick. El 15 de febrero tuvo lugar la batalla de San Vicente. Los 102 hombres de barco recién llegado, más los 70 de Heywood atacaron con cañones de 32 libras y las fuerzas de Pineda tuvieron que salir del pueblo. Los persiguieron a través de un platanal y una planicie de 110 metros mientras que el *Cyane* disparaba con sus potentes cañones sembrando el terror entre las fuerzas de Pineda.⁶³ Así terminó el sitio de San José del Cabo donde la artillería norteamericana comprobó su superioridad.

En cuanto a la calidad de la artillería norteamericana, desde 1826 sus generales se habían preocupado por investigar el avance técnico que Napoleón dio a la artillería y enviaron al teniente Tyler a Europa para familiarizarse con estos adelantos. En 1838 nombraron a Joel Poinsett (que fue ministro en México en 1825) secretario de Guerra. Fue él quien organizó la artillería de campo del ejército norteamericano

de acuerdo con las innovaciones europeas. En los quince años anteriores al conflicto entre México y los Estados Unidos se publicaron tres revistas dedicadas a difundir los nuevos conocimientos entre los integrantes del ejército norteamericano.⁶⁴

Desde el principio de la guerra mexicano-norteamericana se vio claramente que sería un duelo de artilleros; la superioridad norteamericana era mucho mayor. Los mexicanos hacían 650 disparos contra 3 mil del enemigo.⁶⁵ Además, los cañones nacionales eran antiguos y pequeños, nadie se había preocupado en renovarlos porque todavía se creía que lo más importante era tener oficiales capaces. En la primera batalla, la de Palo Alto, los norteamericanos usaron dos cañones de sitio de 18 libras y un total de 16 baterías además de 932 hombres de las unidades de artillería del ejército regular. El ejército mexicano contaba con 14 cañones de 4 libras. A través de toda la historia militar de la guerra México no llegó a emplear cañones de más de 18 libras mientras los norteamericanos contaban incluso con baterías de 32 libras. Fue el choque de un mundo metido en los avances de la técnica contra uno que todavía daba mayor importancia a la caballería. Además, el alcance de los proyectiles era impresionante: las balas de cobre de los viejos cañones mexicanos alcanzaban las líneas norteamericanas sólo de rebote.⁶⁶ El ejército mexicano, por tanto, sufrió cinco veces más en la lucha que el norteamericano. A este respecto Mauricio Castro, jefe político de la Baja California, informó al gobierno: "Estos pueblos excelentísimo señor, han emprendido una lucha superior a sus fuerzas, porque pelean contra un enemigo que se defiende por medio de sus cañones y con cuento arte de la guerra ha producido en los modernos tiempos. Nosotros es verdad que peleamos por nuestra independencia ¿pero qué recursos no nos faltan para garantizar nuestros esfuerzos?"⁶⁷

13. ENCUENTROS FINALES

Continuando con la campaña bajacaliforniana, las fuerzas abandonaron San José del Cabo y se retiraron a Todos Santos y San Antonio. Un contemporáneo de los hechos, el teniente Wise, nos informa que el espíritu de lucha de la gente se mantenía en pie y por ello mandaron a Don Juan Nepomuceno Ayala, a don Mateo Magaña y al padre Sotomayor a solicitar ayuda a Sonora. Les dieron 100 fusiles, 16 arrobas de pólvora, 10 quintales de plomo, 1800 varas de manta y 50 cargas de harina.⁶⁸ Ahí supieron la noticia de la firma del tratado de paz. Como en la península la noticia no llegaría sino hasta finales de abril de 1848, la lucha continuó. En San José del Cabo otro barco de guerra permaneció en la bahía vigilando el puerto. El teniente

Heywood escribió a su comandante informándole de los sucesos y pidiendo pertrechos además de hombres para perseguir a las guerrillas.⁶⁹

En La Paz el coronel Burton consiguió caballos suficientes para mandar un grupo de hombres a San Antonio en marzo de 1848. El 14 de marzo tuvo lugar un encuentro en esa villa, que terminó con el triunfo para los norteamericanos quienes lograron rescatar a los ocho hombres capturados por los patriotas. Sin embargo estos dieron una buena batalla al atacarlos a su regreso a La Paz. Tanto Heywood como Burton habían continuado pidiendo refuerzos por lo que en marzo de 1848 llegó una compañía de voluntarios de Nueva York encabezados por el capitán Naglee a reforzar al capitán Burton en La Paz. De ahí que el 26 de marzo de 1848 éste con 217 hombres marchó hacia el pueblo de San Antonio y al día siguiente logró capturar al capitán Pineda y a su secretario. Por estar herido, Pineda se había quedado en el pueblo mientras que el resto de sus hombres marchaba a Todos Santos; por ese motivo Burton salió hacia allá mientras que los voluntarios del capitán Naglee llegaron primero. Este debía atacar por un flanco mientras que Burton lo hacía por el frente; la combinación de sus fuerzas les dio la tan esperada victoria y tomaron Todos Santos haciendo prisionero al padre Gabriel González. Los periódicos norteamericanos criticaron la crueldad de Naglee y sus voluntarios, que asesinaron a sangre fría a muchos mexicanos e indios yaquis⁷⁰ que sin duda había enviado el gobierno de Sonora.

El 31 de marzo de 1848, el coronel Burton mandó al mismo capitán Naglee y sus hombres en busca de guerrillas a los alrededores de Bahía Magdalena, como a 75 kilómetros al noroeste, para cortar la retirada del enemigo mientras que él y sus hombres regresaron a La Paz. Naglee retornó con el capitán Pineda, 6 oficiales, y 103 soldados prisioneros. Esas maniobras pusieron fin a las actividades guerrilleras mexicanas en el valle y forzaron su retirada a Santiago, un pequeño pueblo a 16 leguas de San José.⁷¹

Para abril de ese año muchos de los jefes guerrilleros había sido hechos prisioneros; entre ellos Mauricio Castro quien después de la captura de Pineda había compartido el mando militar con el padre González; éste último también fue hecho prisionero cuando entraron los norteamericanos a Todos Santos.⁷² Después de esa última campaña las fuerzas norteamericanas regresaron a La Paz el 12 de abril de 1848. La conquista de Baja California había terminado. ¡Necesitron seis meses para doblegar a los patriotas de Baja California! Un ejército poderoso con todos los adelantos

de la técnica militar se había estrellado contra la tenacidad de unas cuantas guerrillas mal armadas. Fue en verdad una heroica resistencia; lo triste fue que el tratado de paz había sido firmado dos meses antes por lo que esta últimas batallas fueron todas innecesarias. Desde la batalla de Mulegé, el 1° de octubre de 1847, a la batalla final de Todos Santos el 12 de abril de 1848 habían pasado seis meses. Seis meses fueron necesarios para conquistar Baja California, una tierra paupérrima y escasamente poblada pero cuyos habitantes eran fieros guerreros decididos a permanecer mexicanos. ¡Todavía después del arresto de los jefes, Burton informó que un grupo de patriotas se habían vuelto a reunir en Mulegé, y pidió continuara el bloqueo para evitar la llegada de armas y hombres de Sonora!”

14. TRATADO DE PAZ, SUS CONSECUENCIAS

Ese mes de abril de 1848 se recibieron noticias de la firma del tratado de paz y de que Baja California continuaría siendo mexicana. Temblaron todos aquellos que habían traicionado a la patria colaborando con las fuerzas norteamericanas. En un esfuerzo desesperado por salvarse, ellos y sus propiedades, se reunieron en La Paz el 5 de julio de 1848; se autonombraron “Asamblea de representantes de la Baja California” y planearon su secesión de la república mexicana. Pidieron anexión a los Estados Unidos, amenazando que si era rechazada la pedirían a Inglaterra.”

Mientras tanto el capitán Pineda y el padre González regresaron a la península a donde los norteamericanos los habían exiliado por temor a su influencia. A su vuelta empezaron a organizar el castigo a los traidores.

El 15 de julio de 1848 el comodoro Jones, el comodoro Shubrick y el coronel Burton contestaron a la solicitud de la “Asamblea” declarando que Baja California sería restituida inmediatamente al gobierno de la república mexicana. Sabiendo del peligro que corrían todos aquellos que los habían ayudado les ofrecieron transporte gratuito a la Alta California; también les ofrecieron compensación económica por las pérdidas que habían sufrido a manos de las guerrillas. Les advirtieron que no ayudarían a organizar una rebelión contra México y que aquellos que no salieran con las fuerzas norteamericanas no serían protegidos; debían alistarse para partir, a más tardar el 20 de agosto de 1848. Dos barcos el *Southampton* y el *Lexington* transportarían a los disidentes mientras otros tres llevarían a las tropas norteamericanas. El coronel Burton anunció que regresaría la península de Baja California al gobierno mexicano

el 31 de agosto de 1848. El representante oficial para recibirla sería Mauricio Castro, jefe político durante la guerra.⁷³

Los refugiados embarcaron en los buques norteamericanos el 30 de agosto de 1848; eran alrededor de 300. Entre ellos se encontraba el ex gobernador Palacios Miranda, el padre Ignacio Ramírez jefe de la diócesis, y varias de las ex autoridades civiles.

El primero de septiembre de 1848 el comodoro Jones dio orden de arriar la bandera de los Estados Unidos dando fin a la ocupación norteamericana de la península. A la salida de los invasores, Nicolás Lastra quedó a cargo del gobierno civil y el capitán Manuel Pineda del mando militar. La situación de la península era desastrosa, a la pobreza y aislamiento se añadían la ruina y la desolación provocadas por la guerra. El campo había sido devastado por las guerrillas, el ganado y los caballos casi habían desaparecido; su tradición, cultura y religión habían quedado intactos. El esfuerzo que hicieron por continuar siendo mexicanos les había costado caro. Jorge Flores en sus *Documentos para la historia de la Baja California* nos da una idea de su heroica defensa al hacer el recuento de los que defendieron la península: "Sobre un censo de 8 mil pobladores, se alistaron 900 hombres, o sea, más del 10% de la población total". El resto de país, con una población de 7 millones sólo había logrado alistar setenta mil hombres, el uno por ciento de su totalidad.⁷⁶

En documentos oficiales norteamericanos y en los diarios de sus soldados que estuvieron en la campaña encontramos la opinión de que los Estados Unidos se debía haber quedado con la península de la Baja California.

Notas

1. Doyce L. Nunis (Ed.), *The Mexican War in Baja California, the memorandum of captain Henry W. Halleck*. Los Angeles, Dawson's, 1977, p. 20. Cita una carta del comandante Du Pont al comodoro Stockton. El memorandum fue descubierto y editado por Nunis.
2. Archivo Histórico de La Paz, Pablo L. Martínez, legajo núm. 44, "Expedición Norteamericana", s.f.
3. *Ibidem*.
4. Doyce, *op. cit.*, p. 21.
5. Hubert Howe Bancroft, *The works of Humbert Howe Bancroft*, 39 v., San Francisco, The History Co., 1886, v. 22, p. 310.
6. Jack K. Bauer, *Surfboats and horse marines, U.S. Naval operations in the Mexican War 1846-1848*, Maryland, U.S. Naval Institute, Annapolis, 1969, p. 183-185.
7. *Ibidem*, p. 194-195.
8. *Ibidem*, p. 200.
9. House Executive Document, Washington, D.C., No. 70, serial 521, 30 th Congress, 1st. Session, 1850, p. 39.
10. Robert W. Long, *Life and times of José Matías Moreno*, San Diego California, tesis doctoral, Western University, 1972, p. 177.
11. Amado Aguirre, *Documentos para la historia de Baja California Tijuana*, Centro de Investigaciones Históricas-UNAM/UABC, 1977, p. 67.
12. *Ibidem*, p. 63.
13. *Ibidem*, p. 71.
14. Bauer, *op. cit.*, p. 183-185.
15. Jack K. Bauer, *The Mexican War 1846-1848*, New York, MacMillan Publishing Co., 1974, p. 344.
16. House Executive Document, No. 70, p. 207.
17. Pablo L. Martínez, *Historia de Baja California México*, Libros Mexicanos, 1956, p. 370.
18. House Executive Document, no 17, Washington, D.C. serial 573, 31 st Congress, 1st Session, 1850, p. 311.
19. House Executive Document, No. 1, serial 537, 30 th Congress, 2nd session, 1850, p. 1059-1065.
20. Archivo Histórico de La Paz, legajo 44, s.f.
21. Nunis *op. cit.*, p. 26. Cita a Rogers, *Montgomery und the Portsmouth*.
22. Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores, exp. 358-1848, s.f. Indudablemente fue Mauricio Castro quien mandó el documento.
23. *Ibidem*.
24. Microfilm del Archivo de la Biblioteca Bancroft Cowan Collection. Existen (copias en el archivo del Centro de Investigaciones Históricas—UNAM/UABC en Tijuana), rollo 13-3-799-1847, agosto 16, 1847. Dice que fue copiado del Archivo de la Secretaría de Relaciones.
25. *Ibidem*, agosto 20, 1847.
26. *Ibidem*, agosto 27, 1847.
27. *Ibidem*, rollo 12, "Papeles Relativos a B.C.," 1847. Cowan Collection. Este es el rollo que contiene los documentos que se llevó el ejército norteamericano al terminar la invasión.
28. *Ibidem*, rollo 13, septiembre 27, 1847.
29. *Ibidem*.
30. *Ibidem*, 12-2-745-897.
31. *Long op. cit.*, p. 190. Cita el diario del Coronel Burton, sep. 8, 1847.
32. Nunis, *op. cit.* El censo fue citado por el Teniente Halleck en su *Memorandum* escrito contemporáneo a los hechos.
33. Microfilm, rollo 12-3-799-847, septiembre 8, 1847.
34. *Ibidem*, octubre 3, 1847.
35. Jorge Flores, *Documentos para la historia de la Baja California*. México, 3v. Ed. Intercontinental, 1946, p. 8.

-
36. House Executive Document, No. 17, p. 315.
 37. Microfilm, rollo 12, *op. cit.*, octubre 2, 1847.
 38. Flores, *op. cit.*, p. 110.
 39. Microfilm, rollo 13-3-799-847, octubre 9, 1847.
 40. *Ibidem*, octubre 8, 1847; Flores, *op. cit.*, p. 111.
 41. Bauer, *Surfboats...*, *op. cit.*, p. 213.
 42. Nunis, *op. cit.*, p. 34. Cita el diario del teniente Craven.
 43. Microfilm, rollo 12-3-299-1847, octubre 17, 1847.
 44. Long, *op. cit.*, p. 195; Nunis, *op. cit.*, p. 54, cita el diario del comandante Du Pont.
 45. Microfilm, rollo 12, octubre 26, 1847.
 46. House Executive Document, No. 1, p. 1083-1084.
 47. *Ibidem*, p. 1084-1085.
 48. Microfilm, rollo 12, noviembre 2, 1847.
 49. Microfilm, rollo 13, noviembre 21, 1847.
 50. House Executive Document, No. 1, p. 1112-1115.
 51. Long, *op. cit.*, p. 198. Cita el diario del Coronel Burton.
 52. Rollo 12, 193, noviembre 27, 1847.
 53. Microfilm, rollo 12, noviembre 27, 1847.
 54. *Ibidem*.
 55. Martínez, *op. cit.*, p. 380; Nunis, *op. cit.*, p. 40.
 56. Microfilm, rollo 13, *op. cit.*, p. 1092-1093.
 57. Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores, 538-848, f. 1.
 58. Nunis, *op. cit.* Cita el diario del comandante Du Pont.
 59. *A compilation of the Message and Papers of the President*, v. V, New York, 1897 1911, p. 2388.
 60. Nunis, *op. cit.*, p. 41. Cita el diario de Du Pont.
 61. Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores. LE-1093, f 104-108.
 62. House Executive Documents, No. 1, p. 1112.
 63. Martínez, *op. cit.*, p. 376-380.
 64. Manuel Cazadero, "¿Pudo México ganar la guerra contra los Estados Unidos?", *Anuario de Estudios Angloamericanos*, México, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, v. 5, 1973, p. 120-121.
 65. *Ibidem*, p. 120.
 66. Seymour Connor, *La guerra de intervención*, México, Ed. Diana, 1975, p. 55-56.
 67. Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores, exp. 538-1845.
 68. Flores, *op. cit.*, p. 111.
 69. Microfilms..., rollo 13, febrero 5, 1848.
 70. Nunis, *op. cit.*, p. 52; Long, *op. cit.*, p. 219.
 71. House Executive Documents, doc. 17, pp. 520-21.
 72. Nunis, *op. cit.*, p. 56.
 73. *Ibidem*, p. 58.
 74. Martínez, *op. cit.*, p. 386-387.
 75. Nunis, *op. cit.*, p. 69-70.
 76. Flores, *op. cit.*, p. 90, nota a pie de página.

CONCLUSIONES

Para poder sustentar mi tesis de la existencia de un sentido de nacionalidad en la parte sur de la península de Baja California escogí el uso de la historia comparada; me decidí por la de Alta California, por ser una región vecina y tener casi el mismo número de habitantes. Mi primera tarea fue la de recopilar las fuentes para hacer un resumen de su historia y establecer las similitudes: ambas sufrieron un gran aislamiento, ambas recibieron gobernadores enviados desde la ciudad de México, ambas experimentaron los rigores del centralismo, ambas fueron invadidas por las fuerzas de los Estados Unidos. Hasta ahí la similitud, el aislamiento fue mayor en la Alta California dado que desde 1781 y debido a la masacre de los indios Yuma, la provincia vió cortada su comunicación terrestre con el macizo central. Por mar, se hallaba a más de dos mil kilómetros de la península de Baja California y a mucho más de San Blas y Guaymas; el viaje a estas últimas poblaciones duraba aproximadamente tres meses, en cambio a los puertos bajacalifornianos era sólo cuestión de días.

El tema central de la tesis es la invasión norteamericana a las Californias. En los documentos se lee que la resistencia a la invasión de la Alta California se concentró en el sur de la entidad, en Los Angeles y sus alrededores. En cambio en Baja California todos los pueblos se levantaron en contra de la invasión. ¿Cómo explicar la diferencia? ¿Por qué casi no hubo resistencia civil en la Alta California comparada a la del sur de la península? Me dediqué a buscar la explicación en los detalles de su historia social entremezclados con el relato de su desarrollo político. Como ya se ha dicho, por lo menos dos docenas de californios dejaron escritas sus memorias, inéditas en su mayoría, pero incorporadas a la recopilación hecha por Hurbert Howe Bancroft. Mi primera conclusión es que por medio de ellas se descubre que los californios del norte, de los alrededores de Monterrey, San José y San Francisco no sólo no apreciaban el ser mexicanos sino que se consideraban españoles. Como tales resintieron la independencia de México y la pugna para que Los Angeles, la ciudad con mayor número de mexicanos, fuera la capital. La población del norte era la que había llegado durante la colonia y por razones geográficas no había tenido relación con la Nueva España. Desde el fracaso de la expedición de Anza, a pocos años de su fundación, la Alta California se había convertido en una especie de isla que mantuvo sus lazos con el mundo por medio de barcos, españoles en un principio y después extranjeros. Por ese aislamiento los californios desarrollaron sus propios rasgos culturales, basados más en características españolas que novohispanas. Se ha dicho que las sociedades insulares tienen pocos nexos con el resto de su país; ese fue el caso de Alta California. Hemos visto que su aislamiento sumado a la arbi-

triedad de los gobernantes enviados desde el centro dio como resultado una profunda hostilidad hacia aquellos que llamaban mexicanos. A esa actitud se añadió la idea de separación que se desarrolló en la mente de varios de sus jefes por haber ignorado en las promociones civiles y militares que les correspondían. El esquema californio ha sido una constante en la historia de México, pero ahí se rompió porque no había conciencia de mexicanidad. De ahí que su resistencia fuera débil y se concentrara en el sur del departamento.

La clase pudiente negaba su ascendencia mestiza y se veía a sí misma como descendiente directa de los españoles. Todavía en 1833 la Diputación de San Diego acusaba al norte de buscar la restauración de las instituciones españolas. San Diego y Los Angeles, por su posición geográfica y su clima, recibían una pequeña pero continua inmigración desde México, lo que sin duda les permitió conservar nexos con su país de origen. En la península tuvo lugar un caso similar; los pueblos de Baja California, también por razones geográficas, se habían mantenido en contacto con sus parientes tanto en Sonora como en Sinaloa y Jalisco. Casi todos sus habitantes eran originarios de esos estados y conservaban los lazos familiares. Además, desde 1828 la península había sido adherida a Sonora para asuntos judiciales y militares. La comunicación con Guaymas, San Blas, Ures y Mazatlán mantuvo a los pequeños poblados de Baja California cercanos a los sucesos del centro de la república y por lo tanto espiritualmente vinculados a ella.

Otra circunsantancia que explica la falta de mexicanidad en el norte de California, fue que la iglesia estuviera en manos de los franciscanos llamados fernandinos, que eran españoles. La iglesia era la institución colonial que promovía la tradición y la cultura novohispana, pero en la Alta California estaba representada por frailes que en sus misiones y sus alrededores sólo querían españoles o mestizos "españolizados". Su repudio a los mestizos era tan obvio que el capitán Rivera y Moncada los amonestó por ignorar hasta a los soldados de los presidios por juzgarlos mestizos "no españolizados". Que los fernandinos hayan sido tan cerrados en su españolidad tuvo como consecuencia que no promovieran el desarrollo de la cultura novohispana y más tarde la mexicana. Durante la revuelta del "general" Solís se les acusó de querer regresar a la jurisdicción española.

Los historiadores coloniales consideran el guadalupanismo como el gran elemento unificador de la Nueva España; escriben que fue la devoción primordial en la forma-

ción de la conciencia novohispana. Ernesto de la Torre nos dice que “influyó poderosamente en esa actitud nacionalista la absoluta confianza en su religión, en su fe, acrecentada por la idea de gozar de especial predilección de la divinidad, que les había otorgado en la Virgen de Guadalupe una especial protectora que no tenía pueblo alguno... el guadalupanismo ya había adquirido en esos años una clara connotación política ¿Cómo iban a desarrollarlo en California unos friles que no eran guadalupanos? En cambio, los jesuitas, encargados de la península hasta 1767, entre los que había muchos criollos y mestizos sí eran guadalupanos y se consideraban novohispanos. En el siglo XIX el guadalupanismo continuó siendo el gran elemento unificador de los mexicanos. Sabemos que Hidalgo fue a la batalla bajo su estandarte y que Morelos declaró fiesta nacional al 12 de diciembre. Los jesuitas, expulsados desde 1767, dedicaron innumerables páginas a la Guadalupeana que se leyeron en todos los parajes en que había tenido misiones; Sinaloa y Sonora lo fueron y de ahí siguieron llegando colonos a la península con todo el bagaje heredado. Es significativo que en 1800 Alta California contara con 1500 habitantes mientras que la península tenía 600; como sabemos que en 1846 ambas tenían aproximadamente ocho mil, salta a la vista que los de Baja California tenían menos años en la región y lógicamente menos también de haber dejado Sonora y Sinaloa. En consecuencia sus vínculos con México eran más recientes que los de la mayoría de la Alta California. Sus tradiciones habían sido novohispanas, no españolas, y muchos de ellos habían vivido en el México independiente. Sabiendo lo anterior no es sorprendente leer en los documentos que el batallón denominado “Guerrillas guadalupanas de Comondú” defendió la península de la invasión norteamericana. Mi segunda conclusión es que los bajacalifornianos sí se sentían y se creían mexicanos.

El nacionalismo de los defensores de Baja California no se pude confundir con regionalismo. Se demuestra, como hemos visto, con documentos. Como ejemplo está el que enviaron al gobierno al inicio de la invasión; en el escribieron que no se atrevían a dictar leyes nuevas “porque esto sería separarnos de la unidad nacional”. Y en la carta del 16 de agosto de 1847: “sólo sucumbiremos por la fuerza y entre tanto conservaremos nuestra nacionalidad... en defensa de nuestra patria.” Sin embargo, me parece que la mejor prueba de identificación con el resto del país la dieron con el nombre que adoptaron para sus guerrillas: “guerrillas guadalupanas de Comondú, defensoras de la independencia nacional”; no de Baja California, sino de la nación. No existen documentos en los que se autodenominan “bajacalifornianos”, en todo se llamaron “mexicanos”. En cambio en Alta California sólo conocemos dos procla-

mas dadas bajo el apelativo de "mexicanos". Una fue la dictada por Pío Pico, el último gobernador, antes de abandonar California sin luchar. La otra la dictó el capitán Flores, quien pertenecía al ejército mexicano y no era californio. José Matías Moreno, nacido en Baja California, se expresaba como un patriota aun cuando había vivido en Alta California muchos años. Ninguno de los pocos californios que rechazaron al enemigo se expresaron a la manera de Matías Moreno, California era su único interés. Así como en la península surgieron varios líderes: Manuel Pineda, Vicente Mejía, Mauricio Castro, Gabriel González, José Matías Moreno, etc., en California sólo hubo tres: Andrés Pico, José Antonio Carrillo y el capitán Flores, quien era del centro. El coronel Burton escribió al Congreso de los Estados Unidos que la población de la península "era más guerrera que la de Alta California".

Otra de mis conclusiones es que de hecho México perdió California antes de la guerra, porque no pudo establecer con ella lazos comerciales estables. De nuevo la geografía tuvo mucho que ver; todo se llevaba a cabo por vía marítima y México no había logrado organizar una flota mercante. Los lazos comerciales de los californios se establecieron con extranjeros: ingleses, rusos, franceses y norteamericanos. Varios historiadores y geógrafos, desde Braudel y la escuela de los Anales, han indicado que la relación entre la geografía y la historia es muy intensa. Regiones con fuertes lazos comerciales desarrollaron patrones económicos comunes y un cierto entendimiento cultural. No hay duda de que los californios recibieron influencia de la doctrina norteamericana de los derechos estatales y de su fuerte hostilidad al centralismo. Mientras a Alta California se le permitió actuar de manera semiautónoma las cosas fluyeron, en los momentos en que se les impusieron decretos y medidas los californios se rebelaron.

También se puede concluir que además del pretendido orgullo español y de la indignación por ser considerados una colonia penal estaba el resentimiento por motivos económicos. A la llegada del primer gobernador mexicano se había ordenado el cierre de cuatro puertos al comercio y nuevos impuestos aduanales. A tales medidas se añadía la suspensión del comercio con los barcos españoles. Los demás gobernantes dictaron incontables medidas contrarias al interés de los californios. Hasta las autoridades aduanales eran enviadas desde el centro del país; resintieron mucho sus esfuerzos por acabar con el contrabando y con el comercio "al menudeo". En sus documentos se lee que a los californios les parecía presuntuoso e irreal aplicar leyes hechas en el centro a las circunstancias especiales de la frontera. Consideraban al centralis-

mo gubernamental como la peor amenaza a su prosperidad. Tenían la certeza de que la excesiva regulación ahogaba su economía y que las leyes comerciales eran para beneficio de la metrópoli. A todo lo anterior hay que añadir, en justicia, el peso de una condición socioeconómica ya totalmente vinculada a los mercados norteamericanos y a sus patrones comerciales. Eran los comerciantes norteamericanos los que deploraban la falta de orden y de administración del gobierno mexicano. Ellos fueron quienes convencieron a muchos de los jefes californios de las ventajas económicas que obtendrían si se separaban de México. El mismo Larkin había declarado innecesaria la ocupación militar norteamericana porque los californios estaban convencidos de que eran un territorio marginado, más bien una colonia ultramarina, que una parte integral de la república mexicana. En Baja California las cosas fueron diferentes. Ahí, las condiciones geográficas eran duras y hostiles. El terreno pedregoso y poco fértil hizo que la vida fuera difícil y siempre en condiciones de una gran penuria. Por lo mismo no fue una región ambicionada por los extranjeros en el siglo XIX.

Otra de las conclusiones a la que se puede llegar partiendo del análisis del desarrollo de la Alta California es que constituyó quizá el primer ejemplo de repudio al centro y a sus habitantes. Fue un caso de extremo nacionalismo, exacerbado por las arbitrariedades de las medidas centralistas y lo que consideraban una falta de aprecio por lo californio. Se sentían con capacidad para gobernarse por lo que tenían en poca estima a los enviados desde el centro, quienes generalmente declaraban que sólo lo del interior era digno de aprecio. La actitud de superioridad asumida por los integrantes de la llamada colonia "Hijar-Padrés" fue otra nota que acrecentó la animosidad en contra del centro. A los extranjeros les costó poco trabajo fomentar la hostilidad hacia el gobierno centralista. En los documentos de la península no se encuentra el profundo repudio hacia las autoridades enviadas desde la capital del país como se lee en los documentos de la Alta California; no era un mundo cerrado al resto de la república porque la cercanía geográfica le permitía un intercambio continuo de viveres y de ideas. Aunque también resentían las medidas centralistas, no había extranjeros para fomentar la discordia.

Otro de los puntos interesantes acerca del mundo de la Alta California fue el de su división. Desde la época de la independencia de México la región estuvo fuertemente dividida en "abajeños" y "arribeños" que no hicieron más que pelear por la localización de la capital. En Baja California se aceptó que la capital era La Paz

y las luchas políticas no los dividieron en pueblos antagónicos. En conclusión, la Baja California, pese a las disputas políticas, fue una región más estable que la Alta.

Aun cuando varios comerciantes norteamericanos hayan tenido más o menos influencia en los territorios de Texas, Nuevo México y California, la historia de esas provincias no cambió hasta que intervinieron en el juego personalidades vigorosas que aglutinaron el interés de otros. La historia de Texas no hubiera sido lo que fue sin la intervención de Samuel Houston, quien en el momento socio-económico preciso influyó en el ánimo de un grupo de compatriotas hacia la búsqueda de la independencia.

Años después en Nuevo México, y a pesar de un grupo de comerciantes que según Bancroft nos cuenta eran espías de Washington, el gobierno norteamericano necesitó de una fuerte personalidad para cambiar el curso de la historia de esa provincia. James Magoffin utilizó tanto su conocimiento del lugar como su parentesco con el gobernador de Nuevo México para impedir que se resistiera a la invasión norteamericana de la provincia. Cientos de milicianos que, en palabras del senador Thomas Benton, podrían haber parado al ejército del general Kearney se retiraron sin disparar porque su gobernador, convencido por Magoffin, decidió no pelear.

En Alta California Thomas Larkin fue el encargado de preparar al departamento para su anexión. De los tres Larkin fue el más pacífico y quizá el más ingenuo. Llegó en 1832 a la provincia por lo que tuvo catorce años para preparar la secesión. Quizá en un principio no llegó con esta misión, quizá se le dio seis años después, en 1842, cuando fue nombrado cónsul. Su influencia era tan grande que ofreció a su gobierno convencer a los dirigentes californios que pidieran protección y después anexión a los Estados Unidos. Su plan fracasó por tres motivos: un pleito entre los californios y el teniente John Fremont, la insurrección de colonos norteamericanos recién llegados llamada de "la bandera del oso" y el comienzo de la guerra entre los Estados Unidos y México. Larkin creía que la guerra era innecesaria en cuanto a California, aunque lógicamente su punto de vista no explica la resistencia a la conquista en el sur de la provincia. Sin embargo, la labor de Larkin tuvo fruto en cuanto a que el general Vallejo, Juan Bandini, Juan Bautista Alvarado y otros californios influyentes sí lo escucharon y no tomaron parte en la resistencia.

La mayoría de los cambios históricos se dan cuando hay las condiciones socioeconómi-

cas favorables pero tienen lugar cuando una persona o un grupo toman la situación y la cambian. El culto a los héroes pertenece al pasado pero tampoco se puede hacer historia sin ver la influencia de fuertes personalidades contemporáneas a los hechos estudiados.

BIBLIOGRAFIA SELECTA

FUENTES PRIMARIAS

ARCHIVOS

Archivo General de la Nación, Documentos Históricos de Baja California, Caja 315.
Archivo General de la Nación, Ramo Californias.
Archivo Histórico "Genaro Estrada" de la Secretaría de Relaciones Exteriores.
Archivo Histórico "Pablo L. Martínez", La Paz, Baja California Sur.
Microfilm del Archivo de la Biblioteca Bancroft, "Cowan Collection" Universidad de California Berkeley.

COLECCIONES DOCUMENTALES

Aguirre, Amado, ed., *Documentos para la historia de Baja California*, Tijuana, Centro de Investigaciones Históricas UNAM-UABC, 1977.
Bosch García Carlos, *Material para la historia diplomática de México y los Estados Unidos, (1820-1848)* México, Ciencias Políticas, 1957.
House Executive Document 60, Serial 520, 30th Congress, First Session, Washington D.C. 1848.
House Executive Document 1, Serial 537, 30th Congress, Second Session, Washington, D.C. 1850.
House Executive Document 70, Serial 521, 30th Congress, Washington D.C. 1850.
House Executive Document 17, Serial 573, 31st Congress, First Session, Washington D.C. 1850.
A compilation of the messages and papers of the Presidents, vol. V, New York, 1987.
Flores Jorge, ed., *Documentos para la historia de Baja California*, Colección Papeles Históricos Mexicanos, 2 vols., 1946.
Garrison William, ed., *Diplomatic Correspondence of the Republic of Texas*, vol., 1, Washington D.C., Government Printing Office, 1908.
Weber David, ed., *Foreigners in their native land*. Albuquerque, University of New Mexico Press, 1973.

TESTIMONIOS CONTEMPORANEOS

Bancroft, Hubert Howe, *The Works of Hubert Howe Bancroft*, 39 vols., San Francis-

-
- co, The History Co., 1886-1888. Utilicé los volúmenes 19, 20, 21, 22, 34.
- Dana, Richard, *Two years before the mast, a personal narrative of life at sea*, New York, Heritage Press, 1947 (1a. ed. 1840), 1840.
- Del Castillo Negrete, Francisco, *Informe y propuestas que hace al Supremo Gobierno por la prosperidad y seguridad de la Alta California*, México, Biblioteca de aportación histórica, Vargas Rea ed., 1944.
- Lamar, Howard., ed., *Downey Joseph T., The cruise of the Portsmouth 1845-1847, (A sailors view of the naval conquest)* New Haven, Conn., Yale University Press, 1963.
- Lassepas, Ulises Urbano, *Historia de la colonización de la Baja California y decreto del 1° de marzo de 1857*, Primer memorial, México, Imprenta de Vicente García Torres, 1859.
- Nunis, Doyce B., ed., *The Mexican War in Baja California, the memorandum of Captain Henry W. Halleck*, Los Angeles, Dawson's Bookshop, 1977.
- Pike, Zabolun Montgomery, *An account of the expeditions to the sources of the Mississippi and through the western part of Louisiana*, Philadelphia, Conrad and Co., 1810.
- Poussin, Guillaume Tell, *De la Puissance Americaine*, Paris, Guillaumen et Cia., 1848.
- San Martín, José, *Memoria y proposiciones sobre las Californias*, México, Biblioteca aportación Histórica, Vargas Rea ed., 1943.
- Shaler, William, *Journal of a voyage from to China to the Northwest coast of America made in 1804*, California, Saunder Studio Press, 1935.
- Winthrop, John, *Conclusions for the plantation in New England*, Boston, Old South Leaflets, 1895.

FUENTES SECUNDARIAS

LIBROS

- Bauer, Jack K., *Surfboats and horse marines, U.S. naval operations in the Mexican War 1846-1848*, Annapolis, Maryland, U.S. Naval Institute 1869.
- Bauer, Jack K., *The Mexican War 1846-1848*, New York, MacMillan Publishing Co., 1974.
- Bemis, Samuel Flagg, *The Latin American policy of the United States*, New York, Harcourt and Co., 1943.
- Bemis, Samuel Flagg, *A diplomatic history of the United States*, New York, Henry Holt and Co., 1942.
- Bidwell, John, *In California before the gold rush*, Los Angeles, Ward and Ritchie Press, 1948.
- Bosch García, Carlos, *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos*, México, Ciencias Políticas UNAM, 1961.
- Callahan, James, M., *American foreign policy in Mexican relations*, New York, MacMillan Publishing Co., 1932.
- Caughy, John W., *California*, 2nd, ed., Englewood, New Jersey, Prentice Hall, 1955.
- Cleland, Robert Glass, *From wilderness to empire, a history of California 1542-1900*, New York, Alfred A. Knopf, 1944.
- Connor Seymour and Odie Faulk, *La guerra de intervención*, México, Ed. Diana, 1975.
- Davies, Francis Jessie, *An economic and social history of Mexican California*, New York, Arno Press, 1976.
- Esquivel Obregón, Toribio, *Apuntes para la historia del derecho en México*, vol. IV, (Relaciones Internacionales) México, Antigua Librería de Robredo, 1948.
- Griswold del Castillo, Richard, *The Los Angeles Barrio, 1850-1890 a social history*, Berkeley, University of California Press, 1979.
- Harlow, Neal, *California conquered: the annexation of a Mexican province 1846-1856*, Berkeley, University of California Press, 1982.
- Hutchinson, Alan, *Frontier settlement in Mexican California, the Hajar-Padres colony*, New Haven, Conn., Yale University Press, 1969.
- Hutchinson, W. H., *California: two centuries of man, land, and growth in the Golden State*, Palo Alto, California, American West, 1969.

-
- Jay, William, *Causas y consecuencias de la guerra del 47*, México, Ed. Polis, 1948.
- Jones, Oakah Jr., *Los Paisanos, Spanish settlers on the northern frontier of New Spain*, Oklahoma, University of Oklahoma Press, 1979.
- Lafaye, Jacques, *Quetzalcóatl y Guadalupe, la formación de la conciencia nacional en México*, México, F.C.E., 1983.
- Liss, Peggy K., *Orígenes de la nacionalidad mexicana, 1521-56*, México F.C.E., 1989.
- Long, Robert W., *Life and times of Jose Matias Moreno*, tesis doctoral, San Diego, California, Western University, 1972.
- Martínez, Pablo, L., *Historia de Baja California*, México, Libros Mexicanos, 1956.
- Mathes, Miguel, comp., *Baja California, textos de su historia*, 2 vols., México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1988.
- McDonald, Decker, *The Last best hope*, Reading, Mass., Addison and Wesley, 1972.
- McWilliams, Carey, *Al norte de México*, México, Siglo XXI, 2a. ed., 1972.
- Moyano Pahissa, Angela, *El comercio de Santa Fe y la guerra del 47*, México, SEP setentas, 1975.
- Moyano Pahissa, Angela, *California y sus relaciones con Baja California México*, SEP ochentas, 1983.
- Moyano Pahissa, Angela, *México y Estados Unidos: orígenes de una relación, 1819-1861*, México, SEP Frontera, 1987.
- Perkins, Dexter, *Historia de la Doctrina Monroe*, Buenos Aires, Ed. Universitaria de Buenos Aires, 1964.
- Pitt, Leonard, *The decline of the Californios*, Berkeley, University of California Press, 1966.
- Price, Glenn, *Orígenes de la guerra con México*, México, F.C.E. 1968.
- Richman, Irving Berdine, *California under Spain and Mexico*, New York, Cooper Square, 1965.
- Ríos-Bustamante, Antonio y Pedro Castillo. *An illustrated history of Mexican Los Angeles*, Los Angeles, Chicano Studies research Center, U.C.L.A., 1986.
- Rodríguez, Mario, *La Revolución americana de 1776 y el mundo hispánico* Madrid, Edotproal Tecnó, 1976.
- Rush, Philip, *A history of the Californias*, San Diego, The Southern California Rancher, 1964.
- Servin, Manuel P., *An awakened minority: the Mexican Americans*, Beverly Hills, California, 1974.

-
- Starr, Kevin, *Americans and the California dream*, New York, Oxford University Press, 1973.
- Velázquez, María del Carmen, *Establecimiento y pérdida del Septentrión de Nueva España*, México, El Colegio de México, 1974.
- Zorrilla, Luis G., *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos de América*, México, Ed. Porrúa, 1965.

ARTICULOS

- Cazadero Manuel, "¿Pudo México ganar la guerra contra Estados Unidos?" en *Anuario de Estudios Angloamericanos*, vol. 5, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 1973.
- Cleland Robert, "Early sentiment for annexation of California" en *The Southwestern Historical Quarterly*, vol. 18.
- Coughlin Magdalen, "Boston smugglers on the coast (1797-1821): an insight into the American acquisition of California" en *California Historical Society Quarterly*, vol. 64.
- Graebner Norman, "The Mexican war: a study in causation" en *Pacific Historical Review*, vol. 49.
- Gerhard Peter, "Gabriel González, last dominican in Baja California" en *Pacific Historical Review*, vol. 22.
- Gerhard Peter, "Baja California in the Mexican war, 1846-1848" en *Pacific Historical Review*, vol. 14.
- Hagwood John A., "The pattern of yankees infiltration in Mexican Alta California 1821-1848" en *Pacific Historical Review*, vol. 27.
- Jones Oakah Jr., "The Pacific squadron and the conquest of California" en *History of the West*, vol. 5.
- Knapp Frank Jr., "Preludios de la pérdida de California" en *Historia Mexicana*, vol. 4.
- León Portilla Miguel, "La labor de los dominicos" en *Panorama Histórico de Baja California*, Tijuana, Centro de Investigaciones Históricas UNAM/UABC, 1983.
- Parker Robert J., "Secret affairs of the Mexican war" en *San Diego Historical Society*, vol. 20.
- Rodman Wilson Paul, "In search of Dame Shriley" en *Pacific Historical Review*, vol. 33.
- Yates John, "Insurgents on the Baja peninsula: Henry Halleck's Journal of the war in Baja California, 1847-1848" *California Historical Society Quarterly*, vol. 54.